LOS MISTERIOS
DE LA POLÍTICA DE ESTADOS
UNIDOS HACIA CUBA

DONALD TRUMP
Y LA VUELTA AL PASADO

Jesús Arboleya Cervera

CONTEXTO LATINOAMERICANO
DIÁLOGOS
EN CONTEXTO

ocean sur

Los misterios de la política de Estados Unidos hacia Cuba

DONALD TRUMP

y la vuelta al pasado

JESÚS ARBOLEYA CERVERA (La Habana, 1943). Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular de la Universidad de La Habana y del Instituto Nacional de Relaciones Internacionales de Cuba. Durante 30 años trabajó en el Servicio Exterior de Cuba. Ha publicado varios libros y numerosos ensayos sobre la Revolución Cubana y las relaciones bilaterales entre Cuba y Estados Unidos, entre ellos: *La revolución del otro mundo. Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI*, *La revolución del futuro*, *Cuba y los cubanoamericanos* —Premio Casa de las Américas en 2013— y *La influencia de la cultura norteamericana en Cuba*.

Los misterios de la política de Estados Unidos hacia Cuba

DONALD TRUMP

y la vuelta al pasado

Jesús Arboleya Cervera

ocean sur

una editorial latinoamericana

Derechos © 2019 Jesús Arboleya Cervera
Derechos © 2019 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925756-78-4

Primera edición 2019
Impreso en Colombia por Editorial Nomos S.A.

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR
Argentina: Distal Libros ▪ Tel: (54-11) 5235-1555 ▪ E-mail: info@distalnet.com
Australia: Ocean Press ▪ E-mail: info@oceanbooks.com.au
Bolivia: Fundación Programa de Investigación y Estudios Estratégicos Latinoamericanos
▪ Tel.: 591-2-2782238 ▪ E-mail: fundacionpinves@gmail.com
Canadá: Publishers Group Canada ▪ Tel: 1-800-663-5714 ▪ E-mail: customerservice@raincoast.com
Chile: Ocean Sur Chile ▪ Tel.: (56-09) 98881013 ▪ E-mail: contacto@oceansur.cl
▪ http://www.oceansur.cl
Colombia: Ediciones Izquierda Viva ▪ Tel/Fax: 2855586 ▪ E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com
Cuba: Prensa Latina ▪ E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
Ocean Sur ▪ E-mail: info@oceansur.com
Ecuador: Ediciones Populus ▪ Tel: +593 992871665 / +5932 2907039
▪ E-mail: info@edicionespopulus.com ▪ www.edicionespopulus.com
EE.UU.: CBSD ▪ Tel: 1-800-283-3572 ▪ www.cbsd.com
El Salvador, Guatemala y Honduras: Distribuidora El Independiente S.A de C.V
▪ Tel: 7900 1503 ▪ E-mail: walterraudales@hotmail.com
España: Traficantes de Sueños ▪ E-mail: distribuidora@traficantes.net
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services ▪ E-mail: orders@turnaround-uk.com
México: Ocean Sur ▪ Tel: 52 (55) 5421 4165 ▪ E-mail: mexico@oceansur.com
República Dominicana: Editorial Caribbean ▪ E-mail: ecomercial@editcaribbean.com
Venezuela: Ocean Sur Venezuela ▪ E-mail: venezuela@oceansur.com

ocean sur

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

Introducción 1

Cuba en las elecciones de Estados Unidos 5

Las posibilidades de Donald Trump 9

Trump: el triunfo de la incertidumbre 13

Los cubanoamericanos y el gobierno de Donald Trump 17

Los cubanoamericanos y la política hacia Cuba 21

Donald Trump y la crisis de Estados Unidos 26

El presidente Donald Trump 31

Donald Trump: se terminó la incertidumbre 36

El racismo y la xenofobia en Estados Unidos 41

Donald Trump visto desde Cuba 45

Donald Trump en Miami 50

Para entender a Donald Trump 54

La decadencia del discurso de Trump y sus peligros 58

Donald Trump contra Donald Trump 61

El ataque sónico contra los acuerdos migratorios con Cuba 65

Gurriel y la bandera cubana 69

Otro muro en las relaciones de Estados Unidos con Cuba 72

La Estrategia de Seguridad Nacional de Donald Trump 76

Cuba en el discurso de la Unión 81

Estados Unidos: la política de la fracturación 85

¿Y ahora para qué sirve la embajada de Estados Unidos en La Habana? 90

La purga ideológica de Donald Trump 94

Cuba estrena gobierno en un mundo decadente 98

Estados Unidos no deja de mirar hacia América Latina 101

Estados Unidos: con Corea sí, pero no con Cuba 106

Donald Trump puede ser una costosa hipoteca para Estados Unidos 109

La «cubanización» de la política de Estados Unidos hacia América Latina 113

Los éxitos de Donald Trump 117

Cuba en el frenesí de la Casa Blanca 121

Otra mirada a las elecciones de Estados Unidos 125

John Bolton y la política de Estados Unidos hacia América Latina 130

Bernie Sanders y los problemas del imperio 135

Una política fallida contra Cuba 139

La Unión Europea, Estados Unidos y la Helms-Burton 143

¿Dónde explotará la «caldera»? 146

Ni jugar pelota se puede con esta gente 150

La rebelión de los perdedores 154

El verdadero origen de la ley Helms-Burton 159

La teoría de las sanciones 164

Los apuros del bipartidismo en Estados Unidos 168

Introducción

Este *dossier*, con artículos publicados en *Progreso Semanal*,[1] está referido al ascenso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos y la política hacia Cuba, en los tres primeros años de su gobierno.

De esta manera, Ocean Sur da continuidad a una selección previa que se publicó bajo el título *Los misterios de la política de Estados Unidos hacia Cuba. Barack Obama y el restablecimiento de relaciones diplomáticas*.

Se describen las medidas llevadas a cabo por el nuevo gobierno para revertir la política de Obama y las razones que pudieran explicar esta conducta. Ello permite seguir el itinerario de un proceso marcado por factores internos y externos que explican los «misterios» siempre presentes en la política de Estado Unidos hacia Cuba, hasta convertirla en excepcional.

La tesis fundamental de estos trabajos es que la victoria y la posterior conducta de Donald Trump son el reflejo de la

---

1 *Progreso Semanal* es una publicación estadounidense que se edita en formato digital, especializada en temas de Cuba, Estados Unidos y las relaciones entre los dos países. Fundada en 2001 por el activista político Francisco Aruca, tiene su origen en los esfuerzos encaminados a divulgar una visión de izquierda en un medio tan adverso como el de Miami. A la muerte de Aruca, ocurrida el 5 de marzo de 2013, ha continuado su labor gracias a la contribución de viejos y nuevos colaboradores, bajo la dirección de Álvaro Fernández. Cuenta con una corresponsalía en Cuba, a cargo de Manuel Alberto Ramy.

crisis por la que atraviesa el sistema político norteamericano; la política hacia Cuba también ha sido víctima de esta condicionante.

Niveles de polarización que tornan disfuncionales las instituciones del país; falta de estabilidad y coherencia en el aparato de gobierno; escaso respeto por la verdad; sospechas, investigaciones y escándalos constantes, así como las repercusiones que emanan de la personalidad del presidente, fuente de frecuentes conflictos, caracterizan a la actual Administración.

El gobierno de Trump ha promovido las actitudes más xenófobas y racistas con el fin de consolidar una fuerza electoral basada en la supremacía blanca. Un recurso de larga tradición en la vida nacional, aunque en pocas ocasiones ha tenido una expresión tan diáfana en la propia gestión y el discurso presidencial, como en este caso.

Demagogia aparte, el impacto renovado de la consigna *Make America Great Again*, tan vieja como Ronald Reagan y que parecía cumplida con la debacle de la Unión Soviética, explica por sí solo la manera en que la clase media blanca, principal base social del sistema, aprecia la situación del país, y el apoyo a Donald Trump de este sector.

Tal realidad no es ajena a los desajustes estructurales de la economía y la pérdida progresiva del dominio casi absoluto que tenía Estados Unidos del mercado mundial. Ello explica su inusitada política exterior, la cual muchas veces se contradice con las proyecciones globalizadoras que predominaron en la estrategia hegemónica norteamericana desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Lo que aparenta responder a posiciones de fuerza, exaltadas por el decir y hacer de un presidente que gusta presentarse como un *cowboy* listo para sacar el revólver, es más bien un

recurso para esconder una debilidad orgánica de un gobierno que llegó al poder sin el apoyo original del establishment estadounidense.

Entre otras consecuencias, la política de este presidente ha puesto a temblar a las principales alianzas de Estados Unidos, así como a las organizaciones y reglas en que se fundamentan. La guerra comercial con China y otros países, así como la imposición desmedida de sanciones unilaterales a los que no se ajustan a sus disposiciones, ya afecta a la economía norteamericana y tiene repercusiones a escala mundial. Mientras, América Latina ha devenido un campo de batalla de la llamada guerra de cuarta generación, que tiene a Venezuela como su principal escenario.

La política hacia Cuba ha estado determinada por este contexto. Necesitado de apoyo en cualquier parte y condicionado por las premisas ideológicas en que se asienta la política hacia la región, en contradicción con los postulados de su propia agenda nacionalista —entendida como *America First*—,[2] Trump entregó la política hacia la Isla a los grupos más extremistas de la derecha cubanoamericana de la Florida, lo que colocó las relaciones entre los dos países en uno de los peores momentos de la historia.

Un poco de racismo, basado en tratar de descalificar uno de los legados más renombrados de Barack Obama, así como el hecho de demonizar a Cuba para revivir los fantasmas de la Guerra Fría, también desempeñan un papel en lo que parece constituir el único objetivo claro de Donald Trump: ganar a toda costa las elecciones de 2020.

---

2 En español: «América primero».

Los trabajos que ponemos a su consideración siguen estos acontecimientos en el momento en que ocurrieron y permiten tener una visión de conjunto de las pautas que marcan un proceso lleno de interrogantes, que aún no ha concluido y puede depararnos muchas sorpresas.

Jesús Arboleya Cervera

Cuba en las elecciones de Estados Unidos[3]

A pesar del tremendo impacto mediático que ha tenido el restablecimiento de relaciones, salvo breves menciones en las plataformas aprobadas por ambos partidos y algún que otro comentario de los candidatos presidenciales, Cuba no ha sido un tema relevante en las elecciones norteamericanas.

Aunque es muy pronto para llegar a conclusiones definitivas y no es descartable que el asunto se manifieste en ciertos contextos, existen al menos dos razones para pronosticar que continuará siendo de esta manera en el resto de la campaña. Por un lado, porque no es un asunto determinante para decidir el voto de los electores a escala nacional; por otro, porque el proceso de restablecimiento de relaciones con Cuba ha contado con tal apoyo bipartidista, que no es de esperar una aguda polémica entre demócratas y republicanos, especialmente en el caso de los candidatos presidenciales.

En realidad, en los procesos electorales precedentes tampoco el tema cubano ha sido una prioridad en la agenda de los políticos norteamericanos. Por tanto, lo relevante en la situación actual no es su importancia relativa, sino el brusco cambio ocurrido en la aproximación al tema.

Hasta ahora, el tema cubano aparecía como excusa para proyectar las posiciones más intransigentes en ambos bandos y que esto sirviera para vestir de «duros», incluso a los aspirantes más

---

[3] Publicado en *Progreso Semanal* el 15 de agosto de 2016.

moderados en otros asuntos de política exterior. La ecuación era bien simple, abogar por una política distinta hacia Cuba era un riesgo que no se justificaba por las ventajas electorales que pudiera reportar y ello explica tanto la similitud del discurso de los candidatos, como la efectividad del *lobby* de la extrema derecha cubanoamericana, la cual actuaba sin contrapesos en la arena política norteamericana.

Bastaba presentarse en Miami y asegurar el compromiso con el derrocamiento del régimen cubano, para cultivar el voto cubanoamericano y, a bajo costo, proyectar una imagen de firmeza en la confrontación con «los enemigos de Estados Unidos». Por lo general, en este entorno ganaban los republicanos, porque el llamado «exilio histórico» los percibía como más decididos a aplicar las políticas más hostiles hacia Cuba, incluyendo la intervención militar.

En 2008 Barack Obama rompió con la tradición y anunció flexibilizar las restricciones a los viajes y las remesas a Cuba impuestas por la Administración de George W. Bush, así como dijo estar dispuesto a negociar con el gobierno cubano. Ello le reportó beneficios dentro del electorado cubanoamericano que, en 2012, se tradujo en un margen de respaldo que alcanzó alrededor del 50% de los votantes.

El restablecimiento de relaciones con Cuba completó este proceso y en la actualidad las encuestas muestran que la mayoría de los cubanoamericanos, así como el resto de los votantes norteamericanos, apoyan esta política, lo que explica la conveniencia de modificar el discurso y que ahora tampoco existan grandes diferencias entre los candidatos presidenciales respecto a este tema, razones complemente distintas al pasado.

La plataforma demócrata y el discurso de Hillary Clinton enfatizan la continuidad de esta política. Aunque la plataforma

republicana adoptó un lenguaje contrario a la misma, no parece que esta sea la posición de Donald Trump, al que incluso han acusado de explorar posibilidades de negocios en Cuba aprovechando la nueva coyuntura. Es posible predecir entonces que, cuando más, el tema cubano será traído a colación por Clinton para destacar un éxito de los demócratas, a lo que Trump quizás responda que él podía haberlo hecho mejor, como ha dicho hasta ahora, sin cuestionarse la estrategia.

En el caso de las elecciones congresionales es de esperar que, por lo general, los republicanos traten de evitar el tema con tal de no apoyar la política gubernamental, toda vez que en muchos distritos agrícolas, donde cuentan con mayoría, la posibilidad de negocios con Cuba constituye un interés de importantes sectores de su propio electorado.

La excepción será en algunos distritos del sur de La Florida, donde el tema de Cuba es inevitable e influye de manera significativa en la conducta de los electores cubanoamericanos. Todo indica que, a pesar de los cambios ocurridos en este electorado, la maquinaria política local de la extrema derecha, vinculada básicamente a los republicanos, cuenta con fuerza suficiente para reelegir a sus representantes, los cuales constituyen el núcleo duro de la oposición a la política de Obama hacia Cuba en el Congreso.

No obstante, el simple hecho de que en las elecciones a este nivel aparezcan posiciones encontradas respecto a las relaciones con Cuba, ya constituye un cambio significativo si lo comparamos con el monolitismo existente en el pasado. Lo interesante, por tanto, será medir los márgenes que se expresarán en estas contiendas, con vista a evaluar el comportamiento de este electorado de cara al futuro.

En cualquier caso, ha cambiado la relación costo-beneficio que impera en las elecciones norteamericanas y las posiciones más hostiles hacia Cuba ahora tienen que enfrentar contrapesos muy poderosos, modificando de manera radical el balance de fuerzas respecto al tema cubano. Para Cuba, en esto radica la diferencia fundamental de estas elecciones y justifica afirmar que estamos en presencia de un escenario inédito en la historia de los dos países.

Las posibilidades de Donald Trump[4]

Para la mayoría de las personas en el mundo, incluso para muchos norteamericanos, resulta incomprensible que una persona como Donald Trump haya avanzado hasta este punto en el proceso electoral norteamericano e incluso pueda resultar electo presidente de Estados Unidos.

Su discurso xenófobo, racista, prepotente e inculto parece más destinado a enajenar a los votantes que a ganar una elección. Solo que igual que él piensa alrededor de un cuarto del electorado norteamericano y eso puede resultar suficiente para ganar las elecciones en un país donde apenas vota la mitad de los electores posibles.

En verdad no todos sus seguidores son personas «despreciables», como los calificó su contraria demócrata, sino gente que trabaja muy duro, atiende a su familia, va a la iglesia los domingos e incluso contribuye a obras de caridad. ¿Qué puede generar tanto odio hacia el prójimo, en personas comunes que creen tener asegurada la entrada en el cielo?

La respuesta está en el miedo. Temen al terrorismo que creen está en la cabeza de todos los musulmanes, a los negros que suponen siempre delincuentes, a los homosexuales que pretenden corromper a sus hijos y, especialmente, a los inmigrantes latinos, que creen han llegado en masa para robarles

---

[4] Publicado en *Progreso Semanal* el 27 de septiembre de 2016.

sus trabajos y cambiar para siempre una cultura que suponen única, superior y blanca.

La discriminación a los inmigrantes forma parte de la historia de Estados Unidos y está regida por una lógica malsana que durante siglos ha convertido a los discriminados en discriminadores. Las causas de que esa nación haya sido y continúe siendo el destino por excelencia de los migrantes del mundo, no solo radican en la necesidad de mano de obra o el atractivo de mejoras económicas respecto a los países de origen, sino en la propia naturaleza del sistema, toda vez que el inmigrante constituye un recurso de los empleadores para degradar el valor de la fuerza de trabajo y debilitar la cohesión clasista de los trabajadores. Como la cultura predominante jamás culpa a los patronos, la opinión pública tiende a repudiar a los que llegan nuevos, que son asumidos como extraños e inferiores.

En momentos de deterioro económico y polarización social, este problema se torna particularmente álgido y explica que el tema migratorio haya devenido el centro de las disputas electorales. No es nada extraño que muchos coincidan con Trump en que es necesario construir un muro y lanzar a los inmigrantes por encima del mismo e, incluso, consideren injusto tener que pagar impuestos para garantizarles un mínimo de asistencia social porque los consideran una carga pública.

Se trata de un asunto demasiado complejo y manipulado para que sea comprendido por el electorado norteamericano. Como ha dicho Zbigniew Brzezinski, uno de los grandes teóricos del modelo hegemónico estadounidense y su constructor, en algunos casos, entre las causas que explican el deterioro relativo del sistema está la ignorancia política del pueblo norteamericano, lo que lo convierte en presa fácil de demagogos como Donald Trump, que por cierto no es el único.

Otra de las posibilidades de Trump radica en que el pueblo norteamericano está hastiado de sus políticos. Así lo indican todas las encuestas. Por eso los supuestos avales acumulados por Hillary Clinton en su larga carrera política se han convertido más en un inconveniente que en un elemento a su favor; a esto se suma la falta de confianza que ella genera en el propio electorado demócrata. Paradójicamente, a favor de Trump opera el ser considerado por muchos el «antipolítico» por excelencia, evidenciando la crisis que vive el modelo de gobernabilidad norteamericano.

Quizás uno de los aspectos más interesantes de la campaña de Trump es su consigna: «recuperar la fuerza de Estados Unidos». Eso lo han dicho, de una forma u otra, montones de políticos norteamericanos, pero los argumentos de Trump no dejan de ser novedosos. A diferencia de Clinton, se declara enemigo de Wall Street, de las transnacionales que se llevan los trabajos hacia otros países y de los gastos que implica el intervencionismo norteamericano en el mundo. Lo interesante no es que vaya a cumplirlo y estemos en presencia del primer presidente antimperialista en siglos, sino que lo diga quien dice cualquier cosa con tal de movilizar a su electorado, lo que demuestra que esas ideas están en la mente de mucha gente.

Estamos en presencia de una campaña donde ambos candidatos presentan niveles de rechazo sin precedentes. Ello pudiera augurar altos niveles de abstencionismo, lo que pudiera favorecer al candidato republicano si logra movilizar al —siempre más monolítico y participativo— voto conservador, pero esto no está garantizado porque hasta el *establishment* de su partido teme al impredecible y extravagante magnate neoyorquino.

Aunque casi todos los analistas coinciden en que Trump no debe ganar las elecciones, la realidad es que tampoco puede

ser descartado. Tampoco Clinton es Obama; en cualquier caso debemos esperar un nuevo escenario en la política de Estados Unidos.

De todas formas, como no sabemos quién va a ganar y nadie sabe lo que se espera cualquiera sea el resultado, lo más importante es comprender que estamos en presencia de un proceso electoral inédito, que indica el grado de desconcierto y la falta de consenso existente en la sociedad norteamericana, por lo que cualquier presidente tendrá que enfrentar estas contradicciones.

Lo alentador es que no solo las posiciones fundamentalistas de extrema derecha se imponen en este contexto. Recordemos lo que ha representado la campaña de Bernie Sanders, que no pudo ganar declarándose socialista, pero demostró el desarrollo de ideas que parecían inconcebibles en ese contexto político. Esa gente también está ahí y la interrogante es hasta dónde podrán crecer y organizarse como fuerza política.

Trump: el triunfo de la incertidumbre[5]

Creo que el único que pronosticó con firmeza la victoria de Donald Trump en las elecciones recién finalizadas fue el cineasta Michael Moore, uno de sus más encarnizados opositores desde el punto de vista ideológico. Pudo hacerlo porque no creyó en análisis y encuestas, sino en lo que lo ha convertido en un gran documentalista: su capacidad para escrutar una realidad que nadie quería reconocer, aunque estaba a la vista de todos.

Trump ganó por el impacto concreto que ha tenido la situación económica norteamericana en amplios sectores de la clase trabajadora; por los prejuicios y temores existentes en los sectores blancos; por el rechazo a la inmigración ilegal, donde incluso contó con un apoyo sin precedente de los hispanos, a pesar de su discurso xenófobo; y por el rechazo al *establishment* que gobierna ese país, donde Hillary Clinton aparece como una de sus representantes por excelencia.

Precisamente este *establishment* impidió la victoria de Bernie Sanders en las primarias y los demócratas se quedaron sin una respuesta convincente para estas problemáticas, así como la posibilidad de movilizar a sectores progresistas de la población, especialmente los jóvenes, capaces de ofrecer una alternativa fiable y alentadora frente a los republicanos, como ocurrió con Barack Obama en 2008 —quien, por cierto, termina su mandato

---

5 Publicado en *Progreso Semanal* el 9 de noviembre de 2016.

con un nivel de aceptación entre los mayores que registra la historia de ese país.

Clinton no fue identificada con este capital político, a pesar del apoyo que le brindó el propio Obama; no gozó de la confianza pública y apareció como el símbolo del régimen que la mayoría quería cambiar. Ante la disyuntiva de escoger el «menos malo», la gente acabó eligiendo a Donald Trump, en unas elecciones donde ambos candidatos tuvieron muy escasa popularidad.

Lo más preocupante de la victoria de Trump es la incertidumbre que genera su posible gobierno. No es un neoconservador, tampoco un conservador clásico ni un liberal, sino una figura tan ecléctica como la sociedad que ahora tendrá que gobernar. Hay que ver hasta dónde sus desplantes y su prepotencia regirán su conducta como presidente y si su política social será tan brutal como anunció, especialmente en el caso de los inmigrantes ilegales.

También, mirado desde un lado positivo, si realmente avanzará en las reformas económicas internas que ha propuesto, aunque sin concretarlas, y si su política exterior incluirá aspectos tan renovadores como: la revisión de los tratados de libre comercio, la limitación de la intervención militar en otros países, la solución de conflictos con otras potencias, la revisión del papel de la OTAN, así como la búsqueda de buenas relaciones con el resto del mundo, un aspecto que señaló en su discurso, una vez consumada la victoria, donde apareció mucho más moderado y modesto que de costumbre.

De cualquier manera, no parece que su triunfo constituya un regreso a la época de George W. Bush, cuya familia incluso se manifestó a favor de Hillary Clinton. Trump representa a otros sectores de la sociedad norteamericana, que incluso se distanciaron del Partido Republicano, el cual se resistió a apoyarlo

porque lo consideró la peor de sus desgracias. Hasta dónde Trump será capaz de poner orden en su propio partido, es otra de las interrogantes que tenemos por delante.

Otra novedad de estas elecciones, que se confirmó tanto en los casos de Trump como en menor medida en el de Sanders, es que el volumen de los fondos no determinó el desenvolvimiento de la campaña. Ello afecta tanto a Wall Street como a otros grandes contribuyentes tan poderosos como el judío, con el que Clinton estaba comprometida hasta la médula, limitando cualquier solución posible en el Medio Oriente, uno de los puntos más álgidos de la situación internacional.

Otra premisa que no se cumplió fue la de que los grandes medios de comunicación deciden el resultado electoral. Es cierto que Trump acaparó la atención pública, pero por lo general a partir de posiciones muy contrarias al candidato.

Más allá de alguna declaración de ocasión, destinada a satisfacer a grupos de extrema derecha cubanoamericanos que consideró necesarios para ganar el estado de La Florida, resulta evidente que Trump no tiene una política definida para América Latina, como era el caso de Clinton, y no precisamente para bien.

Respecto a Cuba, resulta difícil suponer que estos grupos contarán con una influencia suficiente para producir una reversión absoluta de la política iniciada por Obama, toda vez que ello se contradice con la filosofía de Donald Trump —*business are business*—, los antecedentes de su interés personal por participar en el mercado cubano, algunas declaraciones anteriores, y los requerimientos de sectores republicanos conservadores, especialmente agrícolas, que resultaron decisivos en su victoria. Incluso pudiera acelerarse el proceso si esa es la voluntad del presidente y logra imponerla al Congreso, cosa imposible si Clinton hubiese ganado las elecciones.

Lo concreto que tenemos a la vista es un gobierno de mayoría absolutamente blanca, lo que tenderá a incrementar las tensiones sociales internas. Con una visión empresarial no ajena a las grandes transnacionales, pero donde han ganado espacio sectores de las pequeñas, medianas, incluso grandes empresas, orientadas básicamente a satisfacer el mercado interno, que con probabilidad obligarán a un reajuste de la economía y la política, en detrimento del poder absoluto que hoy tienen los grandes capitales financieros, lo que explica la inmediata caída en la bolsa de valores de Estados Unidos y otras potencias capitalistas.

Lo malo es que, quizás —siempre hay que decir «quizás»—, esto vendrá aparejado de un discurso discriminador y el detrimento aún mayor de programas sociales destinados a satisfacer las necesidades de los grupos más vulnerables, con los que este gobierno no tiene ningún compromiso. También con un aumento de la represión social en busca del orden que reclama la clase media blanca.

Si algo demostraron estas elecciones es que en Estados Unidos nada es seguro. Por tanto, lo que se impone en esta etapa es observar la conducta y la composición del gobierno en los próximos meses, con seguridad un proceso bastante traumático y confuso, debido a la inexperiencia de Donald Trump y la posible enajenación de buena parte de aquellos individuos, ya sean republicanos o demócratas, que durante años han administrado la política del país.

Lo que sí es seguro es que todos los gobernantes del mundo, especialmente los aliados de Estados Unidos, ahora se están rompiendo la cabeza pensando cómo lidiar con este personaje que, andando por los vericuetos de la política norteamericana, acaba de convertirse en el líder del país más poderoso de la historia.

Los cubanoamericanos y el gobierno de Donald Trump[6]

Una de las interrogantes que se abren ante la victoria de Trump es si continuará o no la política adoptada por Obama hacia Cuba y ya algunos han retomado la pelegrina idea de que en Miami se decide esta política. Nunca fue así, pero ahora menos que nunca existen elementos que inducen a pensarlo.

Aunque aún las cifras publicadas no permiten llegar a conclusiones definitivas, todo indica que el voto cubanoamericano se comportó de manera bastante similar a las elecciones pasadas, cuando se movió en el entorno del 50% entre el candidato demócrata y el republicano.

De ser así, pudiera afirmarse que el voto cubanoamericano no resultó decisivo en las elecciones presidenciales como dicen algunos medios. De hecho, Trump perdió el sur de la Florida, donde se concentra la mayoría, tal y como viene ocurriendo con los republicanos desde hace muchos años, incluso, cuando el apoyo que recibían de los votantes cubanoamericanos era ampliamente mayoritario.

Tal resultado tampoco contradice la realidad de que el voto cubanoamericano se viene inclinando sostenidamente hacia los demócratas. Si en 2004 solo el 22% se identificaba con ese partido, en 2012 esta cifra se duplicó hasta alcanzar el 44% y lo acontecido en estas elecciones reafirma esta tendencia.

---

6 Publicado en *Progreso Semanal* el 17 de noviembre de 2016.

Pero no solo los indicadores electorales confirman estos datos, casi todas las investigaciones indican un grado de polarización similar en el caso de toda la comunidad, aunque tiende a inclinarse hacia los demócratas en la medida en que las personas son más jóvenes o los inmigrantes cubanos llevan menos tiempo en Estados Unidos. Esto proyecta un cambio inevitable hacia el futuro, toda vez que constituyen los sectores demográficos más dinámicos de esa sociedad.

Evidentemente la política hacia Cuba constituye un factor de mucho peso en esta conducta, por lo que tener que recurrir al voto tradicional del llamado «exilio histórico», con promesas gastadas, tal como hizo Trump paseándose por Miami, constituye más un recurso desesperado de los republicanos que una estrategia viable de cara al porvenir.

Por otra parte, no existen razones para suponer que el lobby de la extrema derecha cubanoamericana pueda revitalizarse a partir de los recientes resultados electorales y alcanzar una influencia capaz de revertir la política hacia Cuba, máxime cuando existen contrapesos mucho más importantes dentro de los propios republicanos que empujarán en sentido contrario.

Efectivamente, todas las figuras representativas de la extrema derecha cubanoamericana en el Congreso fueron reelegidas o se mantienen en sus puestos, al no tener que contender este año. Sin embargo, estas elecciones transitan por una lógica local distinta a la presidencial y, en cualquier caso, solo el congresista Carlos Curbelo mostró un apoyo consistente a Trump, mientras que el resto más bien se ubicó en el campo de sus enemigos, lo que pone en duda la influencia que puedan ejercer sobre la Administración. La verdad es que Trump llegó al poder sin compromiso alguno con estas personas y, dadas sus

características personales, difícilmente les perdonará sus insultos y desplantes.

Más importante aún, este *lobby* ha perdido buena parte de su base económica. La mayoría de los empresarios cubanoamericanos de más renombre, sin importar fuesen demócratas o republicanos, se han manifestado a favor de la política de Obama hacia Cuba, así como respaldaron la candidatura de Hillary Clinton. Incluso, instituciones tan arraigadas en el enclave de Miami y de larga tradición republicana, como la Latin Builders Asociation, apoyaron a la candidata demócrata.

Más allá de aciertos o desaciertos en la apuesta electoral, la esencia del problema es que la política hacia Cuba no fue el resultado de una «inspiración divina» de Barack Obama, sino la consecuencia de factores objetivos que determinaron una coyuntura específica, la cual influye igual sobre el nuevo presidente republicano.

La extrema derecha cubanoamericana no puede revertir esta situación, simplemente porque no tiene la fuerza para ello, cualquiera sea los «reacomodos» que se produzcan, incluso los logros parciales que pueda lograr.

Los llamados grupos «moderados», que respaldaron con vigor la nueva política de Obama hacia Cuba y llegaron a influir en la misma, igual han quedado descolocados y con escaso acceso a la Administración Trump.

Esto no los descarta totalmente del proceso, ya que han tenido una participación bastante activa en las gestiones de estructuras bipartidistas que apoyan el cambio, las cuales ahora podrían verse fortalecidas por el peso que tienen en ella los grupos agrícolas republicanos y otros sectores de ese partido interesados en el mercado cubano.

Pero lo determinante para la vigencia e importancia de estos grupos, tanto para Estados Unidos como para Cuba, es que puedan convertirse en una alternativa de la extrema derecha a escala local y capitalizar el emergente voto cubanoamericano en función de sus posiciones, cosa que no han hecho hasta ahora.

La conclusión a que puede conducirnos este análisis es que todos los grupos políticos cubanoamericanos perdieron en estas elecciones y su protagonismo en el diseño y aplicación de la política hacia Cuba se ha visto sensiblemente disminuido.

Era una tendencia inexorable, que está relacionada con la pérdida de peso específico en la medida en que aumenta el interés nacional y otros grupos más poderosos se incorporan al debate, aunque quizás los resultados de estos comicios puedan acelerar este proceso.

Sin embargo, esto no quiere decir que la comunidad cubanoamericana ha dejado de ser un factor importante en las relaciones entre los dos países, con impacto en ambas sociedades. Lo que ha cambiado es la manera diversa y compleja en que se concreta esta influencia.

La pérdida del monolitismo que antes caracterizaba el voto cubanoamericano a favor de los republicanos y contra las relaciones con Cuba, decretó la muerte inevitable de la extrema derecha. Lo que falta por ver es cuánto demora el entierro, cualquiera sea el presidente de Estados Unidos.

Los cubanoamericanos y la política hacia Cuba[7]

La muerte de Fidel Castro despertó sórdidas pasiones en la extrema derecha miamense.

Algunas personas salieron a la calle a celebrar con aires de carnaval y los medios locales de información divulgaron todo tipo de improperios contra el líder cubano, dejando la impresión que la mayoría de la comunidad cubanoamericana se opone a las relaciones con Cuba.

Sin embargo, la realidad que se esconde detrás de esta imagen pública es bien distinta, como lo demuestra cualquier investigación seria sobre esta problemática.

¿A quiénes representa la extrema derecha en la actualidad?

Prácticamente todos los estudios coinciden en que su base social ronda el 50% de los electores cubanoamericanos, en su mayoría personas de edad avanzada, con escasos vínculos familiares y sociales en Cuba, que arrastran fuertes sentimientos de oposición al sistema político cubano.

También representa a sectores económicos asentados en el enclave miamense, que a través de estos grupos han logrado alcanzar un alto nivel de control de las estructuras políticas y administrativas de la localidad, lo que explica el éxito de sus candidatos en las elecciones a esta escala y su impacto en la vida política norteamericana, cuando son funcionales a la estrategia gubernamental.

---

7 Publicado en *Progreso Semanal* el 7 de diciembre de 2016.

La hostilidad hacia Cuba devino el factor de cohesión social por excelencia para estos grupos, por lo que cualquier avance en las relaciones entre los dos países pone en crisis esta estructura de dominación. A su favor cuenta con la existencia de una cultura de la confrontación, cimentada por más de medio siglo, que abarca a sectores de poder norteamericanos, los cuales han servido de nicho a esta corriente y comparten sus posiciones.

En el otro polo del acontecer político cubanoamericano, aparece una población que responde a otras experiencias de vida y una visión distinta respecto a las relaciones con Cuba. Más que la política o la ideología, toda vez que este interés no puede interpretarse como una muestra de apoyo a la Revolución Cubana, impera en estos sectores una voluntad de convivencia, que se expresa a través de los contactos filiales, sociales, culturales, incluso, económicos, con la sociedad cubana.

Encuestas llevadas a cabo en agosto pasado por la Universidad Internacional de la Florida indicaron que el 55% de los cubanoamericanos se manifestaron favorables de las relaciones con la Isla, mostrando un aumento porcentual en el caso de los jóvenes y los inmigrantes más recientes, lo que permite hablar de una tendencia que se proyecta hacia el futuro.

Aunque no es el único factor, las contradicciones respecto al tema de las relaciones con Cuba explican el incremento de la afiliación de los cubanoamericanos al Partido Demócrata, la cual se ha duplicado en los últimos años, hasta alcanzar un 44% de los electores.

Incluso, en sentido favorable a las relaciones también se manifestó un 41,6% de los que se definieron como simpatizantes de Trump, lo que muestra que esta posición no deja de tener un fuerte respaldo en los sectores conservadores republicanos.

Para tener una visión más clara del diapasón de corrientes políticas que existen en su seno, una investigación pendiente sería determinar el apoyo que tuvo Bernie Sanders en la comunidad cubanoamericana. No obstante, es un hecho incontrovertible el resquebrajamiento del monolitismo anticubano, que sirvió de base a la preponderancia de la extrema derecha en el pasado.

Contrario al mito de que los votantes cubanoamericanos apoyaron masivamente a Trump para castigar a Clinton por la política de Obama hacia Cuba, los investigadores Giancarlo Sopo y Guillermo Grenier han demostrado que, a escala nacional, más del 50% de ellos votó por la candidata demócrata, superando los indicadores históricos de cualquier otro contendiente de su partido dentro de este electorado.

Incluso en el sur de la Florida, donde se concentra el llamado «exilio histórico» y las maquinarias de la extrema derecha cuentan con su máximo potencial, el apoyo a Trump apenas sobrepasó la mitad de los votantes y el candidato republicano perdió todos los distritos con alta concentración de electores cubanoamericanos.

Cientos de miles de emigrantes de origen cubano y sus descendientes viajan al país anualmente, envían remesas a sus familias, e invierten en pequeños negocios en el país, para no hablar de lo que ello ha significado en términos culturales y existenciales. En la actualidad, se aprecia un clima donde impera un alto grado de estabilidad en estos contactos, con resultados positivos para ambas sociedades.

Poco se habla de que en el sur de la Florida existe una inmensa red de negocios relacionados con los vínculos con Cuba, ahora incrementada por el aumento de viajeros norteamericanos, los vuelos directos y los cruceros, en su mayoría procedentes de Miami.

Las declaraciones de Donald y el peso que ha dado a figuras de la extrema derecha cubanoamericana en su equipo de transición, hacen pensar que se planea una reversión de esta política, cuyas consecuencias serían muy nocivas para la comunidad cubanoamericana y sus familiares en Cuba.

No existe una explicación racional para esta conducta. El *lobby* de la extrema derecha miamense no apoyó su candidatura y se está embarcando en una alianza condenada al fracaso con grupos que muestran un pleno descenso en el respaldo popular y ni siquiera cuentan con el apoyo de los principales empresarios cubanoamericanos, la mayoría de los cuales respaldó la política de Obama e incluso acompañaron el presidente durante su visita a Cuba.

Evidentemente, en la solución de esta ecuación no funciona la lógica de los factores objetivos y de nuevo tenemos que remitirnos a la existencia de una cultura del odio, que se vio exacerbada por un cuestionable morbo triunfalista, resultante de la muerte de Fidel Castro.

La extrema derecha apuesta a la capacidad demostrada durante medio siglo para imponer sus posiciones al resto de la comunidad cubanoamericana. Para ello han utilizado todo tipo de mecanismos de coacción, incluido el terrorismo, creando un clima que se extienden a muchos aspectos de la vida social, donde prima un alto nivel de intolerancia.

En Miami la gente tiene miedo expresarse y ello influye en la percepción de sus sentimientos. No obstante, aunque las apariencias muestren lo contrario, en Estados Unidos la mayor resistencia a esta cultura de la confrontación con Cuba se encuentra precisamente dentro de la comunidad cubanoamericana, porque son los más perjudicados.

Para Cuba resulta muy importante comprender esta situación y actuar en consecuencia. Tanto por interés propio, debido a su impacto en las relaciones con Estados Unidos, como por solidaridad con estas personas y sus familiares cubanos, lo más recomendable sería impulsar medidas que faciliten aún más los contactos, cualquiera sea la política norteamericana.

No solo la ideología une a las personas, también las desgracias, y paradójicamente puede ocurrir que, sin quererlo, la extrema derecha esté contribuyendo a la conciliación entre cubanos.

Donald Trump y la crisis de Estados Unidos[8]

Afirmar que Estados Unidos está en crisis pudiera parecer una exageración, toda vez que continúa siendo el país más rico y poderoso, donde se concentran los principales avances científicos y del cual emerge una cultura que impone sus patrones al resto del mundo. Sin embargo, así lo aprecian importantes especialistas de diversas inclinaciones ideológicas y sus síntomas se manifiestan en muchos aspectos de la vida de esa nación.

Zbigniew Brzezinski, uno de los intelectuales más influyentes de Estados Unidos, ha dicho que el deterioro del país se expresa en la existencia de una deuda nacional insostenible, en la poca fiabilidad del sistema financiero, en el deterioro de la infraestructura interna, en la profundización de las desigualdades sociales, así como en la polarización política existente y la ignorancia del pueblo norteamericano para encararla, lo que lo hace muy vulnerable a la demagogia de los políticos de turno y la manipulación de los sectores de poder.

Pudiéramos agregar la falta de competitividad de su industria manufacturera, el derroche de energía, la contaminación y la falta de cuidado al medio ambiente, la irracionalidad de los gastos militares, la ausencia de cobertura de salud y protección social para millones de personas, las insuficiencias del sistema educacional, así como los conflictos étnicos, raciales y culturales, para solo citar los problemas más evidentes de un sistema

---

8 Publicado en *Progreso Semanal* el 27 de diciembre de 2016.

basado en un consumismo desenfrenado, que no tiene asidero en la economía real.

La elección de Donald Trump ha sido un reflejo de esta complejidad. En ella se expresó el descontento de la clase trabajadora blanca por la pérdida de sus empleos tradicionales, la xenofobia contra los inmigrantes, el racismo hacia el resto de las minorías, los conflictos culturales como resultado del quebranto de los valores dominantes, la falta de credibilidad del sistema político y el deterioro en la capacidad de gobernabilidad de las instituciones del sistema.

Esta vez la elección no la decidió el dinero, los medios informativos y culturales, ni el peso relativo de las estructuras políticas tradicionales, sino la cólera o el desencanto de los votantes, lo que ha llevado a Paul Krugman, Premio Nobel de economía, a afirmar que la democracia estadounidense se encuentra al borde del abismo.

Trump se alzó con la victoria contra la voluntad de ambos partidos, las corporaciones mediáticas, incluso contra la mayoría de los grandes intereses económicos. Fue la victoria de lo que algunos denominan la tendencia «nacionalista/populista», que se ha traducido en un gobierno de millonarios, paradójicamente avalado por el voto de importantes sectores de la clase obrera blanca, especialmente los menos cultos y más intolerantes respecto a asuntos sociales o religiosos.

Saltan a la vista profundas contradicciones dentro de la élite de poder norteamericana y ello debe tener repercusiones a escala nacional e internacional. Pudiéramos estar en presencia del intento de reacomodar las reglas del juego a favor de aquellos sectores de la oligarquía norteamericana que se han visto perjudicados por la globalización o esperan obtener mayores ventajas de la misma, lo que implicaría imponer mediante la

fuerza, ya sea económica o militar, los intereses de Estados Unidos en el mercado internacional.

Esta lógica es la que pudiera explicar la revisión de los tratados de libre comercio —y así cumplir con la promesa de Donald Trump de conseguir «mejores acuerdos» para Estados Unidos— y la reacción positiva que, al menos temporalmente, ha tenido su elección en la bolsa de valores norteamericana, cuando debiera ocurrir lo contrario. Al parecer, los grandes consorcios financieros norteamericanos perciben que, a la larga, el nuevo presidente será igualmente funcional a sus intereses, al margen de cuál haya sido su discurso de campaña.

Bajo estas condiciones será muy difícil negociar con el gobierno norteamericano y ello augura contradicciones con un amplio diapasón de países, incluyendo a los propios aliados. No obstante, una cosa es pretenderlo y otra poderlo lograr, está por verse si Estados Unidos está en condiciones de imponer reglas leoninas en el mercado internacional, donde rigen intereses nacionales y multinacionales que no pueden ser ignorados y si el «pragmático» Donald Trump acaba por reconocerlo.

Por otro lado, resulta poco probable que Trump pueda resolver los problemas que aquejan a la economía norteamericana. El capital financiero no modificará su naturaleza especulativa, afectando los niveles de inversión productiva; no volverán a Estados Unidos las empresas que han emigrado en busca de mejores cuotas de ganancia, lo que constituye un ley objetiva del capitalismo; mejores niveles de competitividad y el aumento de los empleos en el sector manufacturero solo puede alcanzarse mediante la depreciación de los salarios; la llamada «industria del conocimiento», base del desarrollo de las grandes multinacionales, continuará requiriendo menos y más calificada

fuerza de trabajo y las reducciones de impuestos propuestas por Trump, se traducirán en una mayor disminución de los servicios sociales y la inversión en la educación, aumentando la desigualdad crónica del sistema.

Más que disminuir, las tensiones sociales deben aumentar como resultado de la propia ideología gubernamental y ya se aprecia el aumento de las contradicciones políticas internas, debido al cuestionamiento de un presidente que ni siquiera obtuvo el voto de la mayoría de los electores ni cuenta con una base política debidamente estructurada. Incluso, constituye una incógnita cuál será la relación de Trump con su propio partido y está por verse la reacción de los demócratas y otras fuerzas políticas alternativas ante su elección.

Casi todos los países desarrollados confrontan problemas más o menos similares, para no hablar del Tercer Mundo, donde el deterioro económico y social alcanza magnitudes espantosas. Se trata, por tanto, de una crisis sistémica mundial, resultado de la globalización neoliberal, de la que ni siquiera Estados Unidos ha logrado salvarse a plenitud.

Es por ello que algunos definen la victoria de Donald Trump como un movimiento «antiglobalización» e incluso le achacan virtudes renovadoras del orden internacional vigente, pero ello sería esperar que los sectores de poder norteamericano actúen contra de la propia naturaleza del capitalismo y los intereses donde se asienta el sistema de dominación de Estados Unidos en el mundo.

En verdad, aun cuando pudiera tener sus efectos en la arquitectura económica mundial, esta alianza de magnates nacionalistas y sectores de la clase media blanca, cohesionados a partir del ultraconservadurismo más fundamentalista, dan forma a

una corriente muy peligrosa, no ajena a las tendencias neofascistas que también están ganando fuerza en Europa. Ese es el peligro real al cual nos estamos enfrentando todos, incluso los norteamericanos, porque a eso puede llevarnos la crisis de Estados Unidos.

El presidente Donald Trump[9]

No solo porque siempre provoca curiosidad el *show* mediático, sino por las señales políticas que aporta respecto al nuevo presidente, la prensa mundial sigue con mucha atención la investidura de los presidentes norteamericanos. Esta vez, los «misterios» de Donald Trump aportaron más morbo al espectáculo.

Como obliga la tradición, en la tribuna presidencial lo acompañó su familia; dignatarios de la Administración saliente, encabezados por el propio Barack Obama; sus colaboradores más cercanos; los expresidentes vivos del país (salvo George H. Bush, que se encontraba enfermo); los jueces de la Corte Suprema y congresistas de ambos partidos. Algunos medios de prensa aseguran que más de medio centenar de congresistas demócratas se negaron a participar, de ser cierto, con probabilidad sería una conducta sin precedente en este tipo de evento.

Hubo una escasa presencia de grandes figuras del espectáculo, en su mayoría enemigos declarados del nuevo presidente, aunque Trump pudiera considerarse parte del gremio y hasta tiene su estrella en el boulevard de Hollywood. También fue muy limitada la participación de altos mandatarios extranjeros, algunos como consecuencia de los conflictos ya originados por el presidente electo, y otros porque la incertidumbre no es un terreno que gusta pisar a los políticos.

---

[9] Publicado en *Progreso Semanal* el 23 de enero de 2017.

Llamó la atención la composición del público invitado al acto, una masa compacta de hombres y mujeres blancos, donde resultaba una rareza encontrarse con un negro, un latino o un musulmán. Imagino que si había algún homosexual aún estaba en el closet. Cada tiro de cámara fue un retrato de sus votantes.

Más allá, quizás presagiando las tensiones políticas que puede esperar durante su mandato, estaban miles de personas que manifestaban su rechazo al nuevo presidente, obligando a un tremendo despliegue de seguridad y medidas represivas muy poco elegantes para la ocasión.

El discurso de Trump fue fiel a su retórica de campaña, fue dicho en un tono más amenazante que persuasivo, y estuvo caracterizado por su prédica populista, un nacionalismo chovinista exacerbado, así como por su llamado al proteccionismo, respecto a la industria y el comercio norteamericanos. *America First* es su consigna. Estuvo dirigido contra la clase política, un sentimiento compartido por millones de norteamericanos que lo condujo a la victoria electoral. Trump asumió como propia una dudosa representación del pueblo estadounidense y descalificó a los políticos de ambos partidos, planteando el problema de conciliar esta prédica con la necesidad de un consenso para encaminar sus acciones, incluso dentro del Partido Republicano.

La frase «hacer grande otra vez a Estados Unidos» resume su proyecto político, lo que implica poner en tela de juicio los tratados multilaterales de libre comercio y las relaciones con grandes actores económicos, como es el caso de China. Vale apuntar que el propósito de Trump no es enmendar las aberraciones existentes y establecer una mayor equidad en estos tratados, lo que sería bien visto en todo el mundo, sino imponer con más fuerza los intereses norteamericanos en los mismos o desecharlos a favor de acuerdos bilaterales y condiciones aún más

espoliadoras de las contrapartes, lo que será fuente de conflictos a escala internacional, incluso con sus aliados.

De todas formas, se trata de una idea de difícil materialización, toda vez que la globalización neoliberal no es culpa de otros países, como ha dicho Trump, sino una tendencia lógica del capitalismo, donde los principales beneficiarios son las grandes empresas transnacionales, especialmente las norteamericanas, principales promotoras de las reglas que hoy regulan este mercado.

La moraleja es que no existe una política que satisfaga por igual «el interés nacional de Estados Unidos», sino que estos intereses se expresan a partir de necesidades e intenciones sectoriales, en ocasiones contradictorias, cuya modificación no puede llevarse a cabo sin perjudicar a grupos muy poderosos, muchos de ellos determinantes en la política norteamericana.

Hasta ahora, aparte de la revisión de las relaciones económicas de Estados Unidos, en política internacional los ejes de las propuestas trumpistas se han centrado en la lucha contra el terrorismo, lo que pudiera explicar sus acercamientos a Rusia, y la revisión de los criterios colectivos de seguridad, especialmente en relación con la OTAN. Tal mensaje ha puesto patas arriba a los europeos y planteado importantes interrogantes respecto al diseño de la hegemonía de Estados Unidos en el mundo.

En su discurso, Trump dijo que no pretendía imponer el sistema norteamericano a ningún país, a lo que suma su reiterada crítica al intervencionismo, lo que constituye una buena señal. Aunque al mismo tiempo anunció el aumento del presupuesto militar y la pregunta que se impone es: con qué objetivo.

Hacia lo interno de la sociedad norteamericana, propone una política de estímulo al empleo, una necesidad real de economía estadounidense, lo que pretende resolver mediante la

imposición de tarifas arancelarias a las importaciones y grandes inversiones infraestructurales, que algunos consideran lo acercan a las tesis keynesianas. Sin embargo, contrario a las tesis del economista inglés, esta política no va acompañada de impuestos a los ricos, ni programas sociales que aumenten el poder adquisitivo de los consumidores más desventajados, un área donde Trump se plantea revertir los escasos avances alcanzados, como es el caso del Obamacare, sin proponer alternativas que lo sustituyan.

Trump se aferra a criterios neoliberales, que parten del supuesto «chorreo» de la riqueza acaparada por una exigua minoría, lo que ha demostrado su ineficacia, toda vez que, por el contrario, tiende a aumentar las desigualdades sociales, otro de los problemas fundamentales que encara la sociedad norteamericana y una de las razones de los déficits de gobernabilidad que se expresan por todas partes, explicando en buena medida la propia elección de Trump como presidente.

Junto a esto, plantea una política de ley y orden encaminada a satisfacer los valores de los sectores más conservadores, promotores de la supremacía blanca, lo que debe aumentar las tendencias racistas, xenófobas, misóginas y homofóbicas, así como el desprecio del cuidado del medio ambiente, el derecho a portar armas y la prohibición del aborto, todo lo cual el nuevo presidente asumió como ideas propias durante la campaña.

Los grandes perjudicados serán los inmigrantes, otro problema que Trump achaca a otros países, sin reconocer que sus causas fundamentales son de naturaleza endógena, resultantes del propio sistema norteamericano y sus relaciones con el resto del mundo, especialmente con América Latina.

Hasta ahora, todo indica que Trump se propone hacer valer la filosofía que encausó su campaña electoral. Más allá de su

arrogancia, tal filosofía plantea problemas reales de la sociedad norteamericana, aunque las soluciones que propone resultan en su mayor parte muy peligrosas, toda vez que tienen un tufo neofascista, no ajeno a lo que ocurre en otros países desarrollados, como es el caso de Europa, reflejando la compleja tendencia de una salida por la derecha a la crisis mundial del capitalismo.

De todas formas, la gran interrogante es la viabilidad de esta política. Al parecer, con lo único que cuenta de seguro Donald Trump para lograrlo es con la voluntad divina, no solo para recalcar la excepcionalidad del pueblo norteamericano y su destino manifiesto, sino con su propia condición de enviado de Dios en la tierra. Sin duda va a necesitar de su ayuda.

Donald Trump: se terminó la incertidumbre[10]

La elección de Trump puso de moda la palabra «incertidumbre» en los análisis respecto a la futura conducta de su Administración. No obstante, en apenas dos semanas, se han esclarecido muchas cosas y todo indica que el presidente tratará de hacer valer lo que prometió en su campaña electoral.

La personalidad del nuevo presidente incorpora cierta sensación de irracionalidad a su discurso y efectivamente algunas de sus propuestas asustan por su proyección y contenido. Sin embargo, no debemos engañarnos, Trump parece ser un hombre hábil y decidido, con una agenda que se corresponde con los intereses de los sectores que lo llevaron a la presidencia y con la ideología que estos grupos representan.

Fiel a su mensaje populista contra la clase política norteamericana, Trump propuso introducir una enmienda constitucional para implantar límites de tiempo al mandato de los congresistas, prohibir que los funcionarios del Congreso y de la Casa Blanca se conviertan en lobistas en los cinco años posteriores al abandono de sus cargos, así como congelar la mayoría de las contrataciones del gobierno federal, con vista a disminuir la burocracia.

Se trata de acciones que responden a la necesidad de aportar control y credibilidad a un sistema caracterizado por la polarización y el descrédito público, por lo que con seguridad gozarán

---

10 Publicado en *Progreso Semanal* el 6 de febrero de 2017.

del apoyo de buena parte de la población. Sin embargo, también auguran un incremento de las contradicciones del Ejecutivo con el Congreso, incluso dentro del propio Partido Republicano, con efectos predecibles en el estado de gobernabilidad del país.

En función de cumplir con la visión proteccionista que define su política comercial, anunció que renegociaría el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y que cancelaría la participación de Estados Unidos en el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP). A su vez, su elección decretó la muerte definitiva del Acuerdo Trasatlántico, el cual ya venía confrontando sus propios problemas debido a la falta de consenso con las contrapartes europeas.

En la práctica, de esta manera resulta desmantelada la estructura comercial que se suponía idónea para las empresas transnacionales de Estados Unidos, a lo que se suma la amenaza de imponer gravámenes de hasta un 45% a las importaciones chinas, mexicanas y de otros países, lo que plantea enormes consecuencias para las reglas actuales del mercado mundial capitalista, especialmente para el funcionamiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC), y anuncian lo que algunos especialistas consideran será una guerra comercial a escala planetaria, con efectos nocivos para todos los países.

También estas medidas pueden afectar negativamente al sector financiero, principal sostén de la hegemonía económica norteamericana, debido a su posible impacto en el valor y la credibilidad del dólar, la posibilidad del retiro de activos extranjeros de los bonos de la reserva federal y potenciales afectaciones en el mercado bursátil, a consecuencia de la inestabilidad que generaría esta situación.

La pregunta que se impone es por qué Trump está dispuesto a correr estos riesgos. Por la sencilla razón de que la globali-

zación neoliberal también afecta a importantes sectores de la economía norteamericana, especialmente a los productores nacionales orientados hacia el mercado interno, así como a los trabajadores vinculados a los mismos, los cuales constituyen la base social del nuevo gobierno. Estamos en presencia de una crisis estructural de la economía y el balance político de Estados Unidos, cuya solución no es ajena a las necesidades del país.

El problema es que las soluciones planteadas por Trump no van encaminadas al establecimiento de un comercio más justo para todas las partes, sino que están orientadas a acentuar la asimetría de poderes a escala internacional e imponer con más fuerza las condiciones de Estados Unidos al resto del mundo. *America First* es su consigna, y por «América» está claro que se entiende a Estados Unidos.

Mirado hacia lo interno de la sociedad estadounidense, aunque esta política pudiera generar una mayor inversión en el sector productivo y la infraestructura nacional, beneficiando a algunos trabajadores por el aumento de las oportunidades de empleo, la ideología que la acompaña augura un deterioro del salario para aumentar la competitividad de estas industrias, un aumento del costo de la vida como resultado del incremento de los precios y altos niveles de discriminación y desprotección social, aumentando los desajustes y las tensiones sociales.

Se trata además de una política claramente depredadora del medio ambiente, la naturaleza y el respeto a las tradiciones de los pueblos aborígenes. Entre las medidas anunciadas por Trump está levantar las restricciones a la extracción de carbón y a las perforaciones para crudo y gas natural; eliminar cualquier obstáculo a los proyectos de energía fósil, como el oleoducto Keystone XL, así como cancelar los pagos de Estados Unidos a los programas de cambio climático de la ONU. A ello se suma

una orden ejecutiva destinada a disminuir un 75% las regulaciones federales al emprendimiento de negocios, lo que algunos consideran conduce al retorno del capitalismo salvaje de otras épocas.

Los inmigrantes no solo se verán afectados por la lógica económica discriminatoria antes mencionada, sino por criterios de seguridad interna relacionados con la «protección de las fronteras» y la lucha contra el terrorismo. Trump ha decretado detener la ayuda federal a las llamadas «ciudades santuarios», lugares donde, según el criterio del gobierno, los funcionarios locales no persiguen con el rigor exigido a los inmigrantes ilegales. En estos casos ya se han visto afectadas ciudades tan importantes como Washington DC y Nueva York.

También, en una de las medidas que mayor reacción ha provocado dentro y fuera de Estados Unidos, decidió suspender de manera temporal la inmigración de personas provenientes de países supuestamente asociadas con el terrorismo internacional, dígase de mayoría musulmana, así como incrementar la investigación de antecedentes en todos los casos, lo que tornará más difícil obtener una visa norteamericana, incluso para ciudadanos europeos. Hasta la fiscal general interina cuestionó la legalidad de estas medias y se negó a implementarlas, lo que condujo a su inmediata cesantía.

En el caso de América Latina, lo más escandaloso ha sido reafirmar la intención de completar la construcción de un muro en la frontera sur e imponer a los mexicanos el pago de esta humillante obra. A la vez, se plantea incrementar la persecución y la deportación masiva de los inmigrantes indocumentados, algo que Obama ya venía haciendo, e incluso es posible que algunos inmigrantes legales, los cuales gozan de la condición de residentes permanentes, también sean víctimas de estas prácticas.

El discurso xenófobo que sustenta esta política saca a flote las tendencias neofascistas presentes en la Administración Trump, por lo que es de esperar que se incremente el clima de hostilidad y rechazo hacia todos los latinoamericanos residentes en Estados Unidos, con consecuencias terribles para estas personas. También plantea una barrera moral para las relaciones de la región con Estados Unidos, con presiones adicionales para los gobiernos pronorteamericanos, además afectados por el desmantelamiento de los mecanismos de libre comercio.

En política exterior el gobierno de Trump también ha roto patrones al asumir posiciones muy duras contra la Unión Europea y el papel de la OTAN, así como en las relaciones con otros aliados, como Japón y Australia, a lo que suma el llamativo acercamiento a Rusia, con posibles implicaciones para la política norteamericana en el Medio Oriente, aunque en este escenario las señales son más contradictorias, debido a su apoyo a Israel y las sanciones incrementadas contra Irán.

En realidad estamos en una situación bastante inédita en la historia reciente de Estamos Unidos, en buena medida resultado de los problemas que atraviesa ese país, con la agravante de que las elecciones decidieron que se adoptara la opción ideológicamente más reaccionaria para superarlas.

De todas formas, las crisis son también fuente de oportunidades y lo bueno que está sucediendo es la evidencia de que hay que buscar otras alternativas para construir un mundo mejor. En Estados Unidos también hay tendencias que defienden este pensamiento.

El racismo y la xenofobia en Estados Unidos[11]

No se puede culpar a Trump de inventar el racismo y la xenofobia en Estados Unidos, ni siquiera de institucionalizar estos prejuicios, hasta el punto de convertirlos en política oficial.

En 1790, apenas reconocida la independencia de Estados Unidos, el Congreso dictó la primera Ley de Naturalización, donde establecía la ciudadanía estadounidense solo para las «personas blancas libres», lo cual fue ratificado por la Corte Suprema en 1857.

No obstante, en diversas etapas, incluso los inmigrantes europeos blancos fueron víctimas de la xenofobia como resultado de su origen nacional. Franceses y alemanes fueron inicialmente discriminados por no ser anglosajones. Ocurrió lo mismo con los irlandeses, despreciados por miserables y católicos, e igual pasó con judíos, italianos y eslavos.

Los fue salvando el color de la piel y se estableció la lógica malsana de convertir a los discriminados en discriminadores. Sin embargo, en el caso de aquellos que no son blancos, tal condición los ha acompañado por generaciones, sin importar que hayan nacido o el tiempo que hayan vivido en ese país.

Desde los orígenes de la colonización estuvo presente la discriminación a las poblaciones indígenas, llevada al punto del exterminio masivo y la enajenación de los sobrevivientes, mediante su concentración en reservaciones todavía existentes.

---

11 Publicado en *Progreso Semanal* el 23 de febrero de 2017.

Al igual que los asiáticos, hasta 1940 los nativos norteamericanos no podían optar por la ciudadanía estadounidense.

También desde los primeros momentos se expresó la discriminación contra los negros. Llegados al país como fruto de la inmigración forzada en condición de esclavos, la cual llegó a ser la más nutrida del mundo, la racionalidad de los explotadores incluso puso en duda la naturaleza humana de estas personas.

Ni siquiera las luchas por los derechos sociales, encabezadas por hombres como Martin Luther King, o la elección de un presidente afroamericano, ha liberado a la mayoría de la población negra de vivir en ghettos, resultar particularmente brutalizados por los órganos represivos, constituir la inmensa mayoría de la población penal y ser considerados una raza inferior.

La discriminación contra los latinos tiene su origen en los territorios arrebatados a México en 1848 y ha continuado hasta convertir a la minoría hispana en la más pobre y menos educada del país.

La falta de mano de obra y el interés de los empresarios en depreciar los salarios, determinó que la frontera con México estuviese abierta a la inmigración hasta la segunda década del siglo XX. A partir de ese momento se establecieron las primeras restricciones y comenzó a aplicarse el concepto de «inmigración ilegal», hasta entonces desconocido en la ley migratoria estadounidense, también conveniente para ciertos sectores del empresariado.

En 1917 y 1942 se diseñaron planes de reclutamiento de trabajadores temporales mexicanos para la agricultura. El llamado Programa Braceros existió hasta 1964 e involucró a cinco millones de personas. Sin embargo, en 1930 fueron deportados 400 000 mexicanos, el 60% de los cuales eran ciudadanos esta-

dounidenses; otro millón fue expulsado en 1952, mediante la operación Espalda mojada.

Esta situación se agudizó como resultado de la reforma migratoria de 1965, la cual incentivó la migración indocumentada, al limitar las opciones legales. Lo mismo puede decirse de los centroamericanos, incluso de los puertorriqueños, que han ingresado bajo otras condiciones, debido a la condición colonial de la Isla, pero igual ocupan los estratos menos favorecidos de sociedad norteamericana.

En estos momentos, un 60% de los inmigrantes que se establecen legalmente en Estados Unidos proviene de América Latina y el Caribe hispano, a lo que habría que agregar más del 80% de los 12 millones de indocumentados que se calcula existen en el país. Tal avalancha, determinada por la aplicación del neoliberalismo en América Latina, con características culturales específicas, provocó la reacción de los supremacistas blancos y hasta surgieron teorías que hablan de una «guerra de civilizaciones».

Al ser la última gran oleada de inmigrantes en arribar a Estados Unidos y cargar sobre sus hombros con una tradición de dependencia nacional que tiende a desvalorizarlos, en estos momentos los latinoamericanos sufren de manera especial los rigores de la lógica discriminatoria imperante en esa sociedad. Solo los musulmanes, principales víctimas de la «guerra contra el terrorismo», encaran una situación similar.

No hay nada novedoso en las políticas contra los inmigrantes de Donald Trump, sino una reversión a la más primitiva xenofobia para justificarlas, asumiendo como propios los presupuestos más groseros de los ideólogos de la supremacía blanca.

El racismo y la xenofobia tienen su causa fundamental en la necesidad de los grupos dominantes de segmentar la sociedad y estimular diferencias que limiten las posibilidades de

articulación política de las clases subalternas, algo particularmente funcional en Estados Unidos, debido a su extraordinaria heterogeneidad social.

No es, por tanto, solo fruto de la ignorancia, sino que constituye una ideología elaborada y diseminada por una sofisticada red de influencia cultural —medios de información, universidades, centros de investigación e instituciones religiosas—, que la convierten en factor de cohesión y beneficios para determinados grupos sociales, particularmente para la clase media blanca, principal base política del sistema.

En definitiva, desde la cultura y mediante el culto al individualismo, se pretende exacerbar los más primitivos sentimientos encaminados a excluir a los competidores en el mercado laboral, el acceso a la educación y el estatus social. También es una forma de explotar los temores de aquellos que se sienten privilegiados por el sistema, algo que Donald Trump utilizó con mucha eficacia en su campaña electoral, hasta el punto de retrotraer el debate a la etapa de la segregación institucionalizada.

El problema es que estas actitudes no solo amenazan a los inmigrantes, sino a poblaciones enteras y hieren la sensibilidad de otros sectores de la población, incluso de aquellos blancos que han adquirido una mayor conciencia de respeto al prójimo, lo que incrementa las tensiones sociales domésticas y polariza la sociedad en su conjunto. Ello explica la intensidad que ha adquirido el conflicto.

La resistencia a estas políticas no solo constituye un rechazo a conductas humanamente despreciables, sino que esconde, a veces de manera inconsciente, un fenómeno mucho más abarcador: la crítica al sistema que las promueve.

Esta es otra lectura que debemos hacer de los resultados de las pasadas elecciones en Estados Unidos.

Donald Trump visto desde Cuba[12]

Gracias a la señal de la cadena Telesur, transmitida de manera regular en la televisión del país, los cubanos pudimos presenciar en vivo el primer discurso de Donald Trump ante el Congreso de Estados Unidos.

Aunque no faltaron frases grandilocuentes como «vamos a iluminar el mundo» y exaltó la existencia de un optimismo que no se aprecia en ninguna parte, la realidad es que no dijo nada nuevo respecto a los temas que han estado en el centro de sus discursos y pretendió convencernos con los mismos argumentos utilizados en su campaña.

La tónica de la audiencia fue una parte puesta de pie aplaudiendo con frecuencia y otra que permanecía sentada sin mover las manos. El *speeker* de la cámara, Paul Ryan, enemigo de Trump durante la campaña, no dejó de demostrar su satisfacción con las declaraciones del nuevo mandatario, lo que indica que, por lo menos hasta ahora, el liderazgo republicano se ha atrincherado alrededor del presidente.

Esta vez Trump fue insistente en su convocatoria a la unidad entre demócratas y republicanos, pero impresionan las diferencias existentes, incluso respecto a la visión que cada bando tiene de la situación de Estados Unidos. Tal parece que nos están hablando de dos países distintos. Mientras los demócratas resaltan la recuperación económica, bajos índices de desempleo,

---

12 Publicado en *Progreso Semanal* el 3 de marzo de 2017.

avances en la educación y la salud pública, los republicanos aducen un estado de crisis en estos y otros indicadores.

En realidad, ninguna de las partes dice toda la verdad, ni las soluciones que plantean están orientadas a la raíz de los problemas, sino que responden a los intereses de las facciones en pugna. El reto con Trump es escudriñar los intereses que representa, nada fácil, debido al eclecticismo de sus propuestas y la naturaleza de su discurso.

No resulta novedoso que la economía, la seguridad y la inmigración estén en el centro de sus preocupaciones, tampoco que recurra a la exaltación del militarismo para buscar la cohesión del pueblo norteamericano. Parece que funciona, ya que fue la única ocasión en que los demócratas se sumaron a un extendido aplauso hacia la viuda de un soldado muerto recientemente en Yemen, donde, por cierto, no ha sido muy publicitada la presencia militar norteamericana.

En lo económico, resulta imposible determinar una corriente específica en el pensamiento de Trump. Sus propuestas ante el Congreso constituyen una mezcla que combina el proteccionismo de cara al mercado internacional, con el neoliberalismo extremo hacia lo interno; grandes inversiones en la infraestructura, con una reducción sustancial de los impuestos, así como la disminución del presupuesto federal con un incremento extraordinario de los gastos militares, todo lo cual pone en duda la factibilidad de su materialización.

Este incremento de los gastos militares se contradice con las críticas de Trump a la intervención de Estados Unidos en otros países y su supuesta vocación de promover la estabilidad y la paz internacional. El argumento de que las fuerzas armadas norteamericanas deben estar «preparadas para ganar», hace pensar en un regreso a la teoría de la «guerra asimétrica»,

preconizada por Colin Powell, durante su etapa como jefe del Estado Mayor Conjunto.

Como ello viene aparejado con una reducción del presupuesto del Departamento de Estado, tal parece que el nuevo presidente de Estados Unidos se distancia de la doctrina del «poder inteligente», preconizada por Obama, para acercarse a las teorías neoconservadoras, que preferencia el uso de la fuerza sobre la diplomacia.

No obstante, para continuar con las antípodas que dificultan seguirle la pista, hizo alarde de la capacidad negociadora que supuestamente tendrá su gobierno, implicando el ejercicio de una diplomacia muy activa. Quizás, entonces, el incremento de los gastos militares pudiera estar más relacionado con el nacionalismo económico, que tiene en la industria militar a uno de sus principales pilares, o simplemente se trata de una maniobra política, destinada a satisfacer intereses demasiado poderosos para ser ignorados.

A la vez, se plantea una reducción significativa de los programas sociales, una postura tradicional de los conservadores que, contrario a la lógica y la experiencia, achacan al mercado la capacidad de reducir las desigualdades y garantizar el acceso masivo a la educación y la salud pública. Hasta ahora, no existen propuestas concretas de Trump para sustituir el Obamacare, el cual asegura será eliminado, dejando sin protección a 22 millones de personas.

Aunque habló de una posible reforma migratoria y estableció en líneas generales los condicionamientos que debían guiarla, en la práctica, el problema migratorio ha sido visualizado por Trump casi exclusivamente desde la perspectiva de la seguridad interna, desconociendo los factores económicos, sociales y de política externa que en realidad determinan este fenómeno.

Volvió a insistir en la construcción del famoso muro fronterizo y, desde una visión xenófoba, criminalizó a los inmigrantes, incluso informó la creación de una oficina para la atención a las víctimas de crímenes relacionados con la inmigración, aunque las investigaciones demuestran que el índice delincuencial de estas personas está por debajo de la media social norteamericana. Uno de los momentos más bochornosos y manipuladores del discurso, fue cuando presentó a dos familias cuyos hijos fueron supuestamente asesinados por inmigrantes ilegales.

Igual ocurrió con el problema de las drogas, achacando a los inmigrantes su difusión en Estados Unidos. De esta manera, Trump se distanció del avance que significó el reconociendo que hizo Obama del problema del consumo en Estados Unidos, como una de las causas de la extensión que ha tenido este flagelo a escala internacional.

La otra víctima de su discurso fue el medioambiente. Anunció la eliminación regulaciones basadas en este criterio y la construcción de dos oleoductos, hasta ahora paralizados por sus consecuencias ambientalistas. Los republicanos aplaudieron entusiasmados y el público formó un alboroto en contra.

La seguridad interna ocupó buena parte de su intervención y los temas centrales fueron el terrorismo, una constante en la agenda política norteamericana, y la delincuencia. Nada dijo de enfrentar las causas que generan estos fenómenos, sino que se limitó a proponer un incremento de los mecanismos represivos y pidió un apoyo incondicional para los cuerpos policiacos, enfrentados a la crítica social por sus abusos y tendencias discriminatorias.

Apenas habló de política exterior, salvo para decir que gracias a su mandato Estados Unidos estaría listo para liderar el mundo, aunque no sabemos cómo piensa hacerlo. Las únicas

referencias fueron para reafirmar su apoyo a Israel, anunciar sanciones para los que apoyen el programa nuclear de Irán, lo que pone en duda la posición de Estados Unidos respecto a los acuerdos alcanzados con este país, y manifestar su respaldo a la OTAN, afirmando que gracias a esta alianza se había derrotado al fascismo —lo cual es una barbaridad histórica— y al comunismo, pero que todos los aliados tenían que asumir su cuota de gastos para mantenerla, lo cual dijo ya se viene logrando, gracias a sus presiones.

Al afirmar que no había sido elegido para proteger al mundo, sino a Estados Unidos, Trump dijo una verdad. Pero queda la duda si esto quiere decir «proteger a Estados Unidos del resto del mundo», lo que implicaría una amenaza universal.

En realidad, no creo que alguien esperara un discurso de alto contenido filosófico y verbo elocuente, como nos tenía acostumbrados Barack Obama, pero no dejaba de existir cierto morbo, a la espera de declaraciones de un hombre que se ha caracterizado por romper las reglas del juego e incentivar la polémica. Sin embargo, esta vez, Trump se vistió de presidente, se ciñó al libreto, fue más moderado y nos aburrió a casi todos.

Donald Trump en Miami[13]

De nuevo un presidente norteamericano se aparece en Miami prometiendo la caída del régimen cubano. A lo largo de este medio siglo ha ocurrido lo mismo por diversas causas y objetivos: mostrarse duro frente al comunismo durante la Guerra Fría, obtener el voto de la comunidad cubanoamericana o, como ahora, comprar la colaboración de un par de congresistas, ante las amenazas que vienen de todas partes contra la Administración Trump.

La diferencia es que ahora esta retórica no asegura el voto cubanoamericano, hace rato terminó la Guerra Fría y el apoyo de esos congresistas puede ser extremadamente tóxico.

El discurso de Trump se puso tan viejo como el «exilio histórico» que rindió culto a su enfermiza megalomanía. Más de un comentarista lo calificó como un acto grotesco y otros dijeron que era cínico. Por suerte, fueron tan torpes que se les olvidó colocar una bandera cubana y el himno que se escuchó fue el de Estados Unidos.

Según *The New York Times*, lo mejor de la política anunciada es que no es tan mala como pudo haber sido. Yo creo que fue tan mala como se lo permitieron las circunstancias y, si no es peor, se debe a que no estaban en capacidad de hacerlo.

A pesar de que responde, supuestamente, a los reclamos de la comunidad cubanoamericana, ninguna de las medidas adop-

---

[13] Publicado en *Progreso Semana*l el 19 de junio de 2017.

tadas, afectan las relaciones de esta comunidad con Cuba. La razón es que los políticos miamenses saben el costo que tendría actuar contra la voluntad mayoritaria de esta población y tienen miedo, lo que indica el deterioro de una fuerza que antes se imponía sin miramientos.

Resultaba insostenible, de cara a la sociedad norteamericana y al resto del mundo, romper las relaciones diplomáticas restablecidas o cancelar los acuerdos de mutuo interés firmados entre los dos países. Ni siquiera Trump se decidió a afectar los negocios ya establecidos y las limitaciones impuestas se reducen a prohibir acuerdos con las empresas militares cubanas en el futuro.

El único daño sustantivo fue limitar, una vez más, el derecho de los norteamericanos a viajar a Cuba. El bloqueo impide que lo hagan en calidad de turistas, pero están establecidas doce categorías relacionadas con intereses culturales e informativos y existen licencias generales para viajar bajo estas condiciones.

Estas categorías se mantienen, pero se eliminó la licencia general para los llamados «contactos pueblo a pueblo» y solo se autorizarán viajes en grupo, con una agenda preestablecida, un guía responsable de hacer cumplir con las regulaciones y mecanismos de auditoría, que obligan a justificar cada gasto en Cuba y guardar la documentación durante cinco años. El objetivo es limitar el flujo de viajeros norteamericanos a Cuba, cuya cifra se ha duplicado desde que Obama eliminó estas mismas restricciones al final de su mandato.

Vale la pena analizar el restablecimiento de esta medida para comprender la filosofía que orienta la política hacia Cuba y las enormes contradicciones que entraña para el propio discurso político norteamericano: Cuba es el único país del mundo al que los norteamericanos no pueden viajar con entera libertad;

estaba prohibido desde la época de Kennedy, Carter eliminó esta prohibición, pero Reagan volvió a restablecerla y finalmente los congresistas cubanoamericanos lograron colocarla como un apéndice a la ley Helms-Burton, que otorgó categoría legal al bloqueo contra Cuba.

Esta restricción se contradice con la teoría de que el contacto pueblo a pueblo es una vía de influencia sobre Cuba, toda vez que bastaría el encuentro con los norteamericanos, para que los cubanos caigan rendidos ante la fascinación que despierta esa sociedad. Así lo expresa la ley Torricelli, igual emitida para derrocar al régimen cubano, pero evidentemente la derecha cubanoamericana no se cree este cuento y siempre ha tratado de limitar el contacto entre los dos países.

Los viajes de norteamericanos son una de las fuentes básicas de crecimiento del sector privado cubano. Estudios norteamericanos indican que la mayoría de estos viajeros se hospedan en casas privadas, asisten a restaurantes privados y utilizan medios de transporte privados, durante sus estancias en Cuba.

Varias razones explican esta preferencia. En primer lugar, es más *chic*. En segundo lugar, es más barato y, por último, porque al estar prohibido el turismo, los norteamericanos no pueden acogerse a los planes de «todo incluido», bastante extendidos en la red hotelera cubana, especialmente en las playas.

Limitar los viajes de estas personas afecta al sector que precisamente el gobierno norteamericano y la derecha cubanoamericana dice querer beneficiar, toda vez que lo considera un «agente de cambio» por excelencia del régimen cubano. La realidad es que esto es mentira, la derecha cubanoamericana no quiere beneficiar a nadie en Cuba ni aboga por el «tránsito gradual y pacífico», su apuesta es promover el caos, para estable-

cerse como fuerza dominante del país, bajo la tutela de Estados Unidos.

Lo ocurrido en Miami es un paso atrás en el proceso hacia la normalización de las relaciones entre los dos países, pero no ha podido modificar su sentido estratégico y no será una panacea para Trump defender esta política hacia lo interno de la sociedad norteamericana y en la arena internacional. Más bien, quizás ayude para fortalecer la lucha contra el bloqueo en el Congreso y resulte contraproducente para la derecha cubanoamericana en las próximas elecciones parciales de 2018.

A Cuba la perjudica porque al país le conviene tener una relación civilizada y mutuamente conveniente con Estados Unidos, pero tampoco el espectáculo miamense transforma de manera dramática el escenario nacional y sus relaciones con el resto del mundo. Otras son las prioridades del país.

Si para algo sirvió el discurso de Trump fue para unir más a los cubanos. No conozco a nadie a quien el tipo le resultara simpático, la mayoría sintió que la política de Miami no puede ser el futuro de Cuba y ya nadie discute sobre la manera de enfrentar la política norteamericana, como ocurría con Obama.

Para entender a Donald Trump[14]

Trump llegó a la presidencia de Estados Unidos con la oposición de los dirigentes de su propio partido, sin el respaldo de los principales grupos económicos, frente a los ataques de la gran prensa y con el voto en contra de la mayoría del electorado.

Tal enajenación de los mecanismos básicos del sistema, de por sí aquejado por la polarización política y el descrédito de sus componentes, se vio reflejado de manera inevitable en la composición y el funcionamiento del gabinete, así como en sus relaciones con el resto del aparato estatal.

El equipo de gobierno, conformado a contrapelo de criterios tradicionales de selección y los temores de posibles candidatos, quedó finalmente integrado por una mezcla bastante ecléctica de ideólogos conservadores fundamentalistas, grandes empresarios, militares retirados y parientes cercanos, quizás los únicos en los que el presidente parece confiar realmente.

Estas personas no están aglutinadas alrededor de visiones y proyectos comunes, lo que explica la imagen de caos, las divisiones y los conflictos intestinos que han caracterizado los primeros meses de la Administración Trump.

También ha tenido expresión en las relaciones con el Congreso. A pesar de contar con la mayoría republicana en ambas cámaras, Trump ha sido incapaz de articularla en función de

---

14 Publicado en *Progreso Semanal* el 4 de julio de 2017.

sus principales propuestas y ninguna de sus iniciativas legislativas ha sido aprobada por este cuerpo político.

A todo esto se suma el asedio mediático proveniente de los principales órganos de prensa, así como la puesta en marcha de varias investigaciones relacionadas con asuntos de seguridad nacional, dígase los supuestos vínculos ilegales con Rusia, o posibles actos de corrupción, debido al papel de sus empresas en el mercado mundial.

En estas condiciones, la política doméstica de Donald se ha resumido en tratar de alcanzar cierto nivel de consenso con la clase política que tanto criticó en su campaña. Ello explica la reversión de algunas de sus propuestas y la afanosa búsqueda de aliados, especialmente dentro de los congresistas republicanos, enfrascados en sus propias divisiones internas.

La política exterior es, en buena medida, rehén de esta situación, y muestra las mismas indefiniciones. Hasta hoy, no es posible identificar una doctrina de política exterior que sirva de guía a las acciones de esta Administración, de ahí la falta de coherencia, incluso las contradicciones, que emanan del discurso y las acciones del propio Trump y sus principales funcionarios.

Cuba es un buen ejemplo de lo tóxica que puede ser esta dinámica. Más allá de la obsesión de renegar de todo lo hecho por el anterior presidente, un factor no exento de racismo que unificó al electorado blanco republicano, no existe una sola razón que justifique el distanciamiento de la política diseñada por Barack Obama hacia la Isla. Así lo comprendió el propio Trump al principio de su campaña y se expresó a su favor con escasas reservas.

Más tarde cambió de opinión. Primero, para ganar el apoyo de los electores cubanos más conservadores en el sur de la Florida. A la larga, no fue un voto determinante, ni siquiera

mayoritario en la comunidad cubanoamericana, pero en las condiciones de la campaña, sobre todo en el momento de las primarias, importaba desde el punto de vista simbólico, ya sus principales oponentes eran cubanoamericanos conservadores.

Ya al frente del gobierno llegaron los problemas con el voto republicano en el Congreso para aprobar sus iniciativas, así como las investigaciones, que incluso amenazan con la posibilidad de un *impeachment*.

Debido a esto, los congresistas cubanoamericanos adquirieron un valor especial. De manera particular importaba Marco Rubio, un senador destinado a mantenerse en el puesto durante los próximos seis años, que forma parte del Comité de Inteligencia, a cargo de estas investigaciones, y que durante la campaña recibió el apoyo de algunos de los más importantes financistas republicanos.

Rubio se dejó querer y ofreció su apoyo a cambio del compromiso de revertir la política hacia Cuba. No lo hizo porque ello represente el interés mayoritario de los electores cubanoamericanos, tampoco lo creo aferrado a un sentimiento patriótico, sino porque es una manera de recuperar el peso que la derecha cubanoamericana tenía respecto al tema cubano y América Latina en general. Fue como un perro orinando para marcar su territorio. Lo que Rubio buscaba era el reconocimiento de su influencia a escala nacional y contra ello conspira una política de acercamiento con Cuba.

Simplemente fue un ejercicio de política doméstica, donde Trump vendió las relaciones con Cuba, a cambio de apoyos que consideró convenientes para su gobierno, incluso para su propia supervivencia. No fue un gesto de fuerza, sino una manifestación de debilidad, lo que no deja de ser muy peligroso.

Le debe haber parecido buen negocio, porque Cuba no entra en sus prioridades políticas y pensó que podía ponerla en subasta. Incluso pudiera pensar que no vendió la sustancia del producto y lo hecho es reversible, si mañana el *business* aconseja otra cosa. Para entenderlo hace falta una contadora.

Sin embargo, como toda política requiere de una racionalidad, dentro de su gobierno existen personas que pudieran aprovechar un acto oportunista para llenar el vacío doctrinal con sus visiones ideológicas. Ya el vicepresidente Mike Pence, un fanático conservador con una manifiesta vocación intervencionista, anda hablando de «responsabilidades regionales», para explicar la política de Estados Unidos hacia Cuba y Venezuela.

A eso si vale la pena ponerle atención. Importa más que el espectáculo del rubio grande paseándose por el escenario miamense como pavo en el corral, para recibir la adulación desenfrenada de un grupo de hispanos, que evidentemente le gustan un poco más que el resto. Quizás por la fantasía de Bahía de Cochinos, cuya verdadera historia no le han contado.

La decadencia del discurso de Trump y sus peligros[15]

Ya la ONU no es el lugar para escuchar a grandes estadistas. El patrón de la política mundial es la falta de vuelo de las ideas y de valentía para expresarlas. También es cierto que Estados Unidos nunca se ha caracterizado por la calidad de sus tribunos, Kennedy y Obama fueron la excepción en una larga lista de oradores sin sustancia ni originalidad.

Pero Donald Trump ha sobrepasado todos los estándares de la mediocridad. Su reciente discurso en la ONU asusta por la superficialidad, ya que detrás del desprecio a la inteligencia ajena viene la fuerza bruta y eso sí le sobra a Estados Unidos. Tal parece que hablaba en Wichita y, a los efectos prácticos, efectivamente estaba en Wichita, porque le importa un bledo lo que piense el mundo.

Trump volvió al discurso más elemental de la Guerra Fría. Imagino que muchos de los más jóvenes habrán tenido que volver a sus libros de historia —o mejor, a Internet— para enterarse de lo que fue el Plan Marshall. Y qué decir de su extemporánea crítica al socialismo: alguien debió mirar al escaño ruso, para ver si encontraba allí el fantasma de la Unión Soviética.

El centro del discurso fue la promoción del miedo. El que generan las fuerzas malévolas que actúan contra Estados Unidos y el que Estados Unidos esparce por el planeta cuando habla de defenderse de estas fuerzas. Parece que Trump pre-

---

15 Publicado en *Progreso Semanal* el 22 de septiembre de 2017.

tende convencernos de que la soberanía de Estados Unidos se encuentra amenazada y arremete entonces contra la soberanía de todos los demás, porque *America First*.

Ensalzó todas las guerras estadounidenses, hasta la de Vietnam, y trató de vendérnoslas empaquetadas en la retórica del heroísmo y el desinterés de los valerosos soldados norteamericanos. No recuerdo a ningún presidente de Estados Unidos que se ufanara en la ONU de propiciar el presupuesto militar más grande de la historia. Precisamente cuando el resto de las delegaciones habla de paz y acaba de aprobarse una Convención para la prohibición de armas nucleares, que demoró 20 años de negociaciones.

El tema migratorio es uno de sus preferidos y lo abordó con la lógica aplastante de la represión, sin tener en cuenta causas y consecuencias. Una de las características más chocantes de Donald Trump es su incapacidad para transmitir sensibilidad por los problemas humanos, incluso, cuando lo intenta, y lo intenta poco, porque su visión del poder está relacionada con la arrogancia y la bravuconería.

Debió haberse sentido más cómodo al cuando alardeó de la capacidad norteamericana de borrar Corea de Norte de la faz de la tierra, al amenazar a Cuba y Venezuela, incluso cuando, en los términos más groseros, recordó a la ONU que el que paga manda.

Una de las declaraciones más llamativas que hizo Donald Trump al asumir la presidencia, fue que no iba a tratar de imponer el sistema y los valores norteamericanos al resto del mundo. Tal parecía un rompimiento absoluto con la cruzada neoconservadora de la época de Geoge W. Bush, así como un distanciamiento con los presupuestos ideológicos del *smart*

power de Obama, lo que podía ser interpretado como una disminución del intervencionismo estadounidense en el mundo.

Obviamente no fue así, sino una manera mucho más elemental de justificarlo: lo que se pretende es que el mundo contribuya, a las buenas o las malas, al sostenimiento de este sistema en Estados Unidos. Al menos hay que agradecerle la sinceridad.

La política de Trump se concreta en el Congreso y cuenta con el apoyo de una masa crítica que, aunque minoritaria, fue suficiente para elegirlo. Cuando habla ante la ONU o en cualquier parte, estamos viendo a un Estados Unidos que no es glamoroso y avanzado, sino el que incuba odios de todo tipo y aspira a que su presidente «represente sus intereses» a cualquier costo.

El chovinismo norteamericano no tiene su origen en Donald Trump, pero se ha exacerbado a niveles que se acercan al neofascismo. Cuando Trump indulta al sheriff de Arizona Joe Arpaio, lo hace con la conciencia de que será de la complacencia de muchos verdugos en potencia, que actúan inspirados en la más brutal xenofobia, no importa que asistan a la iglesia todos los domingos.

Ese es el verdadero peligro que estamos enfrentando, incluso, los propios norteamericanos.

Donald Trump contra Donald Trump[16]

A pesar de no haber contado con el apoyo del establishment político en su campaña, cuando Donald Trump accedió a la presidencia de Estados Unidos y se rodeó del gabinete más rico que haya gobernado ese país, pensé que se había consumado una nueva versión de lo que la periodista norteamericana Naomi Klein ha denominado el «Estado corporativista», o sea, un gobierno donde en la práctica desaparecen las líneas divisorias entre las funciones públicas y los grandes intereses empresariales y financieros.

Era de esperar entonces que, al menos dentro del equipo gubernamental, primara la armonía resultante de la coincidencia de intereses. Sin embargo, la variable Donald Trump alteró el resultado de la ecuación. Solo ello explica la disfuncionalidad que estamos viendo en el actual gobierno de Estados Unidos.

Egocéntrico, ignorante, grosero y pendenciero, Trump es una máquina de producir enemigos. Incapaz de lidiar con cualquier ser humano que no le rinda culto y obedezca sin chistar la más descabellada de sus órdenes, ha roto con cualquier apariencia de gobierno colegiado.

Los escándalos, renuncias y sustituciones han sido una constante en los apenas ocho meses de su Administración, así como andan en curso varias investigaciones que involucran al presidente, sus familiares y colaboradores más cercanos. A pesar de

---

16 Publicado en *Progreso Semanal* el 18 de octubre de 2017.

contar con mayoría en ambas cámaras, Trump no ha podido unificar a su propio partido y concretar las legislaciones que garantizan su agenda política.

Sus conflictos personales abarcan a una amplia gama de personalidades públicas, el mundo artístico y la prensa, que ha mantenido un acecho constante sobre su gestión. Ha insultado a comunidades enteras, desde los musulmanes a los latinos, y ha sido particularmente insensible ante tragedias como las de Puerto Rico y Las Vegas.

Es difícil encontrar a otro presidente que en tan poco tiempo haya dañado más la credibilidad de Estados Unidos en la arena internacional. Las relaciones con los aliados pasan por su peor momento y han sido proverbiales sus encontronazos con otros líderes extranjeros, quienes por lo general lo perciben con una mezcla de desconcierto, temor y desprecio. No parece que Trump respete a alguien, con la excepción de Vladimir Putin y por eso lo andan investigando.

Tanto hacia lo doméstico como en política exterior, se ha comportado como un pirómano obsesionado con prender fuego a todo lo que huela a Barack Obama. Hasta el punto, que un senador republicano tan prominente como Bob Corker, presidente del Comité de Relaciones de esa cámara y uno de los pocos que lo apoyó en la campaña, ha dicho públicamente que Trump conduce al mundo por el camino a la tercera guerra mundial.

Donald Trump resulta tan tóxico para el funcionamiento del sistema norteamericano y el capitalismo en general, que no es descartable su remoción antes de que concluya su mandato, como auguran algunos. Las elecciones parciales del próximo año serán un indicativo de la fuerza de esta tendencia.

Sin embargo, esta problemática también puede ser analizada desde otra perspectiva. Si bien la conducta de Trump es disfun-

cional para el sistema, no necesariamente lo es para sus propias aspiraciones políticas ni sus intereses personales, debido a que el sistema se ha tornado disfuncional en sí mismo.

Desde el fin de la Guerra Fría, la industria militar norteamericana y los servicios asociados a ella se han visto precisados a «inventar» conflictos para sostenerse. Es lo que se llama «la economía del desastre», que tuvo su apogeo durante la Administración Bush. En esencia, lo que conviene a estos grupos nacionales y transnacionales no es la estabilidad mundial sino el caos selectivo y Trump se pinta solo para ayudarlos.

Es predecible que recibirá el apoyo de estos sectores, muy influyentes en la política norteamericana, da igual cuantos secretarios renuncien o despida, cuantas críticas reciba de la prensa, cuantas manifestaciones se realicen en su contra o cuantos dignatarios extranjeros se escandalicen con sus acciones. Lo dejarán vivir su *reality show*, como también dijo Corker, y solo importará mantenerlo dentro de ciertos límites, para impedir que acabe con el mundo.

Para enfrentarse a sus opositores, también cuenta con una base electoral que no ha disminuido a pesar de sus dislates. La razón es que Donald Trump hay más de uno, digamos que el 30% del electorado. Cuando él hace declaraciones apoyando el maltrato de las minorías; amnistía al aguacil Joe Arpaio, torturador de inmigrantes, o reclama sanciones para los atletas que critican el racismo, sabe que está complaciendo a estas personas.

No son mayoría, pero pueden ser suficientes para elegirlo, debido a que usualmente apenas vota el 50% del padrón electoral. Resulta difícil contraponerlos porque los demócratas atraviesan su propia crisis de credibilidad, porque prácticamente no existe una izquierda organizada, los sindicatos no

están en capacidad de representar a los trabajadores y los movimientos sociales están dispersos y divididos.

Lo más probable es que si Trump pierde las elecciones de 2020, a las que prácticamente ya anunció su candidatura, no será por la potencia de un candidato opositor que el sistema norteamericano no está en condiciones de producir, sino por su propia capacidad para movilizar a tanta gente en contra.

Quizás sea Donald Trump quien a la larga derrote a Donald Trump, mientras, hay que temerle a los *twitters*.

El ataque sónico contra los acuerdos migratorios con Cuba[17]

Aún nadie ha podido precisar la veracidad de los supuestos ataques sónicos contra funcionarios norteamericanos en Cuba. Sin embargo, bajo esta excusa, Estados Unidos prácticamente ha vaciado ambas embajadas y puesto en duda la factibilidad del cumplimiento de los acuerdos existentes entre los dos países, en particular el referido a los asuntos migratorios, existente desde 1994.

Surgidos del interés norteamericano de evitar nuevas oleadas de migrantes ilegales hacia ese país, Estados Unidos aceptó establecer un mínimo de 20 000 visas anuales como cuota para Cuba. A cambio, obtuvo el compromiso cubano de controlar este tipo de salidas por medios pacíficos y aceptar de vuelta a los migrantes ilegales capturados.

Hasta ahora, estos acuerdos han sobrevivido las peores coyunturas y funcionado con bastante regularidad, a pesar de que la política de pie seco/pie mojado, la cual en 1999 estableció la práctica de aceptar a los que lograran pisar suelo norteamericano, aumentó el riesgo de la aventura marítima e incentivó el uso de terceros países para acceder a la frontera estadounidense. En enero de 2016 Obama canceló esta política y desde ese momento las salidas ilegales de Cuba disminuyeron a niveles prácticamente despreciables.

---

17 Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de octubre de 2017.

Ahora, debido a los supuestos peligros de los ataques sónicos, el gobierno de Trump anunció el cierre de su consulado en Cuba y remite las entrevistas de los potenciales migrantes nada menos que a su embajada en Bogotá, Colombia. Uno de los países más inseguros de América Latina.

Hasta ahora, Colombia solo ha dicho que está estudiando el asunto, no se conoce si Estados Unidos coordinó previamente con ellos, pero en cualquier caso significa transformar el consulado colombiano en La Habana, establecer nuevos parámetros para otorgar las visas de ese país y asumir los problemas que podría acarrear convertirse en país de tránsito o acogida para muchos cubanos que finalmente no reciban la visa norteamericana.

Tal medida pone en duda la posibilidad de que Estados Unidos cumpla con los acuerdos migratorios y coloca la situación en el mismo nivel de tensión e incertidumbre que generó las oleadas de migrantes ilegales en el pasado.

A falta de una explicación para la creación de problemas en un asunto que parecía resuelto, no queda más remedio que especular respecto a la lógica que puede haber inducido a tomar estas decisiones:

En primer lugar, se corresponde con la filosofía antiinmigrante que domina la política de Trump. En un contexto caracterizado por el veto a ciertos países, la paralización de los programas de refugiados existentes y su reducción de cara al futuro, el debate sobre la construcción del muro con México y la persecución en masa de los indocumentados, no es de extrañar que se aproveche la oportunidad para limitar el ingreso de los cubanos a Estados Unidos.

De ser así, estaríamos en presencia de la transformación del patrón migratorio que ha regido la política hacia Cuba por casi 60 años. Al acabar con la supuesta excepcionalidad de los

migrantes cubanos, Estados Unidos estaría reconociendo que no emigran por razones políticas ni para nutrir las bases sociales de la contrarrevolución, como ocurría en las décadas de los sesenta y los setenta del pasado siglo. También que la emigración ha dejado de ser funcional al proyecto contrarrevolucionario.

Esa es la razón por lo que los sectores de la extrema derecha cubanoamericana apoyan esta política. Incluso es posible que la hayan promovido desde la oscuridad de los ataques sónicos, para evitar pagar el precio político que, de cara al resto de la comunidad, implicaría hacerlo abiertamente. Otra conclusión es que estos sectores no representan los intereses mayoritarios de la comunidad cubanoamericana y, tarde o temprano, esto tendrá repercusiones electorales en el sur de la Florida y la elección de sus representantes a escala nacional.

Por último, puede responder a una lectura bastante festinada de la realidad cubana. Con una situación económica difícil, particularmente afectada por el paso del huracán Irma, la política de Estados Unidos hacia Cuba ha vuelto a la tesis de «apretar las tuercas» para generar el caos interno y finalmente, por las malas, propiciar el «cambio de régimen» en la Isla.

Teniendo en cuenta la ignorancia política que caracteriza a Trump, no es descartable que hayan sido sus «asesores» cubanoamericanos los que lo convencieran de que las condiciones están dadas para ello y alentaran su fantasía melómana de ser el presidente que acabe con el comunismo en Cuba.

Así lo demuestra el renovado lenguaje hostil del presidente, la insistencia de aprovechar el cuento de los ataques sónicos para afectar los viajes de los norteamericanos a Cuba y la creencia de que limitar la migración agrega presión a la «caldera» doméstica. Se acabaron las sutilezas y el objetivo de derrocar al

régimen cubano aparece, junto a Venezuela, entre las prioridades del gobierno norteamericano hacia la región.

En retribución por mostrarse como aliados seguros del presidente, la derecha cubanoamericana se está sirviendo con cuchara en lo referido a la política hacia Cuba, donde aporta la experiencia de saber cómo hacer daño. La razón de esta influencia no hay que buscarla en el apoyo electoral en el sur de la Florida, ni en el volumen de sus contribuciones, sino en lo hambriento que está Donald Trump de encontrar apoyo en el Congreso.

No obstante, las medidas contra Cuba también reflejan la fragilidad del consenso. Si observamos la forma en que se presentan, veremos que tratan de no confrontar con los aspectos formales de lo acordado —nada de romper relaciones o cancelar acuerdos— y siempre dejan una puerta abierta para ser revertidas.

Igual que comenzaron, si así lo aconsejan las circunstancias, mañana pueden desaparecer los «peligros originados por los ataques sónicos» y regresarían los funcionarios norteamericanos a su embajada en La Habana y los cubanos a Washington, restableciendo la aparente normalidad del funcionamiento de los acuerdos migratorios entre los dos países.

Digo aparente, porque con Trump o sin él, la señal de la disfuncionalidad de estos acuerdos para Estados Unidos resulta manifiesta y cada día hay menos razones para que los migrantes cubanos sean tratados de manera diferente al resto. En definitiva, somos latinos igual y parece que no nos quieren mucho. Cuba debe tenerlo en cuenta de cara al futuro.

Gurriel y la bandera cubana[18]

Al terminar el último juego de la llamada Serie Mundial de Béisbol de Estados Unidos ocurrió un hecho poco esperado, el pelotero Yulieski Gurriel celebró el triunfo de su equipo arropado por una bandera cubana.

Según me contó un amigo, ello despertó el aplauso de los fanáticos que se reunían en un lugar de La Habana para presenciar el juego en vivo y una emoción similar, aunque en la intimidad del hogar, la sintieron millones de cubanos que vieron el partido un día después por la televisión nacional.

Se habían sentido reflejados en la victoria de algo tan ajeno como un equipo de Texas y fue gracias al gesto de este muchacho quien seguía para ellos siendo «el Yuli».

Después de una brillante carrea, Yulieski Gurriel abandonó Cuba junto con su hermano menor, otro prospecto de la pelota cubana, el 8 de febrero de 2016, una vez terminada la Serie del Caribe en República Dominicana. A pesar del sensacionalismo que rodeó el acontecimiento —fuga del hotel en autos militares dominicanos, traslado clandestino a Haití y aparición en Miami—, es una historia bastante común para la mayoría de los 23 cubanos que hoy juegan en las Grandes Ligas norteamericanas.

Cuba tiene poco que hacer para contrarrestar esta hemorragia constante de sus mejores peloteros, toda vez que debe compe-

---

18 Publicado en *Progreso Semanal* el 6 de noviembre de 2017.

tir en desventaja con el prestigio, la fama y los enormes ingresos que ofrece el béisbol norteamericano, especialmente en una época en que la comercialización del movimiento deportivo ha superado las barreras nacionales y éticas que antes lo limitaban.

Se trata de un robo de talentos mucho más grave que el que ocurre en cualquier otra parte del mundo, pues Cuba efectivamente ha invertido en el desarrollo integral de estos atletas, pero no es un fenómeno muy distinto a lo que está ocurriendo con muchos jóvenes cubanos. Su causa fundamental es la misma: Cuba produce un talento, en este caso deportivo, que el país no puede retribuir a plenitud y el mercado se aprovecha de ello.

A esto se suma que emigrar no tiene las connotaciones políticas que tenía antes. Cuesta trabajo convencer a estos jóvenes que jugar pelota en cualquier parte constituye un acto antipatriótico, aunque el paquete de la deserción casi siempre incluye alguna que otra declaración política y están obligados a firmar contratos que les prohíben jugar en Cuba o beneficiar al país con sus ingresos.

Tampoco el pueblo cubano los percibe de una manera negativa y el triunfo de sus peloteros en cualquier parte continúa siendo una fuente de orgullo nacional. En esto radica el impacto del gesto de Gurriel con la bandera. Es una demostración de que el amor por Cuba está presente de manera abrumadora en los miles de cubanos que hoy viven en todo el mundo.

Debe ser visto como una fortaleza de la nación que permite abrir caminos en una política más inclusiva respecto a la emigración y sus relaciones con la sociedad cubana, hasta llegar a convertirlo en un fenómeno normal, lo que se denomina la circularidad migratoria, para lo cual se requiere importantes modificaciones de las normas existentes.

A más corto plazo, es un sentimiento que potencia la posibilidad de atenuar los efectos más negativos de la salida del país de aquellos jóvenes que tanto pueden contribuir a su desarrollo. Incluso en la pelota, basta revisar lo que en febrero pasado declaró el propio Gurriel a *Play Off Magazine*: «La verdad es que siempre se extraña, uno nunca va a olvidar todos esos grandes momentos que vivió en el béisbol cubano. No pierdo la esperanza de regresar algún día al país que me vio nacer y al que le debo todo lo que soy para representar con orgullo, una vez más, la camisa de las cuatro letras».

Contra esa manera de pensar, común en la mayoría de los cubanos que andan por el mundo, no puede, a la larga, ninguna política norteamericana.

Otro muro en las relaciones de Estados Unidos con Cuba[19]

Con varios meses de atraso, el gobierno de Estados Unidos acaba de anunciar nuevas regulaciones encaminadas a «fortalecer la política hacia Cuba», en cumplimiento del Memorando de Seguridad Nacional sobre el tema, emitido por el presidente Donald Trump el pasado 16 de junio en Miami.

Al margen de que su complejidad obligará a un detenido estudio para su implementación, sus efectos más evidentes serán reducir aún más el restringido comercio actualmente existente, afectar de manera notable el intercambio educacional, así como limitar los viajes de norteamericanos a Cuba. A ello se suman las afectaciones para el funcionamiento de los canales diplomáticos —con la excusa de los ataques sónicos— y el retorno a una retórica irrespetuosa y agresiva, que recuerda los peores momentos de la Guerra Fría.

El gobierno cubano ha calificado la situación como un serio retraso en los avances alcanzados en las relaciones entre los dos países y en verdad tal parece que no existen puntos de concertación posibles, aunque las relaciones diplomáticas se mantienen y no ha sido cancelado ninguno de los acuerdos sobre asuntos de mutuo interés alcanzados.

Incluso desde la retorcida visión política de Trump, es difícil encontrar razones objetivas para explicar el destrozo que su

---

[19] Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de noviembre de 2017.

gobierno ha causado en las relaciones entre los dos países. Si lo miramos desde la lógica del discurso que lo llevó a la presidencia, el mercado cubano estaba a la mano para beneficiar a la industria nacional norteamericana y proporcionar empleos precisamente en aquellos sectores que nutren la base política de su Administración. Tal oportunidad debiera tenerla en cuenta un presidente con los niveles de aprobación más bajos de la historia reciente, pero la política de Trump no se basa en estos presupuestos.

Más allá de sus desplantes, su gobierno es uno de los más débiles que haya ocupado la Casa Blanca. Esto explica que haya tenido que vender la política hacia Cuba a cambio del apoyo de un grupo de congresistas de la extrema derecha cubanoamericana. No es una estrategia encaminada a captar el respaldo de este segmento del electorado, incluso tiende a perderlo, sino a fortalecer su precaria posición dentro de su propio partido y neutralizar las investigaciones que se realizan en su contra.

Lo que quizás todavía no comprende es que está haciendo un pacto con el diablo. Esta gente ha demostrado ser insaciable y ya han acusado a la «burocracia» gubernamental de suavizar las medidas y dejar brechas en su implementación, lo que augura más contradicciones hacia lo interno de la Administración. Por otro lado, el senador Marco Rubio, después de haber demostrado su «influencia» sobre el presidente, desde temprano está haciendo campaña para consolidarse como la opción de los republicanos de cara al 2020. Estamos en presencia de un matrimonio por interés que difícilmente pueda acomodarse en la cama.

Las afectaciones para Cuba de las nuevas regulaciones serán significativas. No solo porque en algunos casos elimina posibilidades que se abrieron durante la Administración Obama, sino

porque, incluso aquellas que se mantienen, se verán limitadas por el temor que emana de esta política. Esto funciona también con empresas, instituciones y personas de otros países que temen represalias de Estados Unidos.

La sostenibilidad de esta política dependerá fundamentalmente de la reacción que provoque en Estados Unidos. Frente a esto, las nuevas regulaciones han tenido el cuidado de respetar los negocios ya establecidos. Tampoco tocan el sensible tema de los viajes y el envío de remesas por parte de los cubanoamericanos, aunque estos se han visto afectados por otras medidas recientemente adoptadas.

Las masas norteamericanas no se movilizarán en contra de la política hacia Cuba, incluso algunos sectores que hasta ahora han empujado con fuerza, con seguridad disminuirán su actividad a la espera de mejores momentos. En definitiva el tema de Cuba no tiene suficiente peso como para obligar un curso determinado de la política norteamericana, máxime cuando las condiciones en América Latina, un factor que catalizó las decisiones de Obama, también han cambiado de manera desfavorable.

Sin embargo, esto no quiere decir que el tema de Cuba sea insignificante en el debate político norteamericano y, en el caso de la Administración Trump, su política actúa en detrimento de la popularidad y credibilidad del presidente, un elemento más en la acumulación de sus contradicciones y desatinos. Aunque Cuba no puede hundirlo por sí misma, es una piedra en el saco que lo empuja hacia el fondo.

Se trata de una política «contranatura», toda vez que no se han modificado las principales razones que condicionaron los cambios introducidos por Obama. No existe nadie en su sano juicio que piense que estas medidas determinarán el derrocamiento del gobierno cubano, ni siquiera la extrema derecha

cubanoamericana se cree el cuento, lo que ocurre es que actúan como un grupito de alacranes dispuestos a suicidarse, con tal de ser consecuentes con su naturaleza.

Trump ha sido un lamentable accidente en la normalización de relaciones entre Cuba y Estados, la cual beneficia a mucha gente, tiene el respaldo de todo el mundo y cuenta con la fuerza de la razón.

La Estrategia de Seguridad Nacional de Donald Trump[20]

En diciembre del pasado año fue publicada la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) del gobierno de Donald Trump. Es la número 16 que se emite en virtud de la ley Goldwater-Nichols de 1986, la cual, entre otras decisiones de alto impacto en el sistema de seguridad norteamericano, estableció la norma de elaborar este tipo de informe por parte del Ejecutivo.

Su objetivo es transmitir la visión de cada Administración respecto a los retos, amenazas y oportunidades que enfrenta la nación, así como las políticas que propone para acometerlos. No tiene un carácter académico, elaborado con el rigor que exige este tipo de ejercicio, sino que se trata de un manifiesto político, cuyo propósito es buscar consenso para la agenda gubernamental.

Por lo general es un documento muy amplio, donde se abordan un gran número de temas supuestamente relacionados con la seguridad nacional, que en el caso de Estados Unidos no se limita a lo que acontece dentro de sus fronteras, sino a los «intereses» estadounidenses y la promoción de los «valores» del *American Way of Life* en todo el mundo.

Cualquier fenómeno que se interponga con esos intereses constituye una «amenaza» potencial, no solo para Estados Unidos, sino para el sistema global regido por ese país, por lo que

---

20 Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de enero de 2018.

resulta obligado leer estos documentos como la expresión de una doctrina imperialista, que puede afectarnos a todos. Mucho más cuando, en este caso, se parte de la premisa de: *America First*, una especie de tren rápido que tiene prioridad en todas las estaciones.

Este enfoque imperialista se repite en todas las estrategias elaboradas y parte de la justificación de que tales derechos, negados para cualquier otro, vienen dados en virtud de las cualidades excepcionales de ese país. A veces asombra el peso que aún tiene la doctrina del Destino Manifiesto en la ideología que sustenta la política norteamericana.

En las ESN aprobadas hay muchos elementos de continuidad, sobre todo a la hora de fijar los objetivos estratégicos de Estados Unidos. No obstante, las diferentes coyunturas han impuesto cambios a la hora de definir la dirección principal de las acciones encaminadas a satisfacerlos.

Ronald Reagan y Geoge H. Bush las elaboraron en el contexto de la Guerra Fría; George W. Bush estuvo centrado en la guerra contra el terrorismo; el elemento distintivo de Barack Obama fue el énfasis en la aplicación de la doctrina del poder inteligente, mientras Donald Trump expresa el retorno a la idea de la «preservación de la paz mediante la fuerza», lo que implica importantes incrementos del presupuesto militar, con el argumento de que no basta con el desarrollo tecnológico, como decía Obama, sino que «importa el tamaño de nuestras fuerzas», como plantea la ESN.

Para esto es necesario crear un clima de inseguridad que justifique la magnitud de estos gastos, «un mundo extraordinariamente peligroso», dice la ESN, donde incluso se ve amenazada la soberanía de Estados Unidos, aunque nadie puede explicarse por parte de quién. Los grandes beneficiarios de esta lógica son

el complejo militar-industrial y las empresas vinculadas a la industria de la llamada «securitización», aplicada en todas las áreas de la vida social del país.

Tanto Obama como Trump, colocaron a la economía en el centro de la problemática de la seguridad nacional norteamericana. «Seguridad económica es seguridad nacional», dice la ESN, y no deja de tener razón, toda vez que la pérdida de competitividad constituye el verdadero problema estratégico de Estados Unidos.

Mientras que Obama pretendía resolver este problema dentro del orden económico internacional vigente, favoreciendo a las multinacionales y el capital financiero norteamericano, la ESN de Donald Trump refleja los límites de la globalización neoliberal para la propia sociedad norteamericana y la reacción de algunos sectores frente a sus efectos domésticos.

A partir de esta contradicción se construyó la base política que llevó a Trump a la presidencia y la ESN debe satisfacer sus reclamos. Los argumentos son la supuesta «competencia desleal» en el comercio de algunos actores económicos extranjeros, la necesidad de proteger las industrias manufactureras nacionales y el rechazo a la inmigración, identificada como la gran culpable de las desgracias de la clase media blanca norteamericana. No deja de resultar paradójico, que ahora Estados Unidos se presente como víctima del orden creado a partir de su propia hegemonía.

Aunque eso no lo dice por las claras la ESN, todo el mundo sabe que *America First* no es para todos, por lo que el racismo y la xenofobia ayudan a la exclusión y justifican las enormes reducciones en los gastos sociales que proyecta este gobierno. Una necesidad para equilibrar el déficit financiero a costa de los más pobres y desprotegidos, agudizado por una reforma

fiscal que beneficia especialmente a los más ricos y las grandes empresas.

Al igual que las ESN anteriores, el gobierno de Donald Trump analiza la situación de las diversas regiones del mundo. El orden en que se mencionan puede darnos una idea de las prioridades norteamericanas: Asia-Pacífico, Europa, Oriente Medio, Asia Central y Oriental, América y África.

También se repiten los supuestos objetivos de Estados Unidos en el Tercer Mundo. Estimular reformas, promover gobiernos efectivos, respetar los derechos humanos, acabar con la corrupción y fortalecer los sistemas legales, parecen misiones muy nobles si no fuese porque el patrón de medida son la dependencia de Estados Unidos, con consecuencias a veces devastadoras para los países donde se aplica.

China y Rusia aparecen como amenazas en casi todas las regiones, Corea del Norte e Irán como grandes peligros para la seguridad internacional y Venezuela y Cuba son los problemas identificados en una América, que vuelve a ser considerada el «patio seguro» de Estados Unidos, aunque la migración y el tráfico de drogas se señalan como afectaciones a la seguridad de las fronteras norteamericanas.

Desde la época de George W. Bush, las ESN de Estados Unidos han hecho hincapié en el peligro que comporta la existencia de actores no estatales vinculados al terrorismo. En algunos casos tal afirmación resulta evidente, como el ISIS y Al Qaeda, de cuyo origen el gobierno norteamericano no es ajeno, pero en otros se trata de manipulaciones funcionales a los intereses estadounidenses, impidiendo la articulación de un consenso internacional para enfrentar con eficacia este flagelo.

Con un lenguaje más moderado, que se distancia de los excesos comunes del actual presidente, la nueva ESN no hace

más que repetir buena parte de las propuestas manifestadas durante la campaña electoral.

Aunque muchos expertos las consideran de difícil materialización, debido a los conflictos que generan hacia lo interno del propio sistema, en la Introducción al documento, Trump afirma que en apenas un año de su aplicación, la nueva estrategia ha tenido un éxito extraordinario dentro del país y de cara a sus relaciones internacionales.

Violentar la verdad es otra impronta del presidente norteamericano, que debemos tener en cuenta a la hora de abordar su Estrategia de Seguridad Nacional.

Cuba en el discurso de la Unión[21]

Un amigo, cuya capacidad respeto mucho, me comentó que el discurso de la Unión, pronunciado por Donald Trump ante el Congreso norteamericano el pasado 1ro. de febrero había tenido un tono «moderado». Al tratar de profundizar en las razones de su apreciación, llegamos a la conclusión de que, dado los antecedentes de personaje, esperaba algo peor.

Esto nos permite valorar en qué situación se encuentra la política de Estados Unidos. Son tales los extremos a los que se ha llegado, que en un momento determinado puede lucir moderado un hombre que exaltó hasta el paroxismo el chovinismo norteamericano, cuya política migratoria desconoce los principios humanitarios más elementales, que insulta al mundo mediante el chantaje y que mintió sin recato a su propio pueblo, al asegurarle que durante su primer año de gobierno se habían producido «avances increíbles y resultados extraordinarios».

La política pública hacia América Latina, sumida en un estado de ingobernabilidad en varios países, como resultado de la violación de las reglas democráticas por las que tanto aboga Estados Unidos, quedó resumida en la singularización de las sanciones contra Cuba y Venezuela, denominadas como «dictaduras comunistas socialistas», que deben ser enfrentadas.

Quizás porque la consideraba más vulnerable, Obama había diferenciado la política hacia Venezuela de la cubana, e incluso

---

21 Publicado en *Progreso Semanal* el 5 de febrero de 2018.

hizo intentos por utilizar los avances en las relaciones con Cuba para tratar de aislar a los venezolanos. A esa lógica se sumaron los gobiernos de derecha de la región, incluso cuando se produjo el avance de estas fuerzas en varios países del área.

Trump evidentemente altera esta estrategia y retoma una política de línea dura, que preferencia la confrontación sobre la negociación en el caso cubano. Se trata de un cambio cualitativo, toda vez que ya no se trata de un *tweet* desaforado, una frase de ocasión o una medida circunstancial, sino de una elaborada política oficial, que busca la aprobación del Congreso y reafirma lo dicho por la Estrategia de Seguridad Nacional, publicada en diciembre pasado.

Bajo esas condiciones, más que una «rectificación», es de esperar una escalada en las acciones punitivas y el tono agresivo del discurso oficial. Incluso de sobrevivir las relaciones diplomáticas y los acuerdos de mutuo interés alcanzados, perderían su importancia práctica, como ha venido ocurriendo, debido a las afectaciones al funcionamiento de las embajadas debido al cuento de los «ataques sónicos».

No solo el primitivo rechazo de Trump al comunismo y al socialismo, ni su obsesión por descalificar y revertir todo lo hecho por un presidente negro, explican esta conducta. Aunque resulta obvio que ha influido el interés por complacer a los congresistas de la derecha cubanoamericana, al parecer, estas fuerzas han tenido un éxito mayor, al convencer al megalómano presidente que su verdadero «legado» será acabar con la Revolución Cubana, cosa que no pudieron hacer ninguno de sus predecesores.

Esto responde a una mirada de la realidad cubana, quizás avalada por otros órganos del gobierno, que pronostica el inevitable desmoronamiento del proceso revolucionario cubano, a

la luz de los problemas económicos que enfrenta el país y los cambios que se avecinan en la conducción del gobierno, con la retirada de Raúl Castro de la presidencia.

Al margen de los problemas existentes, nada indica que Cuba está abocada a un caos político y social. Por el contrario, las señales que provienen de otras partes del mundo reflejan una visión distinta a la de Estados Unidos, como lo prueba su aislamiento en la ONU y la reconstrucción de las relaciones con la Unión Europea, entre otros hechos.

De todas formas, no es la realidad la que guía la política norteamericana, sino su adulteración, en función de satisfacer intereses específicos. Este es el caso de la derecha cubanoamericana, que depende de la hostilidad hacia Cuba, para su propia subsistencia como fuerza política. Sin embargo, la generalización de esta política, que no es más que un retorno a los intentos que fracasaron por casi 60 años, tendrá que superar pruebas que no existían antes.

En primer lugar, la actitud de la mayoría del pueblo norteamericano, que apoyó el proceso hacia la normalización de las relaciones durante el gobierno de Barack Obama y ahora no encuentra sentido al retroceso. En particular, sectores económicos interesados en el mercado cubano, que ven peligrar sus inversiones y expectativas debido a las acciones de un gobierno que, por demás, goza de escasa credibilidad y apoyo.

A ello se suma la comunidad cubanoamericana, cada día más distanciada de la extrema derecha, que se percibe como la gran perdedora de una política que tiende a separarla de sus familias y su país de origen, cuando este proceso ya abarca el tejido social de esa población y la propia sociedad cubana.

Aunque, hasta ahora, el gobierno norteamericano y la propia extrema derecha cubanoamericana han evitado formalizar

acciones específicas que generen una reacción de esta población, las medidas encaminadas a dificultar el trabajo de los consulados y las restricciones que se anuncian en la política migratoria de Estados Unidos, han afectado el buen funcionamiento de los contactos con Cuba y amenazan tanto la supervivencia de los acuerdos migratorios, como el trato excepcional recibido por los inmigrantes cubanos hasta el momento.

Por último, está en duda el apoyo que pueda recibir esta política en América Latina y el Caribe. Al margen de que Cuba no goza de la simpatía de los gobiernos de derecha en la región, es difícil que, en medio de los problemas que enfrentan, estén dispuestos a sumar la reacción que provocaría revertir la política hacia Cuba.

Al parecer, el viaje del secretario de Estado, Rex Tillerson, por algunos países latinoamericanos que lideran el bloque derechista, busca articular el consenso de estos países, para sumar el caso de Cuba a la ofensiva que ya se ejerce sobre Venezuela, de cara a la próxima Cumbre de las Américas en Perú en abril próximo. No será nada fácil, si tenemos en cuenta que el aislamiento a Venezuela no ha podido progresar en el contexto de la OEA, mucho menos si se agrega el caso cubano en el intento.

La política hacia Cuba no es la única fuente de rechazo al gobierno de Trump. Las elecciones parciales de noviembre de este año serán un buen momento para medir el impacto de este rechazo y comprobar si la mayoría coincide con su afirmación de que «no ha habido tiempo mejor para vivir el sueño americano», como dijo en el discurso de la Unión.

Estados Unidos: la política de la fracturación[22]

Trump no ganó por el apoyo mayoritario de los electores de su país, por ser el preferido de los grandes consorcios o la prensa, ni siquiera por ser bien visto en su propio partido, sino gracias a la enorme fragmentación de la sociedad norteamericana.

Explotar esta fragmentación ha sido una condición básica de su gobierno. Aquí encuentra lógica lo que muchos consideran insensatez. Sus declaraciones y políticas, incluyendo los famosos *tweets*, no hacen otra cosa que estimular una división que sirve como mecanismo de manipulación social.

Igual que Trump nunca sería el presidente de un país más cohesionado, tampoco la hegemonía norteamericana puede ser ejercida a plenitud en un mundo debidamente organizado. Ello explica el supuesto sinsentido de la política de Estados Unidos hacia muchos países y los mecanismos de concertación internacionales existentes.

Después de la II Guerra Mundial, el orden mundial capitalista fue diseñado a partir de la supremacía norteamericana. Organizaciones internacionales, bloques de alianzas políticas y militares, así como las relaciones comerciales se estructuraron sobre la base de esta premisa. El fin de la Unión Soviética ensanchó aún más estas posibilidades y dio paso a la expansión de la globalización neoliberal.

---

22 Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de febrero de 2018.

Se pusieron de moda entonces los acuerdos multilaterales de libre comercio. Aunque respondían a la lógica de la expansión de un mercado desregularizado y eran promovidos por las grandes multinacionales, especialmente las norteamericanas, ya se apreciaba la disminución de la competitividad de Estados Unidos y sus efectos en ciertos sectores de su economía doméstica. Tan temprano como 1971, Richard Nixon impuso un 10% de gravamen a las importaciones, para atenuar el desbalance comercial existente.

La globalización neoliberal mostraba sus límites hacia lo interno de la sociedad norteamericana y Donald Trump es el resultado de esta contradicción. Nadie sabe si estamos en presencia de un neoliberal camuflado o un proteccionista apasionado; si promueve un nuevo tipo de aislacionismo o es un intervencionista furibundo; si los aliados son aliados o los socios son el enemigo. Es todo a la vez, porque refleja el deterioro relativo de la hegemonía norteamericana, de cara al mercado mundial.

Se supone que el poder dominante busca la estabilidad de sus dominios, sin embargo Estados Unidos aparece ahora como el gran desestabilizador del orden mundial. En parte, es el resultado de la militarización de una economía que requiere de la tensión y el desastre para justificar las enormes inversiones del presupuesto, pero también es reflejo de la debilidad de la economía norteamericana para lidiar en condiciones de igualdad con los competidores.

Trump no es el primero en rechazar los acuerdos multilaterales de libre comercio, cada uno ellos tuvo que enfrentar la oposición de los productores nacionales y los sindicatos estadounidenses por sus efectos en la economía interna. Durante la campaña electoral en 2008, Obama también planteó revisar

el TLCAN por considerarlo «injusto» para la economía estadounidense e iniciativas como los acuerdos Transpacífico y Transatlántico, con todo el apoyo de las transnacionales, mostraban dificultades para ser aprobadas por el Congreso, incluso si otro hubiese sido el presidente electo en 2016.

Trump tiene el mérito de haber planteado el problema en los términos más crudos y el demérito de proponer las peores soluciones. Su política es promover el bilateralismo, para negociar con un mundo hecho pedazos y explotar al máximo la asimetría y debilidades de las partes aisladas. En esto consiste lo que el magnate considera su «genio», en el «arte de negociar».

Muchas trasnacionales estadounidenses también pueden beneficiarse de este esquema, en la medida en que se rebajan aún más sus impuestos y mediante la fuerza se les asegura mercados cautivos, frente a una competencia asediada por la política del país. Eso es lo que aprecian en la concreta y por eso aumentan sus valores en la bolsa, al menos coyunturalmente, pero eso no es un problema mayor para el capital financiero, que vive de la especulación.

Cualquier mecanismo de concertación regional o internacional es un obstáculo para esta política, incluso frente a sus propios aliados. Trump apoyó la salida de Inglaterra de la Unión Europea y soñó con que algo similar ocurriera con Francia, si la derecha hubiese ganado las elecciones. Es posible que en buena medida la intención de apaciguar las relaciones con Rusia, tan debatida en el país, entre otras cosas esté destinada a debilitar el bloque europeo.

A ello se suma las tensiones con varios gobiernos e incluso el cuestionamiento de la OTAN, en lo que muchos consideran un contrasentido para los intereses estratégicos de Estados Unidos. Pero el presidente, no sin cierta razón, mira estas relaciones

desde la debilidad de su país y por ello su principal objetivo es *America First*, una consigna que hereda de fundamentalistas blancos aislacionistas, que defienden una agenda muy similar a la del presidente e incluso abogan por la salida de Estados Unidos de la ONU y la propia OTAN.

No hay un punto del Planeta donde la política de Estados Unidos no aparezca disruptiva. En Siria, Turquía, Afganistán, Irán, Palestina y Korea ha sido un obstáculo para cualquier solución negociada. Dinamitó el Acuerdo de París para el cuidado del medioambiente y las políticas contra China y otros países han debilitado el papel de la Organización Mundial del Comercio, para solo mencionar algunos casos.

En América Latina viene ocurriendo lo mismo. El cuestionamiento del NAFTA ha puesto en conflicto sus relaciones con México y Canadá. Igual su negativa a los proyectados acuerdos de libre comercio en América Latina descolocaron a los gobiernos de derecha en la región, a los que ahora se les exige el imposible de romper sus relaciones con China o Rusia y negociar bilateralmente con Estados Unidos en las peores condiciones.

Resulta obvio que Estados Unidos impuso a Perú la exclusión de Venezuela de la próxima Cumbre de las Américas, lo que pone en peligro la participación de otros países en el evento o la emergencia contradicciones internas que, sin dudas, debilitarán aún más el papel de la OEA en la región.

El avance de algunos gobiernos progresistas, especialmente de Venezuela, así la creación de mecanismos de integración surgidos en esta coyuntura, nunca tuvieron el beneplácito de Estados Unidos y Obama hizo lo posible por boicotearlos. Pero Obama cuidó que ello no afectara la existencia del sistema panamericano y en parte ello explica la aceptación de que Cuba participara en la Cumbre de Panamá en 2015.

A Trump parece que le importa un bledo esta visión estratégica de la articulación de la hegemonía norteamericana. Igual que en otras partes, lo que le interesa es la división, incluso dentro de la propia OEA. Por eso José Almagro, su secretario general, sigue actuando como un elefante en una cristalería y le da igual lo que ocurra en el seno de ese organismo.

Lo lamentable es que algunos gobiernos de «mierda» —Trump dijo pueblos, pero así no puedo ni citarlo—, se plieguen a la política del desastre, aunque sea para hundirse, empujados por la potala que constituye al actual gobierno de Estados Unidos.

¿Y ahora para qué sirve la embajada de Estados Unidos en La Habana?[23]

Por lo general, las embajadas norteamericanas en el mundo semejan grandes fortalezas. Cinturones de seguridad con vallas alambradas, obstáculos al tránsito, detectores de armas y explosivos, así como garitas con marines portando sofisticados fusiles de guerra, sirven de antesala al ingreso en estos recintos diplomáticos.

En Cuba no es así, apenas ha sufrido cambios el edificio de seis plantas con grandes ventanales de cristal inaugurado en 1953. Está ubicado en pleno Malecón habanero, una de las zonas más concurridas de la ciudad, el acceso es directo desde la calle y de la seguridad física se ocupan fuerzas policiales cubanas, apostadas en las aceras que la rodean. Es común encontrarse a diplomáticos y marines corriendo frente al mar. Ni en Washington parecen sentirse más seguros.

Sin embargo, el gobierno norteamericano acaba de oficializar la decisión de reducir un 60% su personal y prohibir la compañía de sus familiares, en el entendido de corren grandes peligros debido a unos supuestos «ataques sónicos» que ni ellos mismos pueden explicar y que, al parecer solo ocurren en Cuba, aunque tampoco culpan al gobierno cubano de provocarlos. La decisión incluye la exigencia de una reducción similar en la embajada de Cuba en Washington.

---

[23] Publicado en *Progreso Semanal* el 9 de marzo de 2018.

Montones de fábulas se han tejido alrededor de estos ataques. La parte cubana, que ha realizado sus propias investigaciones y cooperado con el gobierno estadounidense, lo considera una «fabricación política», sin ningún fundamento en la realidad. Lo único claro es que han servido de excusa para reducir al mínimo las relaciones entre los dos países.

Con este argumento, Estados Unidos cerró su consulado en La Habana. Lo que de hecho hace impracticable el cumplimiento de las 20 000 visas anuales establecidas en el acuerdo migratorio de 1994, lo cual ya fue comunicado oficialmente al gobierno cubano. Ahora, esta gestión transita por un complejo y costoso proceso que termina en Colombia, donde los solicitantes deben hacer los trámites.

Peor ocurre con los que deseen solicitar visas para viajar temporalmente a Estados Unidos, con el objetivo de visitar a sus familiares residentes en ese país. Debido a la existencia de la política de pie seco/pie mojado, el argumento de «potencial migrante» había reducido significativamente la concesión de estas visas en los últimos años, hasta el punto que más de 80% eran negadas, lo que colocó a los cubanos entre los visitantes menos aceptados en el mundo.

Eliminada la política de pie seco/pie mojado por Barack Obama en enero de 2017, se suponía una mayor apertura, pero entonces llegaron los ataques sónicos y ahora los cubanos tienen que hacer esta solicitud desde algún consulado en el exterior, sin ninguna garantía de que serán aceptados, lo que prácticamente ha eliminado esta posibilidad.

En resumen, los que hasta ayer fueron «migrantes excepcionales», debido a la supuesta voluntad norteamericana de contribuir a la reunificación familiar y ayudar a los cubanos a «escapar del infierno comunista», hoy día están entre los más

restringidos de acceder al territorio norteamericano. Aunque Cuba no aparece entre los países vetados por la política migratoria de Donald Trump, el resultado es el mismo.

Algo muy similar ocurre con los contactos académicos y culturales, ya que un cubano invitado por una contraparte norteamericana tampoco puede gestionar su visa en Cuba, agregando gastos e inconvenientes a esta gestión. A ello se agrega la alerta de peligrosidad emitida por el Departamento de Estado, lo que ha reducido a la mitad los viajes universitarios y los contactos «pueblo a pueblo», durante años un reclamo de Estados Unidos, bajo el supuesto de que el contacto con los norteamericanos inocularía a los cubanos con las virtudes del *American Way of Life* y sería un incentivo para el desarrollo de los negocios privados en la Isla.

Hasta los llamados «grupos disidentes», que antes gozaban de acceso especial a la embajada, ahora se quejan de haber perdido el contacto con los funcionarios norteamericanos y no poder gestionar sus visas para viajar a Estados Unidos

Cabe entonces preguntarse, si la embajada norteamericana actúa bajo una premisa que dificulta las relaciones con su contraparte cubana, no brinda servicios consulares, incumple los acuerdos migratorios, limita los contactos pueblo a pueblo, obstaculiza las escasas relaciones económicas existentes e incluso perjudica el desarrollo de sus propias líneas de influencia respecto a Cuba, ¿a qué se dedica la embajada de Estados Unidos en La Habana?

Lo que prima es un gran desconcierto, a tono con lo que está pasando en el servicio exterior estadounidense. La CIA, al igual que el FBI y otros órganos de seguridad, han sido objeto del cuestionamiento y las críticas del presidente, estableciendo una relación explosiva, cuyas consecuencias resultan imprede-

cibles. El Departamento de Estado, por su parte, está en franca bancarrota, lo que se refleja en la falta de nombramientos y la renuncia de algunos de sus funcionarios más experimentados, especialmente en el área de América Latina.

Como «a río revuelto ganancia de pescadores», estos espacios los está llenando la vieja guardia de halcones conservadores que una vez «cubanizaron» la política hacia América Latina, estableciendo la prioridad del derrocamiento del gobierno cubano en sus directrices, y ahora también la «venezolanizan», aprovechando sus contactos históricos con la extrema derecha latinoamericana. El llamado lobby cubanoamericano desempeñó y aún desempeña un papel clave en esta corriente, que ahora vuelve a jugar un papel muy activo en la política contra Cuba.

Las decisiones de Obama encaminadas «hacia la normalización de relaciones con Cuba» fueron recibidas con satisfacción por los funcionarios norteamericanos encargados de aplicar esta política, incluyendo los establecidos en Cuba que, según reportes de prensa, han manifestado el interés de permanecer en el país. No por gusto Marco Rubio declaró que, para avanzar sus posiciones contra Cuba, tuvo vencer la resistencia de la «burocracia» gubernamental.

Si los ataques sónicos producidos por armas secretas son cuestionables, de lo que no cabe duda es que los diplomáticos norteamericanos establecidos en la embajada habanera, ahora se ven realmente afectados por los ruidos provenientes de Washington. Al menos, para atenuar el estrés, podrán continuar corriendo por el Malecón.

La purga ideológica de Donald Trump[24]

Para explicar la destitución de Rex Tillerson, Donald Trump adujo la existencia de razones «ideológicas» que lo distanciaban de su secretario de Estado y lo acercaban a su sustituto, Mike Pompeo, hasta entonces jefe de la CIA.

Vale aclarar que cuando se habla de ideologías en este contexto, no es para recalcar grandes diferencias filosóficas, sino para referirse a la visión de cada cual respecto a la sociedad norteamericana, el papel de Estados Unidos en el mundo y los métodos que debe emplear el gobierno de ese país para imponer su dominio a escala internacional. Sobre todo, se enfrentan dos tendencias divergentes de cara a la globalización neoliberal y su impacto en la economía estadounidense.

La globalización neoliberal no es otra cosa que la liberación del mercado mundial. No se trata de promover la libre competencia, sino de aprovechar la asimetría resultante de las diferencias en el desarrollo económico relativo, para aumentar la rentabilidad capitalista. Estados Unidos fue el gran promotor de la apertura mundial de los mercados porque su desarrollo económico le permitía competir con ventaja, eso es lo que ha estado fallando y viene desde mucho antes que Donald Trump accediera a la presidencia de ese país.

En los años setenta la emigración de la industria manufacturera norteamericana hacia Europa y Asia ya era tal, que

---

24 Publicado en *Progreso Semanal* el 22 de marzo de 2018.

Nixon decidió imponer un 10% de gravamen a las importaciones. Los precios en el mercado norteamericano se duplicaron, las manufacturas se hicieron menos competitivas y aumentó el desempleo, especialmente en las industrias siderúrgicas y automovilísticas ubicadas en los estados del «rust belt», los mismos que resultaron decisivos en la reciente victoria de Donald Trump y hoy constituyen el asiento de un sector importante de su base electoral.

Fue la época en que, debido a su alto nivel de competitividad y penetración en el mercado norteamericano, Japón era considerado por muchos como un enemigo de Estados Unidos y tomó fuerza una corriente denominada «neoaislacionismo», que promovía el repliegue hacia el control del mercado interno. Precisamente lo mismo que ahora pretende hacer Donald Trump con su política proteccionista.

Reagan trató de estimular la economía reduciendo las barreras comerciales con Canadá primero y México después. Este es el origen del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que fue apoyado por los inversionistas y fabricantes norteamericanos, al mismo tiempo que repudiado por los trabajadores, por lo que implicaba en pérdidas de empleos.

Paradójicamente, tanto en Canadá como en México, la idea provocó la reacción de los productores nacionales que consideraban que serían aplastados por la competencia desleal norteamericana, lo mismo que hoy día arguye Trump en sentido contrario. La razón hay que buscarla en el deterioro de la competitividad de Estados Unidos.

El debate actual se centra en aquellos capitales transnacionales que defienden la globalización neoliberal porque satisface sus intereses y esperan que el gobierno actúe en consecuencia, frente a los que dependen de la protección del mercado interno,

ya sea empresarios que quieren eliminar la competencia foránea o empleados interesados en proteger sus puestos de trabajo.

Cuando Tillerson, entonces gerente general de Exxon Mobil, fue nombrado secretario de Estado, la decisión fue interpretada como una señal de moderación y realismo del gobierno de Donald Trump respecto a los intereses transnacionales, por lo que el establishment tradicional se sintió complacido.

Aunque con poco éxito, debido a su propia incompetencia para lidiar con la burocracia gubernamental y la interferencia o el menosprecio del presidente, todo indica que efectivamente esa fue la intención de Tillerson y en ello radica lo que ahora Trump define como diferencias ideológicas entre ambos. Trump tampoco le perdonó que un día lo llamara imbécil ante un grupo de personas, a lo que el presidente respondió ser un genio consistente y demostrado. Desde entonces se sabía que estábamos en presencia de una muerte anunciada.

El nombramiento de Mike Pompeo al frente de la CIA fue un guiño en la otra dirección. Apadrinado por los multimillonarios ultraconservadores David y Charles Koch, los que en su momento se negaron a apoyar a Trump, Pompeo accedió a un escaño a la Cámara de Representantes por Kansas y se convirtió en una de las figuras más prominentes del Tea Party, cuyo apoyo resulta indispensable para Trump en estos momentos. Su estancia en la CIA lo ubica entre los sectores más extremistas y agresivos de la actual Administración

Junto con Tillerson fue despedido Gary Cohn, consejero económico del presidente, considerado el representante de Wall Street en la Casa Blanca, dado sus vínculos históricos con Goldman Sachs, el principal banco de inversiones del mundo.

Cohn fue el arquitecto de la reforma tributaria, considerada en el único triunfo legislativo del presidente. Sin embargo, fue

un opositor al establecimiento de aranceles al acero y al aluminio y, según Trump, en esto consisten sus diferencias ideológicas. En realidad lo son, porque el proteccionismo se contradice con la esencia de la globalización neoliberal. En su lugar fue nombrado Larry Kudlow, un oscuro comentarista económico, vinculado a los grupos más conservadores del país.

Se comenta que la próxima víctima será el general H.R. McMaster, consejero de Seguridad Nacional, considerado otra fuerza moderadora de las tendencias más extremistas del presidente en política exterior. Lo que, según las propias declaraciones de Trump, dejaría el camino abierto para cancelar el acuerdo nuclear con Irán y endurecer las posiciones en Corea del Norte.

También el nombramiento de Pompeo pronostica un mayor protagonismo de los viejos halcones de la política estadounidense hacia América Latina y el Caribe, especialmente contra Venezuela y Cuba, donde la extrema derecha cubanoamericana está altamente representada.

Los recientes cambios decididos por Donald Trump no deben entonces mirarse a la ligera, toda vez que reflejan una tendencia política muy primitiva, que se sostiene a partir de presupuestos en extremo chovinistas, siendo la fuerza —ya sea militar, económica o política— el recurso por excelencia para imponer sus condiciones en la escena internacional.

Hacia lo interno, la xenofobia y el racismo caracterizan a estos grupos, dando forma efectivamente a una «ideología» que no se distancia mucho del neofascismo. Eso es lo que se infiere de la purga ideológica en marcha y es para preocuparnos.

Cuba estrena gobierno en un mundo decadente[25]

Acaba de constituirse un nuevo gobierno en Cuba. Resalta el hecho de que no están en la presidencia Fidel o Raúl Castro, lo que implica un cambio de enorme trascendencia para la vida política cubana, aunque por su origen y composición los nuevos gobernantes establecen una línea de continuidad programática con el proceso revolucionario cubano.

También son similares los retos que tendrá que enfrentar el nuevo gobierno de cara al escenario internacional. Desde que alcanzó su independencia, el dilema cubano ha sido cómo lidiar con las pretensiones hegemónicas norteamericanas. Cuba fue la primera neocolonia de ese país en el mundo y la condición de dependencia primó en las relaciones bilaterales hasta 1959.

A partir de ese instante ha prevalecido el enfrentamiento. Durante el gobierno de Barack Obama se dieron pasos tendentes a una convivencia que demostró ser posible, pero la victoria de Donald Trump volvió a retrotraer las relaciones a sus peores escenarios.

Nada indica que las elecciones cubanas modifiquen la actual política norteamericana hacia Cuba. De hecho, eso fue lo que dijo Mike Pence durante su visita a Perú, con motivo de la VIII Cumbre de las Américas, y la campaña de la derecha cubanoamericana ha estado centrada en descalificar este proceso electoral.

---

[25] Publicado en *Progreso Semanal* el 19 de abril de 2018.

Para la política de Donald Trump estas elecciones no son funcionales, dado que nada indica que implicará el derrumbe del sistema cubano. Por demás, tratar de convivir con el nuevo gobierno perjudicaría los intereses de sus aliados políticos en Miami y Trump está clamando por amigos que lo mantengan a flote.

El nuevo gobierno cubano asume un programa de transformaciones que tendrá que llevarse a cabo bajo el bloqueo económico norteamericano, una presión asfixiante para la economía nacional, y en un clima de máxima hostilidad con Estados Unidos, lo que seguramente implicará un reforzamiento de las preocupaciones por la seguridad nacional, una limitante objetiva para el ritmo y el alcance de las reformas previstas.

Pero el problema no solo se circunscribe al plano bilateral, sino al desconcierto y la inestabilidad que Estados Unidos está generando en todas partes, como resultado de sus acciones unilaterales y una filosofía de gobierno que parte de la imposición de sus posiciones mediante el uso de la fuerza, las amenazas y las sanciones indiscriminadas a terceros.

El mundo actual presenta un nivel de ingobernabilidad que impide que alguien pueda sentirse seguro. Tal parece que ningún sistema o modelo de gobierno es capaz de manejar los efectos de la globalización capitalista. Hasta Donald Trump se queja de sus impactos y quiere enmendarlo a las malas. Frente a esta realidad, la mediocridad de los políticos se ha convertido en una plaga, son escasos los grandes estadistas y los pocos que tienen el potencial de serlo, tienen que moverse en un fanguero que no los deja avanzar.

La democracia en América Latina es un chiste. Para frenar lo que se denominó el ciclo progresista, los más corruptos terminaron juzgando la corrupción. Los golpes de Estado se

canalizaron a través de los tribunales y parlamentos, aunque los militares no han dejado de alertar de que si eso no funciona están ellos para rectificarlo. Los millonarios compran presidencias, quizás para entretenerse o hacer más dinero. Los grandes medios informativos han devenido monopolios del control social e informan lo que quieren y como quieren para satisfacer sus intereses políticos. No hay vergüenza en instituciones como la OEA, acostumbrada a no tenerla.

El caso de Venezuela se torna explosivo. Contra ese país se ha concertado la alianza de la derecha americana y europea, incluso algunos ideológicamente menos conservadores se han plegado a las presiones norteamericanas, que en el caso de Donald Trump no descarta la intervención militar. Lo que ocurra en Venezuela tendrá un impacto directo sobre Cuba.

La variable más importante en esta ecuación será Cuba misma. Al nuevo gobierno le corresponde preservar la soberanía nacional, hacer avanzar la economía a pesar de todos los inconvenientes y mantener los beneficios sociales, renovar el consenso nacional, no debilitar la capacidad de defensa del país y abrirse un espacio en un mundo que no está diseñado para el socialismo.

Desde que sirvió de puerta para la dominación occidental del Nuevo Mundo, Cuba arrastra el destino, a veces maldito, de que nada universal le es ajeno. Tampoco Cuba es ajena al resto del mundo. Difícil tarea para un gobierno que carga con el fardo de una trascendencia histórica que supera, con mucho, el peso económico o militar de este pequeño archipiélago ubicado en el mar Caribe.

Estados Unidos no deja de mirar hacia América Latina[26]

Algunos afirman que América Latina no es una prioridad para Estados Unidos. Es verdad que apenas se menciona en los documentos rectores de su política exterior, que sus dirigentes no gustan mucho de pasearse por nuestros países, que su respeto por los gobernantes latinoamericanos es muy limitado y que la prensa le otorga menos atención que a otras regiones del mundo. Sin embargo, América Latina no deja de estar bajo el microscopio de Estados Unidos, porque constituye un elemento indispensable de su sistema hegemónico mundial.

Las embajadas, los órganos de inteligencia, las delegaciones militares, los grupos económicos, las instituciones académicas y culturales, los medios de prensa, las redes sociales y multitud de organizaciones de todo tipo, conforman una inmensa red de mecanismos gubernamentales, paragubernamentales y no gubernamentales que aportan una visión más o menos certera de la realidad latinoamericana.

Tal estructura, diversa y a veces contradictoria, permite al gobierno norteamericano detectar brechas en el sistema de dominación y articular las acciones encaminadas a enmendarlas. Aunque estas acciones tienden a corresponderse con las características de los gobierno de turno, sus objetivos estratégicos son los mismos. Una de sus características es que el resultado de estas

---

[26] Publicado en *Progreso Semanal* el 10 de mayo de 2018.

observaciones por lo general conlleva a la utilización de viejos métodos para resolver nuevos problemas. No hay mucha imaginación en la política de Estados Unidos hacia América Latina.

Aunque ahora es más complicado recurrir a las invasiones, ocupaciones y las dictaduras militares de antaño, la línea dura prevalece en la estrategia norteamericana hacia la región, incluso en períodos donde se suponía que el llamado «poder suave» regía la política en el área, dígase la Alianza para el Progreso de John Kennedy o la «nueva política» de Barack Obama. Qué decir entonces de un gobierno como el de Donald Trump, que reivindica la doctrina Monroe como derecho estadounidense sobre el continente.

Solo Cuba logró escapar de esta envoltura y ha sido a un costo tremendo. Sobre todo cuando la desaparición de la Unión Soviética privó al sistema cubano de la alternativa que hasta entonces había posibilitado su inserción en la arena internacional y ha sido necesario un reajuste estructural que aún no ha concluido, incorporando sus propias incertidumbres al modelo cubano. En estas condiciones, incluso los procesos políticos inspirados en la Revolución Cubana se han visto impedidos de repetir el experimento y han tenido que navegar sin una guía que oriente sus acciones, lo que explica muchos de sus desaciertos desde el punto de vista político y administrativo.

Los llamados «gobiernos progresistas» no fueron el resultado de una conciencia popular debidamente articulada o la unidad orgánica y programática de sus actores. Surgieron de manera casi espontánea, a partir de una amalgama de organizaciones, grupos e individuos muchas veces divididos entre sí, impulsados por los efectos concretos del neoliberalismo y el propio deterioro de la gobernabilidad que el modelo promociona, en su interés por liberar al mercado de cualquier tipo de ataduras.

Por su propia naturaleza, se plantearon las reformas del sistema a partir de un complicado consenso respecto al respeto a las normas establecidas y sus políticas populares se centraron en imponer mejoras a los mecanismos de distribución del excedente nacional, siendo muy vulnerables a los vaivenes de la economía. La decadencia de los gobiernos progresistas en América Latina ha estado íntimamente relacionada con el deterioro de los precios de las materias primas en el mercado mundial, una demostración de que estamos en presencia de un problema estructural determinado por la globalización neoliberal, que aplica por igual a los gobiernos de cualquier signo político.

A ello se suma la contradicción existente entre la disfuncionalidad del capitalismo real y el apogeo de la ideología que lo sustenta. Ello condiciona que las metas de los procesos progresistas han estado muy influidas por el individualismo y el consumismo, lo que dificulta la convocatoria colectiva, y establece la paradoja de existir un punto donde las mejoras sociales, orientadas a los sectores más pobres, se debilitan precisamente en la medida en que mejoran sus condiciones de vida.

En las actuales condiciones, el llamado progresismo, contentivo de muchas «izquierdas», de por sí un término muy relativo, también requiere de políticas para captar y educar a la clase media, depositaria de los mitos más atractivos de la ideología capitalista, y uno de los elementos más dinámicos de la vida política en la mayoría de los países.

Desde el punto de vista político, los gobiernos progresistas apenas lograron establecer limitaciones a los poderes fácticos imperantes, dígase los grupos económicos, los partidos políticos, los medios informativos, el sistema judicial o los cuerpos militares y de seguridad, los cuales han mantenido su facultad

para afectar sus políticas y recuperar zonas de influencia en la población.

Tampoco pueden darse el lujo de cometer pecados, como el divorcio de las masas, la corrupción, la arbitrariedad o la represión de la población, toda vez que la fuente de su poder radica en su legitimidad moral. Es cierto que la derecha ha demostrado capacidad para manipular la realidad y lo ha hecho sin escrúpulos, pero en ocasiones la izquierda les ha facilitado el trabajo al perder credibilidad y afectar las bases de su respaldo popular. Esto explica la pérdida de algunas elecciones y, sobre todo, el deterioro de su capacidad movilizadora en algunos casos, lo que ha posibilitado la impunidad con que la derecha ha llevado a cabo golpes de Estado, la manipulación del sistema judicial y fraudes electorales escandalosos.

No es noticia que estamos frente a un repunte de la derecha en el continente y que Estados Unidos, con la colaboración voluntaria o condicionada de sus aliados, aprovecha la coyuntura para aplicar todos sus recursos con vista a asfixiar a los gobiernos progresistas que aún subsisten, especialmente en el caso de Venezuela, así como desmantelar los mecanismos de integración que caracterizaron el proceso regional en el pasado reciente e imponer el viejo panamericanismo a través de la OEA.

El problema a considerar es si Estados Unidos está en condiciones de llevar a feliz término esta política. En el mundo actual son muchos los actores gubernamentales y no gubernamentales que intervienen en cada escenario específico. Por ejemplo, la competencia económica de China en Latinoamérica, cuya eliminación constituye el centro de la política de Trump hacia la región, es un fenómeno con bases objetivas que Estados Unidos no tiene la capacidad económica de evitar, no importa si la derecha o la izquierda gobierna un país determinado. Basta

mirar la historia reciente de Brasil, Chile o Argentina para comprender esta afirmación.

Incluso las políticas proteccionistas impulsadas por el actual gobierno norteamericano, condicionadas por necesidades económicas y políticas domésticas, limitan aún más la capacidad de enfrentar la competencia china y de otros países y encuentran franca oposición en importantes sectores económicos nativos, cuyos intereses transnacionales se contraponen a este supuesto interés chovinista de *America First*. Si antes era indispensable, en la actualidad Estados Unidos tiene una escasa posibilidad real de «ayudar» a sus aliados latinoamericanos, lo que explica que prime la política de desecharlos cuando dejan de resultar funcionales.

Los gobiernos de derecha latinoamericanos, que no han hecho otra cosa que reproducir las viejas formas neoliberales antes fracasadas, más temprano que tarde están destinados a enfrentar una renovada oposición popular, incrementando los niveles de ingobernabilidad de sus países.

Aquí la única interrogante es si la derecha, acorralada por estos acontecimientos dentro de los marcos que le impone la democracia representativa, romperá estos límites para volcarse hacia la represión más descarnada e imponer dictaduras, como ocurrió en el pasado. En algunos países latinoamericanos ya existen muestras de estos procesos y el avance del neofascismo es una realidad internacional, presente incluso en los propios Estados Unidos.

Sin importar los reveses coyunturales, las condiciones objetivas continúan actuando a favor del progresismo en América Latina. Pero eso no basta, hace falta el desarrollo de una doctrina de «contrapoder inteligente», basada en la articulación de verdaderos procesos de participación popular que aseguren la continuidad de los movimientos sociales en el poder.

Estados Unidos: con Corea sí, pero no con Cuba[27]

Una pregunta que ha sido repetida a los funcionarios de Estados Unidos en los últimos días es la razón por la cual pueden negociar con Corea de Norte y no con Cuba. La respuesta ha sido la misma: en Cuba nada ha cambiado, a pesar de que acaba de inaugurarse un nuevo gobierno, bajo la presidencia de Miguel Díaz-Canel.

No deja de ser llamativa esta respuesta para una Administración que hereda una historia de cientos de atentados a Fidel Castro, en el entendido de que, ante la ausencia del líder cubano, la Revolución Cubana no tenía otros asideros. La moraleja es que las premisas que condicionaron la política norteamericana hacia Cuba, y ahora se repiten, siempre fueron falsas. El problema de Estados Unidos con Cuba no radica en un supuesto accidente de lo que denominaron el «castrismo».

Pero incluso si aceptáramos esta lógica para justificar la opción de no negociar, la verdad es que menos ha cambiado el gobierno de Corea del Norte. Al contrario, los recientes acuerdos con ese país, aunque aún sin precisar sus aspectos concretos y determinada su irreversibilidad, han servido para exaltar la dirección de Kim Jung-Un, hasta ahora considerado el peor enemigo de Estados Unidos en Asia.

La primera razón que entonces salta a la vista para explicar la negativa norteamericana de negociar con el gobierno

---

[27] Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de junio de 2018.

cubano es que, a diferencia de Corea del Norte, Cuba no posee armas nucleares y ello le resta importancia en la agenda norteamericana.

El otro impedimento para negociar con Cuba es Cuba misma. Como reflejan documentos desclasificados, desde los primeros momentos Estados Unidos llegó a la conclusión de que no podía convivir con el régimen revolucionario cubano y ello desencadenó una guerra en muchos frentes, que perdura hasta nuestros días.

Si bien, como reconoció Obama en su momento, esta guerra fracasó en su intención de derrocar al gobierno cubano, en particular el bloqueo económico ha resultado funcional para evitar el despliegue de todas las potencialidades de la Revolución y la demostración de las virtudes del modelo. Trump se suma a esta lógica perversa, que nada tiene que ver con el bienestar del pueblo cubano, como ha declarado, ni acarrea beneficios a los propios norteamericanos.

También existen factores que convierten a Cuba, junto con México, en los países latinoamericanos donde la situación doméstica de Estados Unidos más influye en las relaciones bilaterales con ese país.

En el caso de México, las raíces del conflicto se remontan a 1848 cuando le fue arrebatado más de la mitad de su territorio. En la actualidad se destaca el tema migratorio y la presencia de una población que crece exponencialmente, influyendo en el balance demográfico norteamericano, lo que ha originado una reacción xenófoba y racista en sectores que constituyen la base electoral de Donald Trump.

A ello que se suman los intereses económicos existentes entre los dos países, condicionados por una relativa decadencia de la competitividad norteamericana, lo que explica los intentos

proteccionistas de la agenda trumpista, así como la porosidad de una frontera por donde transita el tráfico de drogas, armas y personas, en buena medida reflejo de males intrínsecos de la sociedad la estadounidense, que no puede ser resuelto mediante la construcción de muros o el despliegue de tropas.

En el cubano, también influyen antecedentes históricos que acompañan la vida de ambas naciones. Cuba fue la primera neocolonia norteamericana y el enfrentamiento a este régimen determinó los objetivos de la Revolución Cubana, precisamente en el momento en que Estados Unidos extendía este sistema de dominación en el Tercer Mundo.

La guerra contra Cuba promovió la construcción de una fuerza política contrarrevolucionaria de origen cubano dentro del territorio estadounidense, que extendió su influencia a otros aspectos de la vida nacional, en particular en las estructuras políticas del sur de La Florida, así como el Congreso y la burocracia federal. Para esta fuerza resulta vital mantener la beligerancia contra Cuba y ello explica su reticencia a cualquier tipo de negociación entre los dos países.

Como Trump necesitó de ella para el respaldo a su gobierno, le entregó la política hacia Cuba, a pesar de que la mayoría del pueblo estadounidense, incluso dentro de la comunidad cubanoamericana e importantes sectores del partido republicano, respaldan la iniciativa encaminada al mejoramiento de las relaciones entre los dos países, llevada a cabo por Obama.

Visto el caso, quizás para enmendar las cosas y continuar negociando en el sentido que interesa a ambos países, lo que en realidad hace falta cambiar es el gobierno de Estados Unidos, una probabilidad que no parece imposible y que muchos, dentro y fuera, agradecerán.

Donald Trump puede ser una costosa hipoteca para Estados Unidos[28]

Donald Trump no es el primer presidente de Estados Unidos que maltrata a los inmigrantes. Pero su política compite con los peores momentos de la historia norteamericana y le ha incorporado un tratamiento perverso, que escandaliza a buena parte del mundo, incentiva las divisiones dentro de la sociedad estadounidense y ha generado problemas con otros países del área, especialmente con México, uno de sus principales socios comerciales.

Tampoco es el responsable del deterioro de la competitividad norteamericana en ciertos renglones y el impacto de la globalización neoliberal en la economía interna del país. Muchos podríamos sumarnos a sus críticas a los acuerdos de libre comercio, ya que han afectado de manera especial al Tercer Mundo y a los trabajadores en todas partes, incluyendo Estados Unidos. Pero Trump lo hace por otras razones, lo hace mal y lo que propone es peor.

America First se inspira en el retorno al modelo colonial, donde las metrópolis imponían sus condiciones leoninas al resto. Para llevarlo a cabo ha generado guerras comerciales que lo enajenan de sus principales socios y dislocan el funcionamiento económico del sistema norteamericano, con perjuicio

---

[28] Publicado en *Progreso Semanal* el 12 de julio de 2018.

incluso de las empresas que pretende beneficiar y los consumidores que dice defender.

Trump prácticamente ha aislado a Estados Unidos del orden mundial que se supone debe liderar, desde los Acuerdos de París sobre medioambiente, hasta la Organización Mundial del Comercio. Está en crisis con la Unión Europea, puesto en entredicho a la OTAN, y sus relaciones con Canadá atraviesan uno de sus peores momentos. Al conflicto de posiciones, el presidente ha incluido los desplantes y faltas de respeto a los gobernantes extranjeros, violando las reglas más elementales de la diplomacia.

Aunque su proyección internacional ha estado basada en el retorno a la retórica de la Guerra Fría, el tono belicista caracteriza sus discursos y el aumento del presupuesto militar ha crecido considerablemente, esto ha sido interpretado como bravuconerías, que sus propios funcionarios se han visto en la necesidad de matizar, limitando su impacto a escala internacional.

Paradójicamente, su único éxito en política internacional ha sido establecer un diálogo de paz con Corea del Norte, después que de manera irresponsable amenazó con ataques nucleares a ese país. No obstante, el beneficio al prestigio del presidente ha sido muy limitado, debido a que lo hizo de manera unilateral, la mayor parte de la prensa ha cuestionado el alcance real de esta gestión y muchos de sus propios correligionarios ultraconservadores han visto con poca simpatía su cálido encuentro con el «dictador comunista» norcoreano.

Algo parecido ocurre con Rusia. No es descabellado que Estados Unidos intente disminuir tensiones con la potencia euroasiática y aprovechar el potencial económico que pudiera desprenderse de esta relación. Pero tal política carece de consenso en el país y Trump, más que facilitarlo, incorpora dudas

adicionales respecto a sus intenciones, dados los oscuros antecedentes de sus relaciones con el gobierno de Vladimir Putin.

Desde el punto de vista administrativo su gobierno ha estado marcado por la incompetencia, la ignorancia y el caos funcional. Constantes escándalos han rodeado a su equipo y las relaciones del presidente con sus principales funcionarios. Ha gobernado de manera voluntariosa e impredecible y cada mañana el mundo amanece ante la amenaza de un nuevo *tweet*, producto de lo que considera una manifestación de su «genialidad comprobada».

Según algunas encuestas, a pesar de todo esto, Trump goza del apoyo del 90% de los republicanos, lo que se traduce en alrededor del 30% del electorado y con esos números puede ganar su reelección, lo que parece es el objetivo central de su gestión. Pero más que una expresión de fortaleza, esta posibilidad expresa la tremenda polarización política existente, la disfuncionalidad de los cuerpos gubernamentales y el descrédito de los partidos políticos.

Salvo algunos fanáticos, las propias encuestas definen a sus defensores como personas que lo consideran un «mal necesario», en comparación con sus opositores liberales, especialmente la gran prensa, que suponen injusta con el presidente.

Su capacidad movilizadora se sustenta en su retórica contra el establishment político, la pretendida defensa de los puestos de trabajo de la clase media blanca, un objetivo de dudosa materialización, y el rechazo a los inmigrantes, lo que explica que incluso las políticas más reprochables resulten populares en estos sectores.

Sin embargo, Trump ni siquiera cumple con los parámetros personales que definen los valores fundamentales del movimiento conservador, por lo que este apoyo resulta circunstan-

cial y muchos republicanos aceptarían con gusto su remplazo por una persona más capaz y más digna para representarlos.

Es de suponer que lo que interesa a los sectores dominantes, al menos los más inteligentes, es crear las condiciones para superar lo que se manifiesta como una crisis integral del sistema y recuperar los mecanismos de gobernabilidad que garanticen su funcionamiento.

Trump es la peor alternativa para alcanzar este objetivo. Su propia personalidad incorpora innecesarios elementos disruptivos en la articulación del consenso posible y resulta dudoso que grupos tan poderosos se resignen a la idea de ser gobernados por una Administración que puede conducirlos al desastre. De alguna manera, esto debe traducirse en el fortalecimiento de una política opositora al presidente.

Las elecciones parciales de noviembre de este año, más que una recuperación del Partido Demócrata, envuelto en su propia crisis, medirá el deterioro de los republicanos como resultado del gobierno de Donald Trump y ello será determinante para el futuro político del presidente.

Desde el *impeachment* hasta la reelección en 2020, caben como alternativas posibles en este escenario. No obstante, lo que parece cierto, es que Donald Trump resulta un lujo demasiado costoso para el sistema norteamericano y cada día que permanezca en la presidencia será un factor que aumente su decadencia.

La «cubanización» de la política de Estados Unidos hacia América Latina[29]

Recientemente fue anunciado el nombramiento de Mauricio Claver-Carone, destacado lobista de la derecha cubanoamericana, como responsable de Asuntos Hemisféricos del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, en lo que puede ser interpretado como la consolidación de una vuelta a la «cubanización» de la política norteamericana hacia América Latina.

Así fue calificada esta política cuando, durante la Administración Bush, el tema de la hostilidad hacia Cuba devino un aspecto central de la política norteamericana hacia la región y un grupo de personas de origen cubano, representativos de los sectores más conservadores de esta comunidad, pasaron a desempeñar un papel destacado en su diseño y aplicación.

Aunque derrocar al gobierno revolucionario cubano ha estado presente desde los primeros momentos y nunca ha dejado de formar parte importante de la política hacia América Latina, hasta 1980 el papel de los cubanos resultaba más operacional en los planes norteamericanos. Eran soldados, personajes políticos o agentes de la CIA en diversas funciones, pero su capacidad para influir en los procesos era más limitada.

La creación de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), durante el gobierno de Ronald Reagan, cambió la «naturaleza» de la contrarrevolución cubana. De meros «ins-

---

29 Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de septiembre de 2018.

trumentos» de la política norteamericana hacia Cuba, pasaron a formar parte de su elaboración y de los mecanismos encargados de influir en las decisiones gubernamentales para implementarla. La puesta en marcha de Radio y TV Martí, así como la aprobación de las leyes Torricelli y Helms-Burton, durante los gobiernos de George H. Bush y Bill Clinton, respectivamente, fueron los éxitos más significativos de esta corriente.

La política contrarrevolucionaria de Reagan y Bush hacia Centroamérica marcó un cambio cualitativo en la participación de los cubanos en la política norteamericana hacia América Latina.

Más allá del involucramiento de agentes cubanos en las operaciones de apoyo ilegal a la contra nicaragüense, origen del escándalo Irán-Contra, aparecieron otros en calidad de funcionarios gubernamentales, como fue el caso de Otto Reich, jefe de la Oficina de Diplomacia Pública para América Latina, encargada de difundir propaganda falsa dentro de Estados Unidos. A pesar de que las acusaciones del Congreso condujeron al desmantelamiento de esta oficina, Reich nunca fue procesado y Reagan lo nombró embajador en Venezuela, donde desempeñó un papel clave en la liberación del terrorista Orlando Bosch.

Aunque, por disputas personales, la FNCA cayó en desgracia durante la Administración Bush, el mandatario se rodeó de antiguos miembros de esta organización y otras figuras de la derecha cubanoamericana para articular su política hacia América Latina.

El propio Reich fue nombrado Secretario Asistente para el Hemisferio Occidental en el Departamento de Estado. No fue aprobado por el Congreso, pero Bush lo designó como su enviado especial para la región. A Reich se le achaca haber

estimulado el fracasado golpe de Estado contra Hugo Chávez en 2002.

A pesar de que el gobierno de Barack Obama no estableció vínculos orgánicos con la derecha cubanoamericana y cambió la política hacia Cuba, no pudo evitar la presencia de muchas de estas personas en la burocracia gubernamental, especialmente en puestos que tenían que ver con la política hacia América Latina. No debe ser casual, que el embajador norteamericano durante el golpe de Estado en Honduras en 2009, fuera el cubanoamericano Hugo Llorens, nombrado antes por George W. Bush y vinculado a estos grupos.

También el Congreso continuó jugando un papel muy activo a favor de esta corriente, la elección de Ileana Ros-Lehtinen como presidenta de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara en 2010, convirtió a esa instancia en centro aglutinador y mecanismo de apoyo para los grupos más extremistas de la derecha latinoamericana:

«Estoy comprometida a hacer todo lo que esté a mi alcance para aislar a los enemigos de Estados Unidos y fortalecer a nuestros aliados y no pediré disculpas por hacerlo», dijo Ros-Lehtinen el día en que fue nombrada para este cargo. Quizás para recordar su activa participación en el apoyo al golpe de Estado hondureño unos meses antes.

La lógica que anima a estos sectores se remonta al exsecretario de Estado de Ronald Reagan, Alexander Haig, cuando manifestó que Cuba era la «fuente» de los problemas de Estados Unidos en la región y su intención era «convertirla en un parqueo». Esta idea la repite Otto Reich alabando el nombramiento de Claver-Carone: «Tenemos a una persona que entiende las causas y no solo los síntomas de los problemas de América Latina, y eso es Cuba».

Al nombramiento de Claver-Carone se suman, entre otros, el de Carlos Trujillo como embajador en la OEA; Eliot Pedrosa, en el Banco Interamericano de Desarrollo y Tomás Regalado, al frente de Radio y TV Martí.

Todos ellos estrechamente vinculados al senador Marco Rubio, al que el presidente Donald Trump ha dado carta abierta para «cubanizar», otra vez, la política norteamericana hacia América Latina.

Los éxitos de Donald Trump[30]

La aprobación del juez Brett Kavanaugh para un puesto en la Corte Suprema de Estados Unidos, ha sido considerada una importante victoria para Donald Trump. No importa que haya sido la votación más estrecha en más de un siglo y que estuviese rodeada de escándalos políticos y éticos, para Trump es suficiente, y también para la mayoría de sus correligionarios.

Otro «éxito» fue haber concretado un nuevo acuerdo comercial con México y Canadá. Según Trump, es el mejor acuerdo jamás firmado por Estados Unidos, donde se puso a prueba su capacidad para negociar desde posiciones intransigentes, siempre al borde del precipicio. Eso también satisface las expectativas de sus electores, complacidos con un presidente duro, que supuestamente defiende sus intereses.

Sin embargo, todo indica que Trump acabó negociando bajo la presión de sectores norteamericanos y transnacionales interesados en salvar el acuerdo entre los tres países. Tanto México como Canadá aseguran haber salvaguardado sus intereses nacionales e igual se mostraron satisfechos con lo alcanzado. A estas alturas nadie sabe en realidad quién ganó, incluso si valió la pena montar una crisis con aliados tan importantes, para resolver ajustes que se podían haber alcanzado a través de negociaciones normales, pero eso no es lo que conviene a la imagen pública del presidente norteamericano.

---

30 Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de octubre de 2018.

El otro evento destacado por la prensa es la reanudación de las conversaciones con Corea del Norte. Ambas coreas están interesadas en un acuerdo que establezca un clima de paz en la península y facilite la normalización de las relaciones entre ambas. Estados Unidos juega un papel importante en este escenario y a Trump le sirve para mejorar su crédito como estadista. Pero difícilmente Corea del Norte acepte la desnuclearización de su país sin garantías del gobierno norteamericano, como ha pretendido Trump. A la larga, lo más probable es que, si se llega a un acuerdo, sea a partir de concesiones mutuas, aunque al final Trump diga que impuso sus posiciones y que ello fue posible gracias a su genio negociador.

La conclusión es que más importa la apariencia que el contenido. Se trata de una pelea donde el objetivo es ganar a toda costa, sobre todo de cara a las próximas elecciones en noviembre. Trump es el punto de demarcación de este debate, se votará a su favor o en su contra, cualquiera que sea el candidato. Pero el problema es mucho más complejo, en tanto refleja la polarización y la decadencia de la vida política norteamericana.

Efectivamente estamos en presencia de un gobierno bastante anárquico y disfuncional, que actúa con un desprecio absoluto en la búsqueda de consenso. No obstante, la pregunta es si ese consenso es realmente posible, Obama lo intentó en su primer período de gobierno y fracasó en el intento.

Son problemas que se vienen acumulando durante años, apreciables incluso en la geografía del país y la composición demográfica de las regiones. Algunos comparan la situación con el estado de división que existía en el país antes de la guerra civil, a mediados del siglo XIX. Quizás es una exageración, pero resulta evidente que la nación está dividida en dos bandos y no parece existir una fórmula que atenúe esta situación. El sistema

ha perdido la capacidad de maniobra y eso es lo más llamativo de la actual coyuntura.

Trump no es la causa, sino la fotografía de esta situación. A partir de su figura se han desencadenado las fuerzas más intolerantes y fanáticas del electorado norteamericano. Sus fortalezas son una política migratoria exenta de humanismo, el culto a la violencia, el racismo, el desprecio al sistema político del país, el unilateralismo como guía de la política exterior y la exacerbación de los sentimientos más chovinistas del pueblo norteamericano.

Como el 90% de los republicanos lo apoyan, el partido ha quedado como rehén de la popularidad del mandatario entre sus electores, aunque nadie sabe a ciencia cierta las conspiraciones que se tejen en su contra, incluso dentro de la propia Administración.

La reciente renuncia de la embajadora Nikki Haley es una muestra más de que el barco hace agua también por la extrema derecha, no porque estén en contra de su agenda, como pasó con otros funcionarios, sino porque consideran que el presidente no es la persona adecuada para implementarla. La personalidad de Donald Trump y sus enormes vulnerabilidades éticas son, en sí mismas, un factor añadido a la inestabilidad de su gobierno.

El otro bando está integrado por los que no quieren al presidente. Se trata de una masa heterogénea, con intereses y objetivos diversos, que el partido demócrata, envuelto en sus propios déficits y contradicciones, no logra capitalizar a plenitud. No obstante, ha abierto el espacio a tendencias relativamente progresistas, que a partir de la candidatura de Bernie Sanders en las pasadas elecciones, se ha hecho sentir de manera inusitada en el entorno político norteamericano, lo que agrega nuevas dinámicas a la polarización política existente.

Los indicadores macroeconómicos, especialmente el bajo índice de desempleo, favorecen a Donald Trump, pero esta vez ni siquiera esto es una garantía para los republicanos. Está en duda si en realidad se debe a la gestión del gobierno y para buena parte de los principales grupos económicos prima un estado de inseguridad, debido a las políticas comerciales de la Administración. En definitiva aquí tampoco hay consenso y los capitales se mueven de manera bastante arbitraria en el financiamiento de las campañas políticas.

En resumen, los éxitos anunciados con bombo y platillo por el presidente norteamericano, no parece que llegarán a tener el efecto deseado en el balance político existente y las próximas elecciones se nos presentan con el mismo nivel de incertidumbre que caracteriza al escenario político norteamericano. Las razones hay que buscarlas en la crisis del sistema, que no es la muerte de la hegemonía norteamericana, pero sí una buena calentura.

Cuba en el frenesí de la Casa Blanca[31]

Según varios medios de prensa, un alto funcionario de la Casa Blanca, el cual no quiso ser identificado, declaró que John Bolton, asesor de seguridad nacional del presidente Donald Trump, estaba listo para denunciar el papel de los servicios de inteligencia cubanos en apoyo al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela.

Según esta fuente, la conclusión de la Casa Blanca es que solo gracias a este respaldo cubano, Maduro se mantiene en el poder. Tal parece que se pretende retornar a la vieja retórica de que Cuba «es la fuente» de los problemas de Estados Unidos en la región.

Es una maniobra que parece insertada en los intentos de disminuir el impacto del apoyo a Cuba en la votación contra el bloqueo en la ONU, pero también refleja el interés de incluir a la Isla en la campaña que se lleva a cabo contra Venezuela.

No hay nuevo en el libreto, si acaso lo más llamativo ha sido la incapacidad de Estados Unidos para lograrlo. Incluso la mayoría de los gobiernos de derecha que han tomado el poder en América Latina en los últimos años, hasta ahora han tratado de no afectar sus relaciones con Cuba y lo mismo ocurre en Europa, donde se aprecia un sostenido mejoramiento de las relaciones, a partir de los nuevos acuerdos firmados con la Unión Europea.

---

31 Publicado en *Progreso Semanal* el 1ro. de noviembre de 2018.

La razón puede ser encontrada en el posible impacto de ambas políticas hacia lo interno de los países que las promueven. Mientras que el caso venezolano resulta funcional para neutralizar y dividir a las fuerzas progresistas locales, la solidaridad con Cuba constituye un factor de unidad de las fuerzas de izquierda en América Latina y el Caribe, cuenta con el apoyo de amplios sectores populares e incluso de una parte de las burguesías nacionales, que perciben las relaciones con Cuba como una demostración de independencia frente a Estados Unidos.

Consciente de esta realidad, la política de Barack Obama estuvo dirigida a diferenciar el tratamiento de ambos casos e, incluso, a intentar debilitar el apoyo de Cuba a Venezuela, lo que tuvo que ser rechazado en varias ocasiones por el gobierno cubano.

Pero la política de Donald Trump no transita por estas sutilezas y en ello tiene mucho que ver la composición del actual Consejo de Seguridad Nacional, encabezado por John Bolton.

Cuando Bolton fue nombrado para ocupar este cargo, resultó obvio que se habían roto los diques que podían controlar los desenfrenos del actual presidente norteamericano y que la política exterior de Estados Unidos había caído en manos no solo de los sectores más agresivos del país, sino de los menos escrupulosos.

Considerado un «halcón de la guerra», Bolton ha estado vinculado a la promoción del uso indiscriminado de la fuerza como sostén de la política norteamericana en el mundo. Iraq, Libia, Siria, Corea del Norte, Cuba y Venezuela han sido objetivos de sus cruzadas.

Cuando no han existido causas convincentes para justificar sus posiciones, Bolton ha sido uno de sus más fecundos inventores. Para solo mencionar algunos casos, su mano aparece en

la construcción del mito de las armas de destrucción masiva en Iraq, lo que justificó la invasión norteamericana a ese país, fue uno de los principales defensores de la escisión de Estados Unidos del pacto nuclear con Irán y es uno de los promotores de la cancelación de los acuerdos sobre armas nucleares con Rusia.

Ha sido acusado por sus propios colegas de intentar adulterar los informes de inteligencia con el fin de sustentar sus propuestas y uno de los argumentos que se utilizaron para no confirmar su nombramiento como embajador ante la ONU en 2005, fue que había mentido en sus declaraciones al Congreso.

En 2002, siendo subsecretario de Estado de la Administración Bush, Bolton acusó a Cuba de tener la capacidad y la posible intención de producir armas biológicas. De hecho, la misma excusa que se había utilizado para la invasión a Iraq. Aunque ello fue desmentido por varias fuentes de la inteligencia de ese país y por el propio expresidente Jimmy Carter, durante una visita que realizó a Cuba en esos momentos, dejó claro las intenciones del sujeto y su peligrosidad.

No más asumir el puesto en el gobierno de Donald Trump, Bolton eliminó a aquellos que no compartían sus criterios y en su lugar colocó a personas leales a su ideología de extrema derecha. Entre ellos, precisamente para atender la política hacia América Latina, a Mauricio Claver-Carone, un lobista anticubano, cuya mano es fácil distinguir entre los «altos funcionarios que prefieren no ser identificados».

Cuba no es ajena al frenesí que distingue a la política norteamericana en todos sus aspectos. Mucho más en un contexto electoral donde todo vale con tal de alentar a sus seguidores. Las mentiras forman parte del discurso oficial y la impunidad está dada por la enajenación de un sector de la sociedad, incentivado por sentimientos muy primitivos.

Lo pronosticó alguien tan poco sospechoso de antimperialista como Zbigniew Brzezinski: la ignorancia del pueblo norteamericano condiciona la posibilidad de que cualquier demagogo pueda gobernarlo.

Donald Trump es un producto de esta enajenación y también su manipulador por excelencia. En el menosprecio del pueblo norteamericano y la explotación de sus divisiones radica su fortaleza y hasta ahora le ha funcionado.

Otra mirada a las elecciones de Estados Unidos[32]

Al ser consideradas como una especie de referendo sobre la gestión y el futuro del presidente Donald Trump, las pasadas elecciones de medio término en Estados Unidos atrajeron la atención de todo el mundo.

Debido a lo reñido de estas contiendas e irregularidades en su conducción, aún faltan por definir algunos escaños. No obstante, ya es posible afirmar que los demócratas lograron acceder al control de la Cámara de Representantes, así como obtener victorias significativas en la lucha por las gobernaciones puestas en disputa, mientras los republicanos mantuvieron la mayoría en el senado.

Con su visión particular de la realidad, Donald Trump afirmó que se trató de una victoria republicana, pero los resultados demuestran que los demócratas avanzaron de manera considerable sus posiciones, por lo que el presidente se las verá más difícil para gobernar en los próximos dos años y encaminar su campaña para la reelección en 2020.

La principal conclusión de esta elección es que constituyó un reflejo de la tremenda polarización que existe en Estados Unidos. Esta polarización no solo se expresa en la estructura política, con efectos disfuncionales en la articulación de un consenso bipartidista para el funcionamiento de las instituciones, sino en toda la arquitectura social, con manifestaciones

---

[32] Publicado en *Progreso Semanal* el 22 de noviembre de 2018.

económicas, geográficas, etarias, de género y culturales que, al parecer, ninguna elección puede resolver por sí misma.

Vale entonces que nos distanciemos un poco de las especulaciones respecto al futuro de este gobierno o el balance actual de las fuerzas políticas, para adentrarnos en la lectura de lo acontecido y tratar de esclarecer las tendencias que pueden marcar el devenir de la vida política norteamericana.

Lo primero que salta a la vista es el incremento de votantes en unas elecciones que se supone atraen menos la participación del electorado. La razón que se aduce es la polémica personalidad de Donald Trump, lo que no deja de ser cierto, dado el estímulo divisivo que genera la conducta del presidente.

Si nos queremos detener en este aspecto y concebir las elecciones como un referendo sobre el personaje, vale decir que, aunque no fue una catástrofe, Trump perdió el voto popular por un 7% y el 62% de los que votaron por primera vez lo hicieron por los demócratas.

Pero el rechazo o la veneración hacia Donald Trump, no es ajena a la agenda que representa. Los temas de la salud pública, la seguridad social, la migración, el cuidado del medio ambiente, el control de las armas, el racismo y la xenofobia, estuvieron en el centro de los debates y determinaron el voto de la gente en uno u otro sentido.

Las elecciones fueron menos superficiales de lo que aparentaron y la toma de conciencia sobre los problemas del país beneficia a los demócratas, toda vez que la base republicana se moviliza a partir de un mensaje muy primitivo, que parece estar llegando a sus límites.

Las elecciones no superaron el problema de la credibilidad y la amplitud del sistema electoral. Lo que se considera un éxito de participación, ronda apenas el 50% de los electores. La mitad

no se siente representado por ninguno de los partidos, es apático a la política o existen limitaciones procesales y culturales que limitan esta participación.

Sin embargo, un aspecto que llama la atención es el ascenso de mujeres a puestos políticos electos, protagonistas además de las contiendas más llamativas de la nación.

Se trata de un movimiento que ha venido creciendo exponencialmente desde los años noventa del pasado siglo y que no solo refleja una aspiración de género, sino también una inclinación ideológica. Por primera vez más de cien mujeres integran la Cámara de Representantes; pero mientras que 105 demócratas fueron electas a estos cargos, solo lo lograron 19 republicanas, lo que constituye una disminución de cuatro escaños en relación con las pasadas elecciones.

En las mujeres electas también se expresa una mayor diversidad étnica relativa y algunas de ellas son exponentes de las posiciones más progresistas del debate político estadounidense.

Según cálculos preliminares, el 59% de las mujeres favorecieron a los candidatos demócratas y solo un 40% lo hizo por los republicanos. Tampoco es un dato que puede analizarse en términos absolutos, entre las mujeres blancas prácticamente hubo un empate, pero existe un diferencia sustancial entre las graduadas universitarias de esta raza, donde el 59% votó por los demócratas.

También resalta el caso de los jóvenes. Según encuestas a pie de urna, el 67% de los menores de 30 años eligió a los demócratas y el 58% de los comprendidos entre 31 y 45 años hizo lo mismo. Los republicanos solo obtuvieron una escasa ventaja entre los mayores de esa edad (50-49), donde seguro fue determinante el caso de los mayores de 65 años.

Todo indica que cualquier aumento de la participación electoral debe favorecer a los demócratas, pero persiste la duda si estos, envueltos en sus propias contradicciones, serán capaces de movilizar a estos votantes potenciales.

Lo que ha ocurrido es que se ha concentrado el voto conservador alrededor del partido republicano y, de manera particular, en apoyo a Donald Trump y sus políticas. Aunque esto les garantiza un núcleo duro de votantes, que puede ser determinante en ciertas regiones y de manera general si los niveles de participación continúan siendo bajos, también limita el acceso a otros sectores que tradicionalmente se ubican en el centro del espectro político.

A la vez, se han extendido las tendencias más progresistas dentro del partido demócrata. No se trata de un fenómeno nuevo, pero la emergencia de una izquierda fortalecida dentro del partido, con todo lo difusa que aún pueda ser, plantea una dinámica distinta a su funcionamiento.

La otra gran sorpresa de las elecciones de 2016 fue la campaña del senador Bernie Sanders, la cual removió las bases estructurales del partido demócrata y, en buena medida, también se ha manifestado en esta campaña, mediante el triunfo de muchos de sus candidatos en las primarias y las propias elecciones, lo que plantea otra tendencia con vista a los comicios del 2020.

Se calcula que alrededor del 50% de los representantes demócratas electos en estas elecciones se ubican dentro de estas posiciones y están impulsando posiciones muy radicales en temas como el cuidado medio ambiente, la salud, la migración y la asistencia social, lo que anuncia debates muy enconados en el seno del Congreso.

Si bien es un movimiento que ha demostrado mayor capacidad para movilizar el voto joven y parte importante del voto femenino, también plantea a los demócratas cierto distanciamiento con los sectores más conservadores del partido. Quizás el problema mayor que plantea el enfrentamiento con la extrema derecha republicana tienda a unificar posiciones, pero es una interrogante que solo tendrá respuesta con el devenir de la política norteamericana.

Una lectura final de estas elecciones indica que, más allá de los puestos ganados o perdidos, favorecieron a los demócratas. No tanto por la representatividad de este partido, sujeto igual a las manipulaciones de grandes intereses, sino por el impulso de una agenda popular, de cuyo desenlace depende el futuro político de Estados Unidos.

John Bolton y la política de Estados Unidos hacia América Latina[33]

John Bolton, asesor de seguridad nacional del presidente Donald Trump, hizo una breve parada en su camino hacia la Cumbre del G-20, en Argentina, para reunirse con el presidente electo de Brasil, Jair Bolsonaro.

Bolsonaro, acompañado de un séquito de generales, lo recibió con un saludo militar en la puerta de su casa y le dijo todo lo que Bolton quería escuchar: la suspensión de la cumbre sobre el cambio climático prevista a celebrarse en Brasil el próximo año, el traslado de la embajada brasileña a Jerusalén, la promesa de limitar la influencia económica de China en su país y, sobre todo, su disposición a sumarse a la guerra contra Venezuela, Cuba y Nicaragua.

Bolton lo felicitó por propiciar la retirada de los médicos cubanos de Brasil y ambos coincidieron en que la supuesta presencia de 80 000 cubanos en Venezuela —se da a entender que son militares— era un agravante para las relaciones con ese país. «Nuestra diplomacia va a actuar en Venezuela», aseguró Bolsonaro, y su equipo ha estado trabajando en propuestas que abarcan desde internacionalizar la judicialización de la política, siguiendo el patrón aplicado en Brasil, hasta contribuir a la asfixia económica venezolana.

---

33 Publicado en *Progreso Semanal* el 6 de diciembre de 2018.

Satisfecho con una reunión que ambos calificaron de «cordial y productiva», Bolton le transmitió una invitación del presidente Trump para visitar Washington, cosa que Bolsonaro recibió con mucho agrado.

Días antes, en una reunión en Miami, rodeado por lo más rancio de la derecha cubanoamericana, Bolton se había explayado contra los gobernantes del nuevo «eje del mal» latinoamericano, calificándolos de «tiranos», «payasos» y «tontos».

También definió las prioridades de la política norteamericana hacia la región: «En Cuba, Venezuela y Nicaragua, vemos los peligros de las ideologías venenosas sin control, y los peligros de la dominación y la supresión. Esta tarde, estoy aquí para transmitir un mensaje claro del presidente de Estados Unidos sobre nuestra política hacia estos tres regímenes. Bajo esta Administración, ya no apaciguaremos a los dictadores y déspotas cerca de nuestras costas en este hemisferio. La troica de tiranía en este hemisferio —Cuba, Venezuela y Nicaragua— finalmente ha encontrado su rival».

De esta manera se regresa a una política que tuvo sus orígenes en las administraciones de Ronald Reagan y George H. Bush, centrada en la guerra sucia en Centroamérica, donde Cuba fue considerada la «fuente» de los problemas norteamericanos en la región.

A pesar del escándalo Irán-Contra, donde salieron a flote las ilegalidades de esta política, los ultraconservadores estadounidenses, en alianza con la extrema derecha cubanoamericana, nunca renunció a sus objetivos. Incluso todavía se reciclan viejos actores, entre ellos el propio John Bolton.

Durante el gobierno de Bill Clinton se nuclearon alrededor de la Fundación Nacional Cubano Americana y contaron con la complicidad de congresistas como Robert Torricelli, Jesse

Helms y Dan Burton, promotores de las leyes que aún regulan el bloqueo de Estados Unidos contra Cuba.

Exponentes del pensamiento neoconservador, alcanzaron una fuerza inusitada en el diseño y la aplicación de la política exterior norteamericana durante el gobierno de George W. Bush. Fueron los promotores de la «guerra contra el terrorismo» y de las guerras en Afganistán e Iraq, esta última justificada a partir de noticias falsas que este grupo supo montar a la perfección y aplicarla sin remordimientos. «Cuba después de Iraq», fue una de sus consignas en aquellos momentos.

Incluso durante la Administración Obama se mantuvieron muy activos a través de diversas organizaciones y empresas de lobby, así como mediante su influencia en la burocracia gubernamental y el Congreso. En el caso de América Latina, la oficina de la congresista Ileana Ros-Letinen devino centro aglutinador de la derecha latinoamericana, desplazada del poder en muchos países por el avance de los gobiernos progresistas en la región.

Lo más importante entonces es que cuando John Bolton habla de América Latina, hay que asumir que estamos en presencia de una doctrina cimentada durante muchos años en el cuerpo político norteamericano. También que su oficina es la encargada de llevarla a cabo, y para ello se ha nucleado de viejos y nuevos halcones de la Guerra Fría, los cuales han tomado por asalto la Casa Blanca, hasta ahora con la complacencia de Donald Trump.

Ya no se puede decir, por ejemplo, que la política hacia Cuba responde solo al interés oportunista de satisfacer las demandas de ciertos políticos cubanoamericanos, sino que ha tomado cuerpo en la estrategia de este gobierno hacia la región, lo que limita cualquier pronóstico de cambio, a no ser para peor.

Esta estrategia se ve favorecida por el avance de la derecha en el subcontinente, especialmente por los triunfos de personajes como Jair Bolsonaro e Iván Duque, cuyas posiciones aparecen definitivamente subordinadas a Estados Unidos y coinciden, al calco, con los ultraconservadores de ese país. Lo dijo el propio Bolton, quien los calificó como sus principales aliados en la región.

Ahora bien, nos perdemos si no vamos al fondo de lo que acontece y analizamos sus reales perspectivas. Más allá de los efectos de la situación económica, de las manipulaciones y la represión política, incluso de los errores cometidos por los llamados gobiernos progresistas, el avance de la derecha en América Latina es un reflejo de la crisis de gobernabilidad que se aprecia en la mayor parte del mundo.

Como podía haber ocurrido con cualquier gobierno de Estados Unidos, refleja la intención de recuperar los espacios perdidos de la hegemonía norteamericana en América Latina. La diferencia es que se pretende lograrlo por las malas, a contrapelo de las fuerzas globalizadoras que rigen el capitalismo a escala mundial y el orden internacional que sirve a estos intereses. En esto radica su debilidad y explica las contradicciones de Donald Trump con sus propios aliados y hacia lo interno de la sociedad norteamericana.

A falta de la capacidad para ofrecer ventajas reales a la región y enfrentar a sus competidores, como es el caso de China, se recurre a la táctica de inventar enemigos y recurrir a las tendencias más primitivas del espectro político latinoamericano.

Esta política ha fracasado muchas veces. Si bien los gobiernos progresistas no han podido resolver los problemas sistémicos de la región, la derecha no se propone otra cosa que agudizarlos,

en un entorno donde la capacidad de Estados Unidos para apoyarlos es más limitada que en el pasado.

America First es también un problema para la derecha latinoamericana. Tiene sus raíces en las propias contradicciones del acontecer político y económico de Estados Unidos, algo que ningún Bolton podrá cambiar. Hacia esa realidad debe estar puesta la mirada.

Bernie Sanders y los problemas del imperio[34]

Por más de 2 500 años, la historia de la humanidad ha estado caracterizada por la lucha entre y contra los imperios. Todos han transitado por períodos de auge o decadencia, marcando diferencias importantes en la vida política doméstica de esos países.

La esencia de la estabilidad de todos los imperios es que, de una u otra manera, toda la sociedad imperial se beneficia de la explotación de terceros. Incluso los más pobres alcanzan niveles de vida superiores a la media de los habitantes de los países dominados. Esto explica la tendencia histórica de la emigración hacia las metrópolis, aunque sea para ocupar los estratos más desventajados de esas sociedades.

Tal realidad condiciona las expresiones políticas de las sociedades imperialistas y establece sus límites objetivos. La mayoría de la población tiende a apoyar un *statu quo* que los beneficia, así como a aceptar las premisas ideológicas en que se sustenta el estado de dominación imperial.

Este balance se quiebra cuando el estado imperialista no es capaz de satisfacer las expectativas de sus ciudadanos, en especial de ciertos sectores donde descansa su solidez política, digamos la actual clase media blanca en países como Estados Unidos.

Es una situación que exacerba las contradicciones internas, polariza la sociedad, deprecia el prestigio de las instituciones

---

[34] Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de febrero de 2019.

políticas y es fuente de conflicto entre multitud de grupos, los cuales tienden a proliferar en un contexto donde se amplía el marco de las opciones políticas y se incrementan las luchas sociales de diversa naturaleza.

Este precisamente es el proceso que refleja la candidatura del senador Bernie Sanders. No se trata de un caso aislado, donde un político bien intencionado defiende una agenda de ideas bien intencionadas pero utópicas, sino de un movimiento que ha ganado en extensión y organización, llegando a ocupar posiciones en el cuerpo gubernamental del país.

Aunque se define a sí mismo como un «socialista democrático», Sanders no se plantea un rompimiento con el sistema norteamericano, sino el mejoramiento de situaciones relativas a los derechos humanos, la desigualdad en su propio país o la actuación de Estados Unidos en el mundo.

Algunas veces, desde posiciones radicales de izquierda, se subestima el alcance de este mensaje o se descalifican sus intenciones. Al no modificarse los objetivos sino los métodos para alcanzarlos, solo constituye la «cara maquillada del mismo imperialismo», dicen algunos. Sin embargo, no se trata de una diferencia menor, toda vez que en los métodos es donde se concreta la política y ello es lo que determina el orden existente.

Además, el movimiento encabezado por Sanders nos demuestra que la sociedad norteamericana no es un ente monolítico, ajeno a valores que forman parte de las mejores tradiciones estadounidenses. En Estados Unidos existen muchas personas que defienden la justicia, les preocupa la protección del medio ambiente y sienten respeto por el prójimo.

Sanders no es un demagogo, durante toda su vida ha defendido una agenda política vinculada a la defensa de los derechos civiles en Estados Unidos. El auge alcanzado en los últimos

años, como centro de las tendencias más progresistas de la sociedad norteamericana, solo se explica a partir de las transformaciones que están teniendo lugar en esa sociedad.

Este movimiento tiene el valor agregado de centrarse no solo en aspectos económicos y sociales, sino también ideológicos, representando la más clara confrontación con las expresiones racistas, xenófobas y sexistas que animan a la extrema derecha estadounidense y hoy constituyen la base política del gobierno de Donald Trump.

Haber legitimado una corriente socialista en Estados Unidos, no importa cuáles sean los reparos que podamos achacarle a esta definición, constituye un enorme paso de avance en un país históricamente dominado por las tendencias más reaccionarias.

El hecho de que Donald Trump haya singularizado la lucha contra el socialismo dentro de los propios Estados Unidos, puede ser interpretado como un recurso electoral encaminado a explotar una matriz de pensamiento muy difundida en ese país. Incluso, en su versión más extrema, nos anuncia el resurgir del macartismo.

Sin embargo, también refleja la necesidad de la derecha de enfrentar a una fuerza política que gana adeptos aceleradamente, lo que nos muestra un panorama impensable hace apenas unos años en Estados Unidos.

En estos momentos, sería pura especulación pronosticar si Sanders, o cualquier otro candidato progresista patrocinado por él, tiene posibilidades de ganar las próximas elecciones presidenciales estadounidenses.

Basta decir que, a pesar de los enormes obstáculos que debe enfrentar, las señales hasta ahora no son negativas. En los dos últimos comicios, el desempeño de este movimiento político ha

sido bastante exitoso y el reciente anuncio de su candidatura ha tenido muy buena acogida entre sus partidarios.

Es un hecho que estamos en presencia de un avance cualitativo respecto a otras expresiones contestarías que, aun siendo masivas, como fue el caso de Ocupa Wall Street, carecían de la articulación necesaria para impactar en las estructuras políticas del país.

Comprender la complejidad de esta situación y aprovechar las oportunidades que se desprenden de su dinámica constituye una necesidad de las fuerzas progresistas dentro y fuera de Estados Unidos, así como del movimiento antimperialista contemporáneo.

No por gusto, alguien dijo que nada era más revolucionario que una buena teoría.

Una política fallida contra Cuba[35]

Con bastante bombo y platillo, el gobierno de Donald Trump acaba de anunciar la aplicación parcial del título III de la ley Helms-Burton, la cual fue aprobada en 1996 para normar las sanciones contra Cuba.

Imagino que mucha gente no tiene idea de en qué consiste el dichoso título. Intentar explicarlo en toda su complejidad requeriría de una historia demasiado larga, por lo pronto basta decir que autoriza a personas de origen cubano, que hayan obtenido la ciudadanía norteamericana, a reclamar en las cortes de ese país las propiedades que le fueron confiscadas durante los primeros años de la Revolución, así como amenaza con sancionar a entidades extranjeras que hagan negocios en Cuba ignorando estas reclamaciones.

La arbitrariedad radica en que las cortes norteamericanas no tienen autoridad sobre ninguno de estos actores. Otra cosa son las propiedades extranjeras, norteamericanas o de otros países, que gozan de un tratamiento distinto y cuya nacionalización es objeto legítimo de negociaciones entre los estados. Cuba resolvió estas disputas con todos los países reclamantes, salvo Estados Unidos, aunque durante el gobierno de Barack Obama se iniciaron este tipo de negociaciones, las cuales, al menos formalmente, no han concluido.

---

35 Publicado en *Progreso Semanal* el 7 de marzo de 2019.

Aplicar el título III significa reconocer derechos retroactivos a personas que no eran norteamericanos en el momento en que sus propiedades fueron intervenidas, lo que establece un precedente legal de incalculables consecuencias para la legislación norteamericana, así como desconocer el derecho soberano de Cuba, o de cualquier país, para actuar dentro de sus fronteras. También, la ya no tan insólita prerrogativa unilateral de Estados Unidos, de perseguir a terceros a partir de sus leyes extraterritoriales.

La razón por la que este título no fue aplicado por ninguna Administración hasta la fecha, es precisamente porque constituye una flagrante violación del derecho internacional y muchos gobiernos reaccionaron en su contra, hasta el punto de llevar el caso a la Organización Mundial del Comercio.

También porque implica un problema tremendo para las cortes norteamericanas, las cuales se verán inundadas de casos extraños, para los cuales no tienen la capacidad práctica de legislar con real conocimiento de causa, ni obligar al cumplimiento de la sanción, si esta llegara a tomarse.

¿Entonces por qué lo hace este gobierno?

Porque nos tiene acostumbrados a actuar desde la prepotencia, con escaso respeto por el derecho internacional y las relaciones con otros países, incluyendo a sus aliados. Aunque vale decir que con el fin de evitar conflictos en un momento donde requieren sostener la alianza contra Venezuela, en este caso se anuncia la aplicación de una variante limitada, donde solo pueden ser objeto de reclamación las empresas cubanas previamente incluidas en «listas restringidas», debido a su supuesta vinculación con las fuerzas armadas o las instituciones de seguridad cubanas.

También porque a Trump solo le interesa las elecciones del 2020 y de esta manera pretende reforzar el voto de la derecha cubanoamericana en la Florida, un sector que se siente estimulado por la política de esta Administración contra Cuba.

Más importante aún, esta política refleja el renacer de lo más reaccionario de la corriente neoconservadora en Estados Unidos, que muchos consideraban muerta después de los fracasos de principios de siglo, pero que ahora ocupa puestos clave en el diseño e implementación de la política exterior de Estados Unidos. En el caso de Cuba, no deja de llamar la atención que no solo se repiten los esquemas, sino que prácticamente son las mismas caras de los protagonistas de hace 20 años.

Pero han cambiado mucho los tiempos en que, finalizada la Guerra Fría con la implosión de la Unión Soviética, la mayor parte de la gente daba por hecho que la Revolución Cubana no sería capaz de sobrevivir y Estados Unidos asumía que tenía un cheque en blanco para imponer su política en cualquier parte del mundo.

Incluso, considerando la incapacidad de ese gobierno para imponer las nuevas disposiciones, algunos analistas consideran que tienen un valor más simbólico que práctico y no son otra cosa que un nuevo ejercicio demagógico de Donald Trump, para vender su imagen de tipo duro contra el socialismo.

Pero ello significa subestimar la importancia del bloqueo económico en la política norteamericana contra Cuba y su impacto en la realidad nacional. Lo que ahora se aplica contra Venezuela, en la esperanza de derrocar al régimen de Nicolás Maduro, se viene aplicando contra Cuba hace 60 años y ha impedido el pleno desarrollo económico del país. No es poca cosa que baste que se anuncien nuevas sanciones norteamerica-

nas, para que muchos potenciales inversionistas o comerciantes decidan no involucrarse en el mercado cubano.

También las nuevas medidas tienen el efecto de complicar las negociaciones respecto a las reclamaciones económicas de ambas partes, un aspecto muy importante en el proceso de normalización de relaciones entre los dos países de cara al futuro.

El problema para Estados Unidos es que, como dijo Barack Obama, esta política ha fracasado en su propósito de derrocar al gobierno cubano y tiene un costo para la credibilidad del país y sus relaciones en la arena internacional. A Trump le importan poco estas consecuencias, por eso constituye una hipoteca para su nación.

La Unión Europea, Estados Unidos y la Helms-Burton[36]

Cuando recientemente el gobierno de Donald Trump anunció la posibilidad de activar el capítulo III de la ley Helms-Burton, de inmediato los gobernantes de la Unión Europea recordaron a Estados Unidos que tal cosa violaría el acuerdo existente al respecto.

Vale entonces la pena despejar en qué consiste este acuerdo y cuáles podrían ser las consecuencias de su violación por parte de ese país.

El 12 de marzo de 1996, el presidente Bill Clinton firmó la ley Helms-Burton, lo que originó la inmediata condena de la Unión Europea (UE) y otros aliados tradicionales de Estados Unidos, como Canadá y México.

Tan temprano como octubre de ese año, la UE estableció un reglamento para actuar en su contra, y muchos de sus países miembros aprobaron «leyes antídotos» para enfrentarla.

Por otra parte, en un paso que anunciaba la posibilidad de una disputa que podía generar daños colaterales al entramado de libre comercio que entonces se pretendía construir, en febrero del próximo año la UE presentó una demanda contra esta ley ante la Organización Mundial del Comercio (OMC).

En el medio del conflicto quedó entrampado el gobierno español de José María Aznar, quien buscaba fortalecer sus

---

36 Publicado en *Progreso Semanal* el 14 de marzo de 2019.

relaciones con Estados Unidos sin afectar su posición en la UE. Este es el origen de la llamada «posición común», donde la UE, a tono con la posición de Estados Unidos, estableció condicionamientos políticos a Cuba para la cooperación con Europa.

La posición común existió hasta diciembre de 2016, cuando Cuba y la UE establecieron nuevas bases para sus relaciones, pero vale apuntar que la posición común nunca incluyó la aceptación de la ley Helms-Burton.

Lo que determinó la retirada de la demanda europea en la OMC, en abril de 1997, fue precisamente el compromiso de Estados Unidos de no aplicar el capítulo III, donde se establecía la posibilidad de que ciudadanos norteamericanos (incluyendo cubanos nacionalizados con posterioridad), pudieran demandar ante las cortes norteamericanas a las empresas europeas que hicieran negocios con las propiedades nacionalizadas en Cuba, durante los primeros años de la Revolución.

La primera reacción de la UE fue considerar que la moratoria del capítulo III no era suficiente, y no dejaba de tener razón. En realidad, lo único que se evita con la moratoria es que en el proceso se involucren las cortes norteamericanas, un precedente inaceptable para cualquier país del mundo por su naturaleza extraterritorial, pero no determinante para la aplicación de la política, toda vez que Estados Unidos contaba con otros recursos para imponerla, tal y como ha ocurrido mediante las sanciones del Departamento del Tesoro a entidades europeas.

No obstante, el interés por evitar un conflicto que podía afectar a ambas partes, determinó un consenso no exento de conflictos, como se expresa todos los años en las votaciones de la UE en la ONU contra el bloqueo económico de Estados Unidos hacia Cuba, motivado primordialmente por el rechazo a la existencia de la ley Helms-Burton.

Poner en pleno vigor el capítulo III entrañaría revivir estas contradicciones y agregarlas a los crecientes conflictos de Estados Unidos con Europa, lo que explica que hasta ahora solo se autorizara aplicar el capítulo III contra empresas cubanas específicas, lo cual torna prácticamente inefectivas las eventuales decisiones de las cortes.

De todas formas, no puede olvidarse que estamos en un contexto distinto al existente en 1997, toda vez que el gobierno de Donald Trump parece tener menos en cuenta los intereses europeos en sus relaciones políticas y comerciales internacionales, así como sus posiciones frente al libre comercio global han incluido la amenaza de retirarse de la OMC.

En este caso, lo que pudiera primar son los intereses electorales de Donald Trump en la Florida. Entonces volvemos al interés original de explotar el interés de los viejos propietarios cubanos, aun a costa de los reclamantes norteamericanos legítimos, enemigos históricos de la esta ley, porque su aplicación implica alejar mucho más la posibilidad de un acuerdo entre los dos países a favor de sus reclamaciones.

Más allá del destino de esta disputa, salta a la vista una pregunta:

¿Qué ha ganado Estados Unidos, como país, con la aprobación de la ley Helms-Burton a lo largo de 22 años de aplicación?

La respuesta pudiera mostrarnos los verdaderos resortes que mueven a la democracia norteamericana.

¿Dónde explotará la «caldera»?[37]

Desde el triunfo de la Revolución Cubana, uno de los objetivos de la política norteamericana ha sido aumentar las presiones internas para desestabilizar el país. En tal sentido, se destacan los efectos del bloqueo económico y las tensiones migratorias. La manera gráfica en que algunos han descrito esta política es «meter presión para que explote la caldera».

Obama se distanció de esta estrategia al considerarla una política fallida, su objetivo era todo lo contrario, facilitar el desarrollo del capitalismo en Cuba y las relaciones con Estados Unidos, con la esperanza de que los cubanos terminaran por repudiar el socialismo. Era una aplicación de libro del llamado «poder inteligente», que guiaba su política exterior.

Por razones que parecen muy asociadas con sus aspiraciones electorales, Trump ha vuelto a la vieja política de tratar de reventar la caldera cubana. Ha recrudecido el bloqueo y generar tensiones migratorias vuelve a ser un ingrediente de esta receta.

Se ha llegado a extremos que parecían impensables. Con la excusa de los etéreos ataques sónicos, se cerró el consulado en Cuba y de manera unilateral prácticamente han sido cancelados los acuerdos migratorios. Una reliquia de las escasas relaciones bilaterales que, al margen de los constantes conflictos, había sobrevivido desde 1994, porque eran del interés de ambos países.

---

[37] Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de marzo de 2019.

Tal decisión convirtió a los cubanos, antes los grandes privilegiados de la política migratoria norteamericana, en uno de los grupos menos favorecidos por la misma. Los programas de reunificación familiar, concebidos para que al menos 20 000 cubanos emigraran a Estados Unidos cada año, han sido reducidos al mínimo. Por otra parte, las visitas a Estados Unidos, que llegaban a decenas de miles de personas cada año, apenas alcanzaron 4 000 en 2017, debido a las dificultades y los gastos que implica tener que gestionarlas en otros países.

Estas restricciones acaban de completarse con la eliminación de la visa de entradas y salidas múltiples por cinco años. Para ello se utilizó la excusa de que Cuba no actuaba de manera recíproca con los viajeros norteamericanos, cuando en realidad viajar a Cuba es tan sencillo para estas personas, que en ocasiones basta comprar una tarjeta de turista en cualquier aeropuerto.

Tales medidas sin duda crean descontento y tensiones en Cuba, toda vez que afectan un área tan sensible y abarcadora como las relaciones familiares, pero nada indica que el país esté abocado a algún tipo de explosión social, como consecuencia de estas limitaciones.

En parte, porque la política migratoria cubana no impide que se viaje a otros países y los cubanos son bien recibidos en muchas partes. Según datos del MINREX, el pasado año, 200 000 cubanos hicieron uso de esta posibilidad.

Es difícil suponer que la actual política norteamericana genere algún tipo de apoyo en Cuba, máxime cuando todo el mundo sabe que el gobierno cubano no es el culpable de esta situación.

De hecho, sectores identificados por el gobierno de Estados Unidos como potenciales agentes de cambio en el país, dígase el emergente sector privado, se han visto particularmente afectados por estas medidas. Incluso los llamados grupos disidentes, que

actúan bajo el patrocinio norteamericano, se han quejado de las dificultades que ahora tienen para viajar a Estados Unidos, una de sus principales motivaciones.

Algunos opinan que esta política tendrá que cambiar por las afectaciones que genera para los servicios encargados de conocer la realidad cubana, pero cabe preguntarse si realmente a sus propugnadores les interesa que el gobierno de Estados Unidos tenga la capacidad de producir una visión objetiva sobre Cuba.

Históricamente, la política de Estados Unidos hacia Cuba se ha construido sobre premisas falsas, para actuar según objetivos preconcebidos. La mayor parte del tiempo, el gobierno de Estados Unidos ha terminado por creerse su propia propaganda y actuado en consecuencia.

La extrema derecha cubanoamericana ha sido un componente esencial en la construcción de esta matriz mediática y un patrón de su actitud ha sido oponerse a los contactos con Cuba o dificultarlos cuando han tenido la influencia para hacerlo.

Estos grupos desencadenaron una feroz campaña terrorista contra los emigrados que aceptaron el diálogo con Cuba y la reanudación de las visitas al país en 1979. Atacaron de manera violenta cualquier manifestación de intercambio cultural o deportivo entre los dos países y se opusieron con vehemencia a los acuerdos migratorios de 1984 y 1994.

Alentado por estas personas, George W. Bush redujo la posibilidad de los viajes de los emigrados a Cuba a uno cada tres años y el concepto de familia, para poder viajar, fue constreñido a los vínculos consanguíneos de primer grado.

Sin importar el daño que provocan a las personas que dicen representar, la influencia que ha adquirido la extrema derecha cubanoamericana en el gobierno de Donald Trump ha servido para revitalizar estas políticas.

En realidad, las posiciones de estos grupos solo se avienen a las ideas e intereses del llamado «exilio histórico», aquellos que arribaron a Estados Unidos antes de 1973 y en su mayoría provenían de los sectores más privilegiados de la sociedad cubana antes de la Revolución.

Este grupo alcanzó posiciones dominantes en la comunidad y, más allá de su intransigencia política, se ha caracterizado por su desprecio hacia aquellos cubanos que arribaron después, portadores de otra experiencia existencial y vínculos más estrechos con la sociedad cubana.

No es nada extraño entonces que la extrema derecha dinamite los acuerdos migratorios, ponga trabas en los contactos familiares e incluso proponga una revisión de la ley de Ajuste Cubano, baluarte de la excepcionalidad de los inmigrantes cubanos.

Es cierto que hasta ahora no se aprecian reacciones significativas en la comunidad cubanoamericana contra estas políticas. Por el contrario, se han soliviantado las posiciones más agresivas, estimuladas por el discurso y las acciones de Donald Trump contra Cuba. Ello, además, contribuye a reforzar el miedo que, desde siempre, ha sabido imponer la extrema derecha al resto de la comunidad.

Sin embargo, no es posible sostener indefinidamente una política que contradice la opinión de la mayoría, atropella los sentimientos de muchas personas, afecta a una red de negocios de considerable importancia para el estado de la Florida y perjudica a grandes empresas norteamericanas, interesadas en el mercado cubano.

La caldera de la comunidad cubanoamericana también está recibiendo muchas presiones, ya ha mostrado salideros, y puede explotar en cualquier momento, poniendo en crisis una estructura política fundada en el culto al odio, que no tiene sustento en la realidad.

Ni jugar pelota se puede con esta gente[38]

Después de tres años de negociaciones, la Federación Cubana de Béisbol (FCB) y la Major League Baseball (MLB) de Estados Unidos, firmaron un acuerdo para la contratación de peloteros cubanos.

El trato es similar al que tienen los norteamericanos con otras ligas del mundo y fue posible porque el gobierno de Barack Obama lo había autorizado, dentro del proceso de flexibilización en la aplicación del bloqueo, que llevó a cabo su gobierno.

El meollo de la cuestión sigue siendo ese, el bloqueo. En ningún otro caso, el gobierno norteamericano tiene que intervenir para que un atleta sea contratado por un equipo de su país. De cualquier manera, bajo estas condiciones, continuaron las negociaciones durante el gobierno de Donald Trump y se supone que la MLB recibió garantías de respetar lo antes establecido, toda vez que concluyeron las negociaciones y comenzaron a darse pasos para concretar lo pactado.

Para Cuba era un acuerdo muy importante, porque frenaba el drenaje indiscriminado de atletas, en detrimento de la calidad del deporte nacional. Pero también por las repercusiones sociales y políticas que implicaban las prácticas ilegales aplicadas para promover la emigración de los peloteros.

Como el bloqueo prohibía la negociación directa entre los dos países o que un atleta fuese firmado sin renunciar a su con-

---

[38] Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de abril de 2019.

dición de cubano, era necesario la figura de un intermediario, encargado de organizar su salida de Cuba y obtener la residencia en un tercer país, para presentarse a la MLB en calidad de «agente libre».

Para llevar a cabo el negocio se violentaba cualquier norma de conducta. Se instigaba el abandono de los equipos cubanos en plena competencia, se organizaban peligrosas salidas clandestinas y se sobornaba a funcionarios extranjeros, con vista a obtener asilo y la documentación necesaria.

Una vez consumada la operación, los atletas eran recibidos como muestra de oposición al gobierno de la Isla y los traficantes continuaban operando con absoluta impunidad en Estados Unidos. Aunque el exceso de estos individuos, denunciado en ocasiones por los propios atletas, condujo a la intervención de las cortes y se llegó a condenas por tráfico de personas en algunos casos puntuales, por lo general se trataba de figuras públicas, con conexiones con las autoridades locales.

Los «agentes libres» cubanos saltaban por encima de los procesos normales de selección de la MLB y estimulaban una competencia desleal entre los equipos. La asociación de peloteros norteamericanos condenó esta situación y estuvo entre los promotores del acuerdo.

La MLB también gana con el acuerdo. En primer lugar, porque estaría en condiciones de escoger dentro de todo el universo de peloteros cubanos, uno de los potenciales más grandes del mundo, e incorporarlos a su sistema de contratación. En segundo lugar, porque abarataría los costos de los contratos, evitaría conflictos con el resto de los peloteros y no estaría forzada a negociar con personas que, más que representantes deportivos, son delincuentes internacionales.

Se suponía entonces que todo el mundo ganaba con el acuerdo, en particular los atletas, que podrían encauzar sus carreras con un alto margen de seguridad profesional y personal.

Sin embargo, salieron a la palestra los tipos de la «industria del mal», como definía mi amigo Francisco Aruca a la extrema derecha cubanoamericana, los amigos de los traficantes, y el acuerdo se fue a pique, al menos transitoriamente, toda vez que el actual gobierno estadounidense revertió la decisión de Obama y dejó colgada de la brocha a la poderosa MLB, que hasta ahora no ha dicho cómo reaccionará.

Los argumentos utilizados son un insulto a la inteligencia de las personas. Según John Bolton, asesor de seguridad nacional, porque contribuía al sostenimiento del gobierno venezolano. Por su parte, el senador Marco Rubio, argumentó que como la FCB cobraba una comisión por cada atleta contratado, se trataba de tráfico de personas. Dígale esto a cualquier federación de cualquier deporte en el mundo y pensará que se trata de un extraterrestre.

Evidentemente estas personas se sienten poderosas cuando están en capacidad de hacer daño y toda la vida han trabajado por mantener un clima de beligerancia entre los dos países, del cual depende su existencia política o la satisfacción de sus frustraciones personales.

Pero el abuso tiene límites. Es tanto el malestar que están causando con su cruzada anticubana, que mucha gente, dentro de un amplio espectro de la sociedad norteamericana y más allá, están tomando mayor conciencia de la urgencia que tiene para sus propios intereses, acabar con una aberración legal como la ley Helms-Burton.

La sabiduría popular ha instalado el refrán de que «no hay mal que por bien no venga». Es posible entonces que estemos más cerca de que termine esta política insensata. La esperanza consiste en que nada es eterno, mucho menos el gobierno de Donald Trump.

La rebelión de los perdedores[39]

El déficit comercial constituye una de la obsesiones de Donald Trump. Según la lógica del presidente norteamericano, este déficit es el resultado de las prácticas abusivas de muchos países contra Estados Unidos y de la incapacidad de los gobernantes anteriores para imponer los intereses del país en las negociaciones.

Para resolverlo, ha cancelado importantes acuerdos comerciales e impuesto tarifas de castigo a la importación de ciertos productos, dando lugar a una guerra comercial que ha afectado el sistema mundial capitalista y complicado las relaciones de ese país con sus principales socios.

Se supone que ello responde a una actitud nacionalista, en defensa de los empresarios y trabajadores norteamericanos, colocados en desventaja frente a los competidores extranjeros. *America First* es la consigna que, en buena medida, llevó a Trump a la presidencia y sostiene su popularidad en un segmento de la población estadounidense.

Efectivamente, la creciente globalización de la economía mundial, ha tenido consecuencias negativas para la industria manufacturera norteamericana. En el pasado, una de las principales fuentes de empleo del país.

Esto ha afectado a buena parte de la llamada clase media trabajadora blanca, la cual llegó a alcanzar un nivel relativamente

---

[39] Publicado en *Progreso Semanal* el 25 de abril de 2019.

alto de vida, sin necesidad de una gran calificación. Trump representa la puja de estas personas por recuperar el estatus perdido o el temor de perderlo, dando forma a un movimiento social muy retrógrado, que exacerba los conflictos de la sociedad norteamericana.

Abarca aproximadamente a un tercio de los votantes y se describe compuesto de manera mayoritaria por hombres republicanos blancos, de relativamente bajo nivel cultural, muy participativos en las elecciones y bastante vociferantes en el debate nacional, lo que lo potencia su peso en el balance político del país.

Este movimiento cuenta con el apoyo de algunos millonarios de extrema derecha, convertidos en los patrones de muchos políticos ultraconservadores gracias al sistema electoral vigente, así como de sectores del capital sionista y de importantes ramas de la iglesia evangélica. Dispone, además, de una poderosa infraestructura comunicacional, capaz de influir en todo el tejido de la sociedad.

El descontento de estos sectores plantea un dilema para la estabilidad del régimen, en tanto forman parte del núcleo social que, hasta ahora, ha servido de sustento al *American Way of Life*.

También refleja una contradicción para el ejercicio de la hegemonía estadounidense, toda vez que si bien es apreciable la pérdida de competitividad de la producción manufacturera, no ocurre lo mismo con todo el capital norteamericano, muy bien posicionado en el mundo financiero, las empresas de alta tecnología, los servicios especializados y las inversiones transnacionales.

Es muy probable que cuando un producto de cualquier país desplaza a un competidor norteamericano del mercado nacional o internacional, otros sectores del capital estadounidense

se beneficien como inversionistas de las empresas extranjeras, financieros de sus operaciones o mediante la oferta de servicios legales, de seguros, marketing y la comercialización de estos productos, entre otras posibilidades.

Lo más conveniente para ese gran capital transnacional, es la existencia de un mercado global completamente libre de interferencias gubernamentales. A ese sistema se le denomina «neoliberalismo» y protegerlo a toda costa, incluso mediante el uso de las armas, ha sido el principal objetivo de los gobiernos norteamericanos después de finalizada la Guerra Fría, cuando la hegemonía de ese país parecía definitivamente consolidada.

El orden económico internacional vigente, dígase las organizaciones financieras internacionales, las instituciones reguladoras del comercio internacional y la mayoría de los acuerdos de libre comercio establecidos, fueron diseñados en función de los intereses de este gran capital transnacional norteamericano.

Trump habla de «americanismo contra globalismo», pero esa alternativa no existe. La globalización, al menos como la conocemos en la actualidad, es un producto *made in USA*, aunque muchos ciudadanos de ese país también terminen siendo víctimas de su implantación.

Dentro de la lógica transnacional, el mercado interno de Estados Unidos solo es un componente del mercado mundial. El déficit comercial no importa, si el resultado final es potenciar las ganancias en el exterior.

Tampoco se puede aducir que es una opción negativa para la mayoría de los norteamericanos. Gracias a la globalización, los consumidores de ese país pueden adquirir productos de consumo masivo más baratos, lo que sirve para reducir tensiones políticas internas, y facilita el buen desenvolvimiento de renglo-

nes más lucrativos de la economía, como las finanzas, los bienes raíces, el entretenimiento y los servicios de diversos tipos.

Empaquetado en ideas religiosas, prejuicios sociales y rígidas normas de conducta, a lo que en realidad aspira el movimiento ultraconservador en Estados Unidos es a alterar la lógica natural del capitalismo, que no es otra que la búsqueda del máximo de ganancia posible, sin importar las bajas colaterales.

Un montón de demagogos hacen política a costa de las aspiraciones de estas personas, sin importarles soplar la llama en la pradera seca, ya que este movimiento está animado por sentimientos chovinistas muy primitivos, muestra un alto grado de intolerancia y es propenso a reacciones muy violentas contra otros segmentos de la sociedad norteamericana.

También el mundo corre grandes peligros, toda vez que sobre este movimiento ultraconservador doméstico, se han encaramado figuras muy agresivas del neoconservadurismo en política exterior, promotores de guerras en cualquier parte, con tal de imponer una doctrina de dominación que asegure la consecución de lo que denominan «el siglo americano».

Aunque el conservadurismo ha sido una tendencia dominante en el panorama político estadounidense y han existido momentos de intolerancia y represión más intensos que el actual, no deja de ser preocupante que, desde la propia Casa Blanca, se estimule una corriente muy cercana a los movimientos fascistas que se extendieron por Europa en la primera mitad del siglo XX y en la actualidad aparecen revitalizados en ese continente y en América Latina, muchas veces con las simpatías expresas y el apoyo del gobierno de Donald Trump.

El fortalecimiento o no de esta tendencia se decidirá en las próximas elecciones norteamericanas. En el otro extremo del

espectro político aparece fortalecido otro movimiento aún más inusual en estas contiendas, la de sectores de izquierda, que en algunos casos se definen como socialistas, igual opuestos, desde otra perspectiva, a los desmanes de la globalización neoliberal.

En ambos casos se trata de la rebelión de los perdedores, que no es otra cosa que un reflejo de las contradicciones del capitalismo contemporáneo en Estados Unidos, lo que explica la tremenda polarización que se aprecia en la sociedad norteamericana y las enormes dificultades existentes para encontrar un consenso en la política nacional. Por eso, cualquiera puede ganar en el 2020.

El verdadero origen de la ley Helms-Burton[40]

En 1998, apenas dos años después de ser aprobada la ley Helms-Burton, el Center for Public Integrity (CPI), una reconocida organización no lucrativa, dedicada a la investigación periodística con el fin manifiesto de «revelar abusos de poder y la corrupción de instituciones públicas y privadas» de Estados Unidos, publicó un extenso informe sobre el origen de esta ley, que hasta hoy no ha sido refutado.[41]

Según el CPI, todo comenzó cuando el republicano Jesse Helms asumió la presidencia del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y propuso una agenda de diez puntos, encaminada a cambiar el sentido de la política exterior del entonces presidente Bill Clinton.

Quizás porque Cuba se le antojaba como uno de los escasos remanentes del socialismo en el mundo, la Isla aparecerá en el tope de esta agenda. No era de esperar otra cosa de un fanático anticomunista, que había votado contra el fin de la segregación racial, el derecho de los homosexuales, las investigaciones contra el SIDA y todas las propuestas de beneficio social que tuvo ante sí, durante 30 años de permanencia en el cuerpo legislativo.

Para llevar a cabo esta tarea, Helms nombró a su ayudante Dan Fisk, quien se encargó de reunir a un equipo que contó con

---

40 Publicado en *Progreso Semanal* el 9 de mayo de 2019.

41 Patrick J. Kiger: «Squeeze Play: The United States, Cuba and the Helms-Burton Act», Center for Public Integrity, 1998.

la colaboración de los congresistas republicanos cubanoamericanos Lincoln Díaz Balart e Ileana Ros-Lehtinen, así como de los senadores demócratas Bob Menéndez y Robert Torricelli, todos los cuales ya habían trabajado en legislaciones previas contra Cuba.

Como contraparte de Helms en la cámara baja, fue escogido el congresista republicano Dan Burton, entonces al frente del subcomité del Hemisferio Occidental de la Cámara de Representantes, a pesar de que una de sus propuestas más celebres fue desplegar naves norteamericanas en las ¡costas de Bolivia!, con el fin de detener el tráfico de drogas.

Originario de Indiana, Burton era famoso por su destreza para jugar al golf, en lo que empleaba la mayor parte del tiempo, y el apoyo al régimen de apartheid en Suráfrica. Aunque probablemente tampoco sabía ubicar a Cuba en un mapa, recibía más contribuciones de Miami que de su estado natal.

Para encargarse de la «misión cubana», Burton nombró a Roger Noriega, entonces un oscuro funcionario de la Cámara de Representantes, que hizo carrera como promotor de las políticas más agresivas de Estados Unidos en América Latina.

El CPI nos cuenta que el capítulo I de la ley fue básicamente un compendio de las propuestas que Díaz Balart ya había hecho al Congreso contra Cuba. Que el capítulo II fue una obra mayormente de Menéndez, interesado en establecer las condiciones para el cambio de régimen y el levantamiento del embargo y que el capítulo IV no era nada novedoso, toda vez que se refería a las sanciones a aplicar contra los extranjeros que no cumplieran las disposiciones norteamericanas, algo bastante común en la política exterior del país.

Sin embargo, el CPI consideraba muy original el capítulo III, toda vez que introducía el presupuesto de equiparar ante la ley

internacional los derechos de propiedad, con los humanos o los ambientales. Para Fisk, todavía estudiante de derecho en la universidad de Georgetown, si un torturado podía hacer causa legal contra sus torturadores, la misma lógica debía imperar para el caso de una persona privada de su propiedad por cualquier gobierno en cualquier parte.

Contrario al criterio bastante extendido de que la FNCA, entonces la organización más poderosa de la extrema derecha cubanoamericana, había sido determinante en la redacción de la ley, el CPI asegura que fueron rechazados de este proceso, debido a la estridencia de sus posiciones. Además, dice el CPI, la FNCA abogaba porque las propiedades «recuperadas» en Cuba fueran puestas en subasta, lo que contradecía el interés de los reclamantes.

Los redactores de la ley prefirieron recurrir a los abogados y lobistas de grandes negocios cubanos nacionalizados en 1960. En particular la empresa Bacardí, que jugará un papel decisivo en el proceso de diseño y aprobación de la ley. Manuel J. Cutillas, director ejecutivo de la empresa, el entonces lobista Otto Reich e Ignacio Sánchez, socio del bufete Kelly-Drye and Warren, una firma con base en New York que representaba los intereses de la Bacardí, desempeñarán un rol muy activo en la redacción del texto y la búsqueda de consenso para su aprobación.

Más allá de una larga tradición en actividades contra el gobierno cubano, que incluyó la promoción de grupos terroristas, la empresa Bacardí tenía un interés especial en la ley Helms-Burton porque, como explica el informe del CPI, no era una empresa cubana ni norteamericana, sino bahamense, por lo que solo gracias al capítulo III, su subsidiaria en Miami podía aparecer como reclamante y recurrir a las cortes estadounidenses.

Inicialmente el gobierno de Bill Clinton fue un firme opositor de esta ley. Según el CPI, esta posición le fue oficialmente transmitida a Ricardo Alarcón, entonces presidente de la Asamblea Nacional de Cuba, por Peter Tarnoff, subsecretario de Estado, en el contexto de conversaciones secretas entre los dos gobiernos, que se llevaban a cabo en Toronto, Canadá, y que concluyeron con la adopción del acuerdo migratorio de 1994 entre los dos países.

Convocado por el propio Helms, en junio de 1995, Tarnoff expuso ante el senado los argumentos de la Administración. En primer lugar, decía Tarnoff, la ley violaba los derechos constitucionales del poder ejecutivo para conducir la política exterior del país, también varios tratados internacionales, las obligaciones de Estados Unidos ante el FMI y el Banco Mundial, así como las relaciones con socios extranjeros, que en represalia podían tomar medidas similares contra empresas estadounidenses.

Refiriéndose al capítulo III, cuenta el CPI, Tarnoff alertó que si Estados Unidos se arrogaba tales facultades para sus cortes, nada impedía que otros países hiciesen lo mismo. Al decir de Tarnoff, esta ley afectaría el frágil sistema legal internacional, gracias al cual se habían resuelto decenas de miles de reclamaciones a favor de ciudadanos norteamericanos en diversas partes del mundo.

Respecto a conceder el derecho de demandar en cortes de Estados Unidos a personas que no eran norteamericanos en el momento de la nacionalización, Tarnoff decía que bajo la ley internacional Estados Unidos no tenía ningún derecho a intervenir en un asunto que correspondía a un Estado extranjero dentro de sus propias fronteras.

Estos argumentos, dichos por el propio gobierno que finalmente aprobó la ley, debieron haber sido suficientes para des-

calificarla. Pero el CPI también relata la oposición del Comité Conjunto de Reclamaciones a Cuba, integrado por las compañías norteamericanas nacionalizadas en 1960, donde figuraban empresas de la envergadura del Chase Manhattan Bank, la Coca Cola y la ITT.

Según declararon sus voceros, «el reconocimiento de otro grupo de reclamantes retrasaría y complicaría el acuerdo de las reclamaciones certificadas en las negociaciones con Cuba». La adopción de ley Helms-Burton también abortaría arreglos directos con el gobierno cubano que estaban siendo explorados por empresas como Amstar, heredera de la American Sugar, que poseía en Cuba más de mil millas cuadradas de tierra.

Aunque para aprobar la ley Helms-Burton finalmente se utilizó el pretexto del nefasto incidente de la voladura de dos avionetas de la organización «Hermanos al Rescate», las cuales violaron repetidamente el espacio aéreo cubano en 1996, todo parece indicar que la verdadera razón radicaba en el interés de Clinton de no enejarse el apoyo de la extrema derecha cubanoamericana en las elecciones de ese año.

Ahora, con la puesta en marcha del capítulo III por parte de la Administración Trump, después que la lógica recomendó mantenerlo suspendido durante 23 años, se confirma el criterio que las elecciones norteamericanas son muy peligrosas.

La teoría de las sanciones[42]

En Estados Unidos existe una escuela de pensamiento encargada de establecer el papel de las sanciones en la política exterior del país. La conclusión primaria de estos investigadores es que, en términos prácticos, la sanción ocupa un lugar intermedio entre la diplomacia y la guerra.

Visto de esta manera, Estados Unidos está «casi en guerra» con más de 20 países y otros muchos están amenazados de ingresar en la lista, incluidos sus aliados de la Unión Europea, Canadá y México.

Precisamente por constituir un componente de la política exterior, una cualidad de estas sanciones es que muchas veces trascienden el marco legal de las fronteras norteamericanas o sus nacionales, para establecer imposiciones a terceros, en franca violación de sus soberanías y el derecho internacional.

Quizás la burocracia norteamericana sea la única que emplea a «expertos en sanciones», acreditados con títulos de las universidades más importantes del país. Los departamentos de Estado, Comercio y Tesoro tienen equipos encargados de recomendar y controlar las sanciones dictadas contra otros estados o entidades extranjeras, así como decenas de otros organismos se ocupan de hacerlas cumplir, incluidos los mecanismos financieros basados en el uso del dólar, lo que ha subordinado al sistema bancario internacional a los dictados de Estados Unidos.

---

42 Publicado en *Progreso Semanal* el 13 de junio de 2019.

Ni siquiera los propugnadores de la llamada «doctrina del poder inteligente», como fue el caso de Barack Obama, descartan a las sanciones como un ingrediente esencial de la política exterior norteamericana y casi esperan que se les agradezca, porque la otra opción es más terrible.

La política de sanciones unilaterales o algunas multilaterales, resultado de las presiones de Estados Unidos sobre otros países y los organismos internacionales, responde a la lógica de la asimetría de poderes y su eficacia, en buena medida, sirve para evaluar el grado real del poderío del gobierno norteamericano, en un momento y lugar determinado.

Otro problema de las sanciones es que siempre son tóxicas para la política exterior, incluso cuando funcionan, y también resulta inevitable que algunos sectores del país sancionador, a veces la mayoría de la población, terminen siendo perjudicados con su aplicación. Cuba es un buen ejemplo de ello.

Cuba es el país más sancionado de todos y el que más tiempo ha tenido que vivir bajo el constante asedio de las sanciones estadounidenses. Desde su origen, estas sanciones han tenido una intención extraterritorial, lo que se consumó con la aprobación de la ley Helms-Burton en 1996, y ello explica el repudio universal de que es objeto.

En término de sanciones, Estados Unidos no tiene algo nuevo que inventar contra Cuba. Han existido momentos en que las relaciones entre los dos países han sido nulas: ni viajes, ni remesas, ni teléfono, ni siquiera el correo postal.

Mucha gente olvida que los cruceros norteamericanos, de nuevo prohibidos por las recientes sanciones de Donald Trump, hace apenas tres o cuatro años no existían en el paisaje turístico cubano. Lo mismo ocurre con la suspensión del programa de contactos pueblo a pueblo, antes concebido como un plan

maestro, destinado a provocar el «cambio de régimen» en Cuba, mediante el supuesto hechizo de los visitantes norteamericanos sobre la sociedad cubana.

La política hacia Cuba tuvo mejoras durante el último período de la Administración Obama, por imperativos de la historia que no han cambiado debido a la elección de Donald Trump.

Estados Unidos estaba aislado internacionalmente en su política hacia Cuba y lo sigue estando; la mayoría de la población norteamericana continúa abogando por mantener contactos con la Isla; el sector empresarial de ese país aún vislumbra posibilidades atractivas en el mercado cubano y la mayoría de la comunidad cubanoamericana respalda la normalización de las relaciones entre los dos países.

Las sanciones norteamericanas han tenido efectos muy nocivos en Cuba, tantos, que más allá de daños a la economía y sus consecuencias humanas, han impedido desplegar el potencial de desarrollo del país. Sin embargo, el hecho de que no hayan logrado derrocar al régimen revolucionario cubano, constituye una muestra de debilidad del dominio norteamericano y su capacidad para imponerlo. Por eso Obama decía que era una política fallida y la mayor parte de la gente, incluso muchos republicanos, estaba de acuerdo con él.

Para Donald Trump, las sanciones han sido una demostración de poder, con fines políticos domésticos en la mayor parte de los casos. Al mismo tiempo que ha sido bastante renuente al uso extendido de la fuerza militar, lo cual es un alivio, Trump reparte sanciones a diestra y siniestra, para complacer a un electorado que gusta de su imagen de hombre duro.

No se trata de algo nuevo, ha sido una costumbre que cuando se aproximan las elecciones, el presidente de turno asume posturas de este tipo, porque muchos votantes norteame-

ricanos aún veneran la imagen del cowboy. Lo que distingue a Donald Trump es que su interés electoral resulta tan obvio, que la demagogia ha dejado de ser un engaño.

Más allá de la excusa de convertir a Cuba en una gran potencia, capaz de decidir los destinos de América Latina contra Estados Unidos, la política de sanciones busca por las claras satisfacer las exigencias de la derecha miamense, en el supuesto de que esto garantizará la mayoría del voto cubanoamericano en la Florida.

Lo interesante de esta ecuación es que puede resultar en todo lo contrario. Son muchas las afectaciones que está recibiendo la comunidad cubanoamericana como resultado de esta política y esto puede tener una incidencia en el voto de aquellos habilitados para hacerlo. De hecho, los que ayer eran los inmigrantes más privilegiados, hoy están entre los más desventajados de la política migratoria norteamericana.

La prensa miamense refleja con bastante asiduidad las quejas de los cubanoamericanos por esta situación y los políticos locales republicanos han comenzado a manifestar su «preocupación» por un problema que en buena medida han creado.

No sería nada extraño que los sancionadores resulten sancionados o que, de cara a las elecciones de 2020, Donald Trump «confunda» a Cuba con Corea del Norte y quiera hacerse «amigo» de los dirigentes cubanos.

Los apuros del bipartidismo en Estados Unidos[43]

El diplomático e intelectual cubano, Ramón Sánchez-Parodi, ha afirmado que está en crisis el sistema bipartidista en Estados Unidos y que ello constituye uno de los fenómenos más relevantes del actual escenario político de ese país.

Algunas evidencias confirman que al menos el bipartidismo no goza de buena salud. Concebido para articular el consenso nacional entre dos fuerzas capaces de armonizar sus posiciones en beneficio del sistema, el bipartidismo ha terminado siendo reflejo de la enorme polarización existente en la sociedad norteamericana.

Sus diferencias han tornado prácticamente disfuncionales a sus principales instituciones, lo que explica que las fuerzas más dinámicas del debate político nacional son precisamente aquellas que, ya sea por la derecha o por la izquierda, se asientan en la crítica al funcionamiento del sistema y la desconfianza hacia la clase dirigente del país.

Numerosas líneas de demarcación, a veces infranqueables, caracterizan las relaciones entre los diversos sectores. Lo común es que los partidos se asienten en estos nichos de diversidad y le den color, rojo o azul, al mapa político norteamericano.

Pero incluso esta caracterización puede resultar limitada, ya que los partidos no representan a toda la sociedad. Según estadísticas de PEW Research Center, referidas a las últimas

---

43 Publicado en *Progreso Semanal* el 12 de septiembre de 2019.

elecciones presidenciales (2016), 227 millones de norteamericanos tenían derecho al voto, pero 51 millones no se registraron como votantes y otros 24 millones no lo hicieron de manera válida, lo que indica que el 33% no quiso o estaba impedido de concurrir a las urnas. A ello se suma que entre los registrados apenas participa un poco más del 50% en las elecciones generales y mucho menos en contiendas estaduales o regionales.

Aunque muchas personas se desentienden a conciencia, decepcionadas con el sistema, una buena parte no lo hace por ignorancia o por una enajenación secular, a la que contribuye en muchos casos los propios mecanismos electorales. Este es el caso de buena parte de las minorías raciales y étnicas, así como los sectores más pobres.

A este distanciamiento del ejercicio del voto se suman los que se inscriben como independientes, o sea, no afiliados a algún partido. Los estudios periódicos llevados a cabo por la empresa Gallup respecto a la afiliación partidista (Gallup Historical Trends), indican que en agosto de este año se habían inscrito como independientes el 40% de los registrados, mientras que solo un 31% lo hacía como demócrata y el 24% republicano. En apenas una década, el número de independientes creció un 10%.

A falta de otras opciones realistas, lo que se denomina «el voto útil», cuando se deciden a votar, buena parte de estas personas terminan por inclinarse hacia los demócratas o los republicanos, lo que mantiene con vida al sistema bipartidista. En esto radica la «trampa» de un engranaje supuestamente democrático, que actúa bajo el control de grandes intereses económicos.

Un hecho evidente, aunque poco divulgado, demuestra matemáticamente que ningún político norteamericano gana con

el voto mayoritario de los ciudadanos potencialmente encargados de elegirlo.

En un escenario muy parejo, inscribir nuevos votantes o inclinar el voto de los independientes puede hacer la diferencia en los resultados, por lo que el tratamiento a este fenómeno se ha convertido en un objetivo fundamental de la lucha electoral.

En los últimos tiempos, los republicanos se han caracterizado más por tratar de limitar la participación de los votantes que por promoverla. Esto tiene que ver con que la masa crítica de su electorado se concentra en sectores demográficamente poco dinámicos, altamente conservadores, muy activos en política y leales a los candidatos de su partido.

Un buen ejemplo de esta conducta es el caso de los cubanoamericanos, donde la derecha republicana ha tratado de limitar la participación de los nuevos inmigrantes, en la medida en que estos tienden a votar por los demócratas, rompiendo el patrón del llamado «exilio histórico», que antes les garantizaba la mayoría.

Para los demócratas, sin embargo, sumar nuevos electores e inducirlos a votar, constituye un problema de vida o muerte en la mayor parte de las contiendas.

Representativos de los jóvenes, las minorías étnicas y los nuevos inmigrantes que acceden a la ciudadanía, está demostrado que tanto los no inscritos como los independientes se inclinan mayoritariamente por los demócratas, lo que determina una naturaleza más inclusiva y un contenido más abarcador de la agenda de este partido.

Sin embargo, dadas las divisiones existentes en la sociedad norteamericana y los intereses antagónicos con que se manifiestan, la heterogeneidad de la base demócrata conspira contra los niveles de satisfacción de esta agenda. Cuando, condicionado

por los límites que le impone el sistema o la falta de integridad de sus políticos, el partido incumple con sus promesas, la decepción induce a que se reproduzcan grandes niveles de abstención y ello explica que, siendo minoría, los republicanos logren controlar mecanismos esenciales del poder político, incluida la presidencia.

A este dilema se enfrenta nuevamente el partido demócrata de cara a las elecciones de 2020. Su capacidad para unir a sus bases, inscribir nuevos votantes e inducir a los independientes a votar a su favor, constituye una de las variables que decidirán la contienda.

Los republicanos no ganan elecciones, los demócratas las pierden. Ello es una tragedia, porque al margen de cuales sean las restricciones a la democracia que impone el bipartidismo y los intereses hegemónicos que se esconden detrás de cada partido, los demócratas representan un espectro más amplio de la sociedad norteamericana y en sus filas anidan las tendencias más progresistas.

Hace tiempo que dejó de ser cierto que daba igual un demócrata que un republicano, en esto radica la crisis del bipartidismo.

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

LOS MISTERIOS
DE LA POLÍTICA DE ESTADOS
UNIDOS HACIA CUBA

DONALD TRUMP
Y LA VUELTA AL PASADO

Este *dossier* relata el ascenso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos y describe cómo se ha implementado la política hacia Cuba en los tres primeros años de su gobierno. De esta manera, Ocean Sur da continuidad a una selección previa que se publicó bajo el título *Los misterios de la política de Estados Unidos hacia Cuba. Barack Obama y el restablecimiento de relaciones diplomáticas*.

En este volumen se describen las medidas llevadas a cabo por el nuevo gobierno para revertir la política de Obama hacia Cuba y las razones que pudieran fundamentar esta conducta. El libro permite seguir el itinerario de un proceso marcado por factores internos y externos que explican los «misterios» siempre presentes en la política norteamericana hacia la Isla.

ocean sur
www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au
ISBN 978-1-925756-78-4